

ensayo para
una biografía

CELIA

ensayo para una biografía

CELIA









CELIA

ensayo para una biografía







Pedro Alvarez Tabío

CELIA

ensayo para una biografía



OFICINA DE PUBLICACIONES DEL CONSEJO DE ESTADO
LA HABANA, 2004



- 
- 
- © Pedro Alvarez Tabío / 2003
- © Sobre la presente edición:
Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado / 2004

ISBN 959-7030-93-4

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra, por medios poligráficos, electrónicos o de cualquier otra índole, sin la autorización del autor o la editorial.

Primera edición: Noviembre de 2003
Segunda edición: Enero de 2004

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba,
calle 17 número 552, esquina a D, Vedado, La Habana, Cuba.
Tel: (537) 55-1858 / Fax: (537) 57-4578 / E-mail: palvarez@enet.cu





Sin ti, está claro que este libro no hubiese existido, pero por muchas más razones que la obvia. Por todas esas razones este libro está dedicado a ti, cabal encarnación de todas las esencias superiores de lo humano y, en particular, de lo cubano.





*Quienes quieran saber
el sentimiento humano que alberga
un corazón comunista,
quienes deseen conocer
la sensibilidad humanista que hay
en el corazón de los revolucionarios cubanos,
deben estudiar
la vida de Celia.*

ARMANDO HART



Contenido

<i>Prólogo de Armando Hart</i>		13
Introducción		27
<i>Capítulo 1</i>	Infancia en Media Luna I (1920-1934)	33
<i>Capítulo 2</i>	Infancia en Media Luna II	55
<i>Capítulo 3</i>	Adolescencia en Manzanillo (1934-1940)	71
<i>Capítulo 4</i>	Juventud en Pión y primeras inquietudes políticas (1940-1948)	94
<i>Capítulo 5</i>	En la Ortodoxia y primeras actividades contra el régimen de Batista (1948-1955)	122
<i>Capítulo 6</i>	Ingreso en el Movimiento 26 de Julio y labor preparatoria para el Granma (1955-1956)	151

<i>Capítulo 7</i>	Desembarco y primeras semanas de guerra (diciembre de 1956-febrero de 1957)	175
<i>Capítulo 8</i>	Continuación de la actividad clandestina en Manzanillo (febrero-abril de 1957)	191
<i>Capítulo 9</i>	Primera estancia en la guerrilla y etapa final de actividad en Manzanillo (abril-octubre de 1957)	213
<i>Capítulo 10</i>	En la Sierra Maestra I (octubre de 1957-mayo de 1958)	237
<i>Capítulo 11</i>	En la Sierra Maestra II (mayo de 1958-enero de 1959)	255
<i>Capítulo 12</i>	En la Revolución I (1959-1980)	275
<i>Capítulo 13</i>	En la Revolución II (1959-1980)	299
<i>Capítulo 14</i>	Carácter (1959-1980)	327
	Sobre las fuentes utilizadas	355
	Sobre los autores y colaboradores	357

Prólogo

La prosa elocuente de Pedro Álvarez Tabío y su talento investigativo nos presentan en este texto, de manera clara y sentida, raíces de la vida de Celia Sánchez Manduley que evidencian su patriotismo y su amor por Cuba, los cuales alcanzaron las más altas escalas de la espiritualidad nacional durante el siglo xx. No es solamente un ensayo para una biografía: es, también, una vía para acercarse al pensamiento y a la cultura revolucionaria cubana de la centuria concluida.

A través de este libro, el lector podrá conocer el hilo esencial de la historia política de Cuba en ese período de 60 años. Por aquí desfilan los nombres y acciones de los símbolos más altos de la política cubana: Mella, Guiteras, Chibás, y como colofón Fidel Castro. Quien no tome en cuenta estos hombres y sus vidas para analizar la historia del siglo xx cubano, llegará a conclusiones erróneas. Pero no solo eso, aquí pueden también encontrarse personalidades negativas que se destacan por su entreguismo, su corrupción y su maldad, tales como Gerardo Machado, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. En fin, *Celia: ensayo para una biografía* permite estudiar las seis décadas precedentes al triunfo de la Revolución Cubana.

Las raíces cubanas de nuestra heroína se describen de manera muy concreta y vital. El amor por su padre, el médico Manuel Sánchez, de excepcionales méritos como martiano, revolucionario y solidario con los que sufren, nutrieron la espiritualidad de Celia desde su más temprana edad. Es importante observar en este texto el papel

desempeñado por la familia, la comunidad y las condiciones socioculturales y económicas de Media Luna, Manzanillo, Pión y otras zonas de Cuba en el indómito Oriente, región que podemos caracterizar como la Cuba profunda, y que sirvió de claustro materno a la guerrillera ejemplar. Aquí está descrito el tiempo y el espacio que nutrieron la vida de la heroína desde sus orígenes en la Media Luna de 1920, hasta su desaparición física en 1980.

Para corresponder al inmenso honor que se me ha hecho de escribir unas palabras sobre Celia a manera de pórtico de este magnífico texto, quiero volver por las que tuve el triste privilegio de pronunciar junto al cuerpo ya sin vida de la legendaria guerrillera. Las traslado al lector en la forma en que más tarde las elaboré para mi libro *Perfiles*, donde describo la impresión que dejaron en mi espíritu treinta y seis personalidades cubanas de dos siglos de historia. Celia es un eslabón esencial del hilo invisible que une a estos hombres y mujeres en la historia de la patria. Escribí allí lo siguiente:

Celia era y será siempre para todos sus compañeros, la fibra más íntima y querida de la Revolución Cubana; la más entrañable de nuestras hermanas. La más autóctona flor de la Revolución.

A nuestra generación de revolucionarios y al pueblo cubano de hoy les ha tocado vivir momentos extraordinarios de la historia universal. En esta obra inmensa ella tiene un destacadísimo lugar de honor.

Hay que situarla como genuina representación popular de la etapa en que Fidel y nuestro pueblo cambiaron el curso de la historia de América y ayudaron de modo decisivo a la transformación revolucionaria del mundo. Está junto al Che y a Camilo. Como ellos, entró por las puertas de la eternidad como símbolo purísimo del pueblo cubano en la época de Fidel.

Para medir quién fue esta hermana nuestra, baste subrayar que será imposible escribir la historia de Fidel Castro, sin reflejar a la vez la vida revolucionaria de Celia Sánchez Manduley.

Desde los meses anteriores al desembarco del “Granma”, no ha habido episodio de la lucha revolucionaria dirigida por Fidel en el que Celia no haya estado en la primerísima línea de combate. Desde el momento mismo del desembarco en Las Coloradas, hasta el instante de su muerte, su trabajo permanente junto a Fidel es uno de los hechos más tiernos, hermosos, humanos y revolucionarios de toda la historia de Cuba.

Su entrega completa a los sentimientos revolucionarios más personales de Fidel, en todos los instantes, quedará para siempre en la historia y en el corazón del pueblo como un ejemplo de lealtad política e ideológica insuperable.

Era una combatiente revolucionaria con excepcional intuición, sensibilidad e inteligencia. A su valor personal, mostrado en toda su vida de revolucionaria y, en especial, en los difíciles momentos de la guerra y en los instantes cruciales y decisivos por los que ha atravesado nuestro proceso, se unían la sencillez, la modestia y una exquisita delicadeza femenina.

El sentimiento y la raíz de pueblo que Celia llevaba en su conciencia combatiente, eran parte sustancial de su propia naturaleza. Era, asimismo, capaz de comprender y entenderse con el pueblo con toda profundidad, como pocos revolucionarios han logrado. Es ampliamente conocida su extraordinaria sensibilidad y preocupación por las inquietudes, opiniones e intereses del pueblo. Se sabe que ella lograba unir con eficacia sus responsabilidades administrativas y políticas, su trabajo junto a Fidel, con un estrecho, cotidiano y sistemático contacto popular. Nunca relegó a un plano de segundo orden el

interés de su nexo inmediato con la población. Para Celia no había cuestión más importante que promover y desarrollar dicho vínculo.

Pero no le bastaba mantener esa conducta. Se interesaba además porque los cuadros de dirección del Partido y el Estado se relacionaran con la población y trataran muy concreta y directamente los problemas sobre los cuales tenían responsabilidades. Es más, los días en que grandes problemas nacionales e internacionales tenían que absorber inevitablemente la atención de Fidel, Celia desarrollaba con mayor pasión su comunicación popular. Y esto servía de manera importante para que él pudiera conocer en todo instante lo que el pueblo sentía y quería.

Ella fue una genuina creación de esta etapa revolucionaria; aquellos años decisivos de la historia de la Revolución, aparecen impregnados con el ejemplo de su vida, abnegación, pasión, cariño hacia los trabajadores y lealtad a la causa del pueblo.

Recordarla significa abrirnos el corazón y mostrar un pedazo de la historia que es parte viva y sentida de cada hombre y mujer del pueblo. La huella que ha dejado entre nosotros no se podrá borrar jamás.

Recuerdo la primera vez que oí hablar de Celia. Fue muchos meses antes del desembarco del "Granma". A Santiago de Cuba fueron los compañeros Pedro Miret y Níco López, para entrar en contacto con Frank País, recorrer la antigua provincia de Oriente y analizar las posibles zonas que podríamos convertir en escenarios de combates revolucionarios. El punto más decisivo de aquel viaje fue la región de Manzanillo. De Oriente regresaron a La Habana contentos de las posibilidades que había en Manzanillo, donde ella y otros compañeros organizaban núcleos clandestinos y alentaban el movimiento popular contra la tiranía.

En medio del trabajo clandestino, donde se les daba prioridad a los problemas que suponía armarnos para la lucha, recibimos la impresión –de Níco y de Pedro– de que en Manzanillo existían brotes de un movimiento popular, de masas, y efervescencia de ideas progresistas muy avanzadas. De allá, los compañeros trajeron a Fidel informaciones útiles para el propósito de ser libres o mártires en 1956.

Recuerdo también la primera vez que la vi en La Habana, cuando vino a interesarse con varios de nosotros, a fin de que le diéramos vía y autorización para viajar a México, con la intención de regresar en lo que después fue el desembarco del yate “Granma”. Sin embargo, Frank quería que Celia permaneciera en Manzanillo organizando el apoyo al desembarco. Puede decirse que no vino en el “Granma”, por una decisión de la dirección del Movimiento en Cuba. Posteriormente pudo comprobarse que el trabajo realizado por ella en las zonas de Pílon, Niquero y Manzanillo fue de un valor inestimable en los días del desembarco.

Hay que destacar que antes de que entrara en contacto con Fidel y, por tanto, con anterioridad a que mostrara junto a él sus dotes organizativas y su excepcional capacidad ejecutiva, ya era uno de los cuadros más destacados del movimiento clandestino en Oriente.

Era ya conocida y se le consideraba un valioso puntal del Movimiento 26 de Julio antes del desembarco del “Granma”. Celia no solo se acercó al Movimiento, la dirección del Movimiento también se acercó a Celia. Ya ella ejercía por aquel entonces, en la zona de Manzanillo, una notable y creciente influencia política entre los sectores más humildes de la población.

Por la composición social de la región, y dada la influencia de las ideas progresistas que en ésta existía, la dirección del Movimiento en La Habana y en Santiago de

Cuba y, desde luego, Fidel, siempre consideraron a Manzanillo como un importantísimo foco de las ideas revolucionarias.

Su trabajo y el de los compañeros en aquella zona, iría a convertirse, con el desembarco de Fidel, en el punto de contacto más inmediato entre la Sierra y el Llano. Durante algunos meses desarrolló una intensa actividad organizativa de apoyo a los expedicionarios. Trabajó en el llano manzanillero, es decir, en las puertas de la Sierra, en la organización de la retaguardia serrana, y se transformó de hecho en el principal contacto entre los grupos alzados comandados por Fidel y el movimiento clandestino que operaba en el resto de Cuba y especialmente en Oriente.

Los compañeros que laboraban en la clandestinidad la consideraban como una combatiente del llano y siempre estimaron que ella conocía los problemas y las situaciones del llano de una manera concreta. Había vivido intensamente la clandestinidad en Oriente y conocía con mucha profundidad los sentimientos revolucionarios de Frank y de los combatientes clandestinos. ¡Era uno de ellos!

En febrero de 1957, Frank, Celia y un grupo de compañeros nos entrevistamos por primera vez con Fidel, Raúl y el Che, así como con otros guerrilleros, en las estribaciones de la Sierra Maestra. Allí fue donde conocí de manera personal a Fidel. De aquel encuentro surgió la orientación de conducir clandestinamente hacia la Sierra un fuerte contingente de hombres y armas que habían intervenido en los sucesos del 30 de Noviembre. En las semanas subsiguientes, Celia, junto a Frank y varios compañeros, trabajó sin descanso en el empeño. El alma y la dirección de aquella operación fueron Frank y Celia.

Esa capacidad ejecutiva, ese don de convertir en hechos los más atrevidos proyectos, esa formidable preocupación que tenía por los detalles y que todo el

pueblo de Cuba conoce, los pudimos apreciar de una manera ejemplar durante aquellas semanas, tan cargadas de historia y de recuerdos. Mover en los primeros meses de 1957 un destacamento armado de cerca de sesenta hombres desde Santiago de Cuba y otras zonas de Oriente hacia Manzanillo; cobijarlos, amparados en un marabusal, durante más de dos semanas, a cortos kilómetros de la entrada del pueblo y a unos pocos pasos de la carretera de Bayamo a Manzanillo, y trasladarlos después a la Sierra Maestra, era tarea para la que se exigía coraje, capacidad de organización, destreza, talento y audacia.

Es cierto que tenía en Manzanillo una gran influencia en diversos sectores populares y esto le servía de mucho para sus propósitos. Pero el valor de su trabajo en aquellos días ha de verse, también, en el hecho de que, siendo conocida por amplias capas de la población, siempre se las ingenió para trabajar en la clandestinidad dentro de la zona, preparar operaciones audaces y no ser descubierta.

Aquella primera incorporación a la Sierra, de hombres y armas procedentes de distintas zonas de Oriente, fue sin duda un elemento de extraordinario valor para mantener y permitir desarrollar ulteriormente el foco guerrillero.

La labor organizativa realizada en las zonas de Manzanillo, Pilón y Niquero antes del desembarco, la vasta red clandestina que allí había, constituida antes del Granma, la tesonera tarea de los revolucionarios de la zona en las semanas que van del 2 de diciembre de 1956 al 17 de febrero de 1957, cuando se produjo la citada entrevista, unidas al trabajo exitoso que condujo a la operación de llevar a la Sierra un destacamento armado, son tres hitos importantes por los que empezó a entrar con personalidad propia en la historia de la Revolución.

Por aquellos días fue transformándose en el enlace principal entre la Sierra y el Llano. Poco después, una vez

asegurada la retaguardia, pasó a trabajar definitivamente en la Sierra, junto a Fidel, convirtiéndose en uno de los principalísimos baluartes del movimiento guerrillero. Conocedora de la zona, con innumerables contactos en el llano manzanillero, con vínculos estrechos con el Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba y con una confianza ilimitada en el triunfo de la causa rebelde, se convirtió en la insuperable auxiliar de Fidel. Se transformó así en un símbolo; con su valor, constancia, abnegación, laboriosidad y su trabajo altamente eficaz al lado de Fidel, entró definitivamente en la historia. En la Sierra, no fue solo la heroína de la guerra, fue, además, la heroína del trabajo. En ella la leyenda adquirió forma y contenido reales.

En el ejemplo de su conducta y en el conocimiento cabal de sus virtudes, está una de las mejores enseñanzas de que hoy disponemos para superar nuestras debilidades y enfrentar las responsabilidades que tenemos como revolucionarios.

Si dadas las múltiples tareas y responsabilidades de Fidel, no le era posible que algún compañero le explicara directamente a él cualquier problema de interés, le bastaba con plantearse a Celia. Sabíamos de su sensibilidad, de su madurez y de su conocimiento para interpretar a Fidel. Cuando salíamos de hablar con ella, sentíamos la seguridad de que, siguiendo sus consejos, nos ajustaríamos fielmente a los criterios de Fidel.

Desde los tiempos de la Sierra desempeñó este papel de compañera y ofreció su ayuda fraternal a todos los combatientes. No creo que hubiera un solo compañero de la Sierra o del Llano que se dirigiera a ella en aquella época o después del triunfo, al que no extendiera su ayuda. Se preocupaba hasta por los más mínimos detalles e inquietudes personales de los combatientes. Lo hacía con

fraternidad y, también, con un trato exigente en las cuestiones de principios.

Era rigurosa y exigente en los principios. Apasionada, pero al estilo de los que habló Martí cuando dijo que los apasionados eran los primogénitos del mundo, tenía la capacidad de entrega, el desprendimiento personal, la sensibilidad humana y la exquisita dulzura de que solo son capaces las mujeres. No había injusticia por reparar, no había problema humano por resolver, no había cuestión de interés revolucionario por abordar y en los que pudiera intervenir, que no lo hiciera con firmeza, con modestia, cariño, decisión y con ferviente pasión revolucionaria.

En su carácter se integraron la dulzura, el cariño, el afecto, la alegría de vivir, con la más rigurosa exigencia en los principios y en el trabajo revolucionario. Quizás fue esta combinación que la vida muestra como excepcional, unida a su sentir de pueblo y a su modestia y sencillez, lo que le facilitó una depurada, fina y profunda identificación política con Fidel.

Si el Che dijo que, en su renuevo continuo e inmortal, Camilo era la imagen del pueblo, de Celia podría decirse exactamente lo mismo. Su forma de actuar y proceder, su estilo personal y sus reacciones ante los problemas de la vida diaria, tipifican el carácter y el temperamento del pueblo cubano. Era una típica cubana. Lo era en su alegría, en su dinamismo, en su carácter extrovertido, abierto, en su fraternidad humana y en su exigencia y rigor.

Los que tuvimos oportunidad de hablar con ella en los últimos años de su vida, pudimos apreciar que la heroína legendaria mantenía la llama de la rebeldía contra toda injusticia y contra todo lo mal hecho; pero que había adquirido, a su vez, una conciencia madura para comprender la complejidad de los problemas políticos, sociales y estatales que se plantean a una Revolución como la nuestra.

También era una creadora. Tenía el poder y la autoridad, el sentido de la creación. No concebía utilizarlos para medrar o acomodarse. Gustaba sí, de emplearlos; pero para construir y crear. El poder y la autoridad pueden usarse a forma de acomodo y de medro, o pueden utilizarse como instrumento de creación en favor del pueblo. Ella los empleaba para crear, para construir, para hacer una obra de beneficio colectivo, para dejar una huella duradera en la historia; para dar un paso de progreso y de felicidad para el pueblo. Así, como los grandes revolucionarios de la historia, empleaba la autoridad que se le encomendaba.

No quería la autoridad para otra cosa. La quería para contribuir a la obra colectiva. Y siempre la empleó para llevar a cabo tareas concretas que fueran útiles a los propósitos de la Revolución. Solo así es genuinamente revolucionaria la autoridad que el pueblo y la Revolución nos entregan. En un revolucionario verdadero, no vale la pena tener autoridad ni tener poder para otro fin.

Así la vimos en el trabajo de construcción socialista, procurando resolver innumerables problemas en las más diversas esferas de nuestra vida social y económica. En las granjas, en las fábricas, en las escuelas, en las instituciones hospitalarias, en los centros de recreación, en los centros laborales en general. Construyendo, reconstruyendo, reparando, rectificando, trabajando infatigablemente en las más diversas y concretas tareas. Preocuparse en los detalles de numerosísimas obras de beneficio social o colectivo, y todas ellas inspiradas en los programas y en las ideas concebidos por Fidel. Y lo hacía con imaginación e interesando a un gran número de personas en la ejecución de esas tareas. Charlaba con obreros, campesinos, técnicos, especialistas, estudiantes, jóvenes e incluso con niños, para llevar a cabo los planes y tareas que se le encomendaban.

Trabajaba infatigablemente noche y día, sin descanso; su vida estaba por entero dedicada a la Revolución.

Era una apasionada de la historia. Como tenía conciencia de que vivía en el escenario de una gran historia, cuidaba con celo todos los documentos, materiales y escritos de Fidel, con el objetivo de conservarlos para la posteridad. Organizó un gran archivo histórico con un inmenso arsenal de documentos valiosos de la Revolución y de Fidel. Los historiadores y las generaciones venideras dispondrán así, gracias a Celia, de una amplísima documentación acerca de nuestra época. Era así mismo extraordinariamente sensible a los aspectos ideológicos de cada situación política o histórica. En cuestiones de principios políticos, mantenía un gran celo y exigencia y, a su vez, un apasionado interés por las interpretaciones más justas y revolucionarias a cada situación.

Sentía la lucha de liberación nacional de América Latina y el Caribe como algo muy íntimo. Sufría con la miseria de otros pueblos y con los atropellos que el imperialismo cometía en cualquier área del mundo; para sus sentimientos revolucionarios no había fronteras.

Poseía un finísimo sentido de lo hermoso, y cuando podía influir, procuraba que se creara belleza en el medio ambiente y en las obras constructivas e instalaciones que acometía la Revolución. Por su profundo sentimiento patrio, se inclinaba a la exaltación de las formas cubanas de lo bello. Ha dejado la huella de la belleza cubana, tropical, en muchas de nuestras instalaciones.

A su sentido humano y a su sencillez, unía un rechazo al tratamiento formalista de los problemas. Iba a su esencia y a su solución práctica. Poseía un sentido de lo práctico, de lo concreto, como pocas personas. Rehuía lo formalista y buscaba siempre, por sentido revolucionario, el aspecto práctico de las cuestiones. Sin embargo, sabía que determinadas formalidades oficiales constituían

una necesidad en el funcionamiento de la vida política de nuestro Estado y, sobre todo, dada la responsabilidad de Fidel, entendía que debía ayudar a organizarlas con precisión y exactitud.

La guerrillera de las montañas de Oriente, a quien le agradaba dormir en hamacas o recorrer un camino serrano y que nunca perdió el gusto por ese estilo de vida fue, sin embargo, capaz de promover, organizar y desenvolverse dentro de las formalidades de la vida oficial que inevitablemente tiene todo Estado. Se movió con destreza en ellas sin dejar de ser la guerrillera rebelde. La guerrillera ejemplar que mochila al hombro acompañaba al Comandante en Jefe, la de las vicisitudes de la Sierra, la trabajadora abnegada que junto a Fidel recorría los planes agrícolas, los centros de trabajo, las escuelas, los hospitales, fue también capaz de promover y organizar las formalidades de nuestra vida oficial y protocolar. Y lo hizo con eficiencia e imaginación.

Lo pudo hacer porque sabía que era un requerimiento y una necesidad de la Revolución y del trabajo de Fidel. Y en la mayoría de los casos, este trabajo lo realizaba sin aparecer ella oficialmente. Pero siempre era la garantía definitiva de la atención y precisión de los detalles.

El interés por no descuidar ningún aspecto la unía mucho a Fidel. Sabía además cuáles eran los detalles de que tenía que ocuparse, y lo hacía de forma directa y profunda. Conocía cuáles eran las cuestiones que resultaban importantes o decisivas para el éxito del empeño; garantizaba con toda exactitud la ejecución de la tarea.

Esa fue Celia, grande en su abnegación heroica y en su lealtad incondicional, grande en su identificación con el pueblo, en su amor a la obra de la Revolución y en su interés apasionado por los demás, grande en su preocupación por los aspectos más concretos y decisivos

de cada obra de la Revolución, grande, quizás, sobre cualquier otra virtud, en su modestia y sencillez.

Entre todas sus cualidades debemos efectivamente destacar su rechazo a cualquier forma de ostentación y su apego a las maneras simples y sencillas de vivir y trabajar. Esta era, con seguridad, una de sus más conmovedoras virtudes. Su carácter me recuerda aquellos versos de Martí: “El arroyo de la sierra/ me complace más que el mar”. No podía ser de otra manera quien estaba tan unida a Fidel.

Ella nos da fuerzas, nos da aliento y nos impulsa con el ejemplo de su vida; nos enseña las virtudes que debemos desarrollar, nos estimula en esta hora que vive la patria, América y el mundo para continuar hacia adelante.

ARMANDO HART



Parecía increíble la noticia que empezaron a dar, pasado el mediodía, todas las emisoras de radio y televisión del país: Celia Sánchez Manduley – Celia, para todos los cubanos – había fallecido a las 11:50 de la mañana de aquel viernes 11 de enero de 1980.

En la carretera de Bayamo a Manzanillo, un combatiente rebelde, colaborador cercano de Celia en la guerra, va escuchando la radio del carro cuando interrumpen el programa para leer la nota del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. La sorpresa lo golpea como un puñetazo en pleno rostro. Al instante los ojos se le nublan, y acierta apenas a sacar el carro de la vía y detener la marcha entre la hierba. De bruces sobre el timón, llora por primera vez desde la muerte de su madre.

En el pasillo de su escuela secundaria en el campo, una joven estudiante que nunca vio personalmente a Celia, nacida siete años después del triunfo de la Revolución, está conversando con algunas compañeras mientras llega la hora de salir hacia el campo. Irrumpe en el grupo una maestra demudada, y repite la noticia que acaba de escuchar. La muchacha se quiebra en un grito de estupor, antes de deshacerse en llanto: “¡No puede ser! ¡Eso no es posible!”

Dolor e incredulidad. Esa fue la reacción del pueblo. Suprema resistencia a aceptar un hecho que a todos dejaba

anonadados. Así reacciona un pueblo cuando le toca enfrentar la pérdida de una de sus esencias más queridas. Así fue cuando se supo la caída épica de Che, cuando la absurda desaparición de Camilo. Así fue entonces al saberse que Celia se ha marchado.

Luego, fue el mar inagotable del pueblo, aquella tarde gris de enero, y fue el adiós, ante la tumba modesta y sencilla como ella.

Pero hoy, pasados ya más de veinte años aquel momento amargo del primer dolor, cabe preguntarse: ¿fue válido el adiós?

•

Hay figuras en la historia de los pueblos que siempre parecerán estar presentes. Celia es una de éstas.

Por eso resulta tan difícil referirse a ella, tratar de apresar en palabras la enseñanza de su vida. Su presencia se siente todavía tan vívida y cercana, que tal parece como si estuviera aquí, materialmente, imponiendo siempre su norma inquebrantable de modestia. Es entonces, sin embargo, cuando nos percatamos con tristeza de que es posible intentar su retrato precisamente porque ya ella no está ahí para impedirlo.

Pero hay otra razón, y es que la vida de Celia, a partir ya del Granma, está tan imbricada con la historia misma de la Revolución Cubana y de Fidel, que resulta imposible separar una de otra. Por eso, una biografía de Celia tendrá que ser por fuerza, desde aquel momento, casi la biografía de la Revolución.

Y, finalmente, una tercera cuestión que no puede dejar de señalarse. No será nunca fácil evocar a Celia, dar su verdadera dimensión como la figura cimera que fue en la historia reciente de la patria, hacer realmente justicia a su

obra y su carácter. Decenas de libros podrían escribirse sobre ella, y al final no se habrá ofrecido sino un pálido reflejo de su personalidad inigualable y su vida creadora.

El pueblo cubano conoce el papel destacado que le tocó desempeñar a Celia como luchadora clandestina insuperable, como combatiente guerrillera indómita, como dirigente política y administrativa después del triunfo de la Revolución. Sabe que, gracias en gran medida a ella y a su ingente trabajo de organización, muchos expedicionarios del “Granma” salvaron sus vidas y el Ejército Rebelde pudo renacer, pujante y victorioso desde entonces, después del revés de Alegría de Pío, hecho que por sí solo le hubiera ganado un lugar prominente en los anales de la patria. Sabe que fue la primera mujer que empuñó un fusil en la Sierra Maestra, y que ya en el combate del Uvero batió con su M-1 al enemigo. Ha tenido alguna información de su actividad incansable en la retaguardia del territorio rebelde durante toda la guerra, y de su preocupación perenne por salvar el legado documental de la Revolución.

Pero lo que quizás muchos no conozcan todavía es su historia anterior de inquietudes políticas desde la década de 1940, el grado de dedicación y la importancia vital de su labor de aseguramiento y apoyo del Ejército Rebelde desde dentro y fuera de la Sierra, las mil funciones y tareas tan disímiles — delicadas muchas, hermosas e importantes todas — que cumplía diariamente, año tras año, desde el triunfo revolucionario. Su trascendental gestión durante la guerra como nervio y músculo de toda la actividad de retaguardia en el Primer Frente guerrillero; su función como brazo derecho de Fidel en el acopio incesante de fondos y abastecimientos, en el aseguramiento de ropa, comida, medicamentos, parque y las tantas otras necesidades grandes y pequeñas de la lucha guerrillera; su papel de madre — más que compañera — de todos y



cada uno de los combatientes rebeldes y los colaboradores campesinos de la Sierra, nunca podrán ser debidamente abarcados. Y mucho menos su contribución polifacética y esencial a la obra de transformación de la sociedad cubana emprendida a partir de la victoria del Primero de Enero de 1959.

Este libro no tiene la pretensión de ser esa biografía exhaustiva, sino la de ofrecer, simplemente, una primera aproximación a la figura inconmensurable de Celia. Pudiera quizás llamarse un esbozo biográfico. Pero, en realidad, de lo que se trata es de un ensayo, entendiendo por tal lo que la palabra entraña de tanteo, de exploración, de desbroce. Por eso se ha querido que lleve un apellido más modesto: este libro es el ensayo para una verdadera biografía de Celia que habrá que acometer algún día.

Abordar, además, por primera vez, el intento de un perfil biográfico de Celia, presupone, por las mismas razones antes dichas, una segura invitación a la insatisfacción por parte de todos los que la conocieron y la llevan guardada en el corazón. Una personalidad tan polícroma, una obra tan inabarcable y una proyección humana de tan vasto alcance no caben en estos pocos cientos de páginas. Cada quien encontrará inevitablemente que faltó algo por decir. Los autores están impuestos de ese riesgo y lo asumen conscientemente.

Pero una cosa sí es cierta. Quienes tuvieron el privilegio de conocer a Celia, de tratarla y trabajar junto a ella, aprendieron enseguida a respetarla y a amarla. Este libro, también, ha sido escrito con respeto y con amor.

En definitiva, hay algo que dice mucho más que lo que pueda quedar escrito en estas páginas, un hecho que revela lo que significa Celia para todos los cubanos. Desde la tarde gris aquella en que el pueblo entero la acompañó a lo que sería para ella, como se ha dicho, no su último,



sino su primer reposo tras una vida dedicada sin descanso a la Revolución, nunca, ni un solo día, ni un solo minuto, ha dejado de haber flores frescas en su tumba, dejadas allí por cientos de manos anónimas del pueblo en homenaje colectivo de imperecedero recuerdo.



La pequeña Celia a los 4 años de edad.



1

El río Vicana, en su recorrido desde la Sierra Maestra hasta el golfo de Guacanayabo, se enreda, incansable, en un laberinto de meandros. Junto a uno de ellos, profundo como un abrazo, descansa Pueblo Nuevo, el barrio del poblado de Media Luna donde vivía, en las primeras décadas del siglo, la mayor parte de los trabajadores del central “Isabel”. Fue ése el lugar escogido por el doctor Manuel Sánchez Silveira, y su esposa Acacia Manduley Alsina, para establecer su hogar, y fue ahí donde nació, a la 1:00 de la tarde del día 9 de mayo de 1920, su hija Celia.

Asentado en la llanura costera del Guacanayabo, Media Luna era en aquella época un barrio rural del término municipal de Manzanillo, y contaba con algo más de 4 mil habitantes. Pueblo Viejo, El Carmen y El Batey, a una orilla del Vicana, y a la otra Pueblo Nuevo, Vista Alegre, El Molino y Tronco Mulo, se nombraban los barrios del poblado cabecera, que no eran, con excepción de las áreas del Batey y del Carmen donde vivían los dueños y los altos empleados del central, más que humildes caseríos cuyas calles de tierra –si es que pudieran merecer el nombre– se disolvían en tolvánicas en la seca y se tornaban intransitables pantanales en la época de lluvias.

No menos infortunadas eran las condiciones del Camino de la Costa que enlazaba a Media Luna con Campechuela y Manzanillo, hacia el nordeste, y con

Niquero, más al sur. En la temporada de las aguas, o sea, durante buena parte del año, Media Luna quedaba prácticamente incomunicada por tierra. No había otra manera de llegar a ella o de salir de allí que a través del golfo, en los viejos vapores propiedad también de los dueños del central.

La escuela pública situada en el barrio de Pueblo Nuevo radicaba en un local pequeño y ruinoso, en el que funcionaban tres aulas para todos los grados de primaria. Cada niño debía llevar su asiento, así fuera un cajón. Cuando llovía, muchas veces la maestra escribía con la mano derecha en la pizarra y con la izquierda sostenía un paraguas. Como única institución de beneficio popular, el pueblo contaba con un pequeño hospital capaz de alojar diez camas, subvencionado por el central; y como lugar de esparcimiento, con un teatro, el “Estrella”, donde se proyectaban películas y de cuando en vez se presentaba una de aquellas tristes compañías ambulantes de teatro vernáculo. Andando el tiempo, surgirían algunas sociedades de recreo y aparecería el parque. También la iglesia llegaría después.

Fundado en 1886 por los hermanos Tomás, Ricardo, Arturo y Alfredo Beattie Brooks –de ascendencia inglesa–, el central “Isabel”, con una capacidad productiva en 1920 de 250 mil sacos de azúcar de 13 arrobas, y campos de caña que se extendían desde las estribaciones de la Sierra Maestra hasta el litoral del golfo, constituyó el foco económico en torno al cual se desarrolló Media Luna, que en sus inicios, en siglos anteriores, no fue más que el embarcadero del hato “Vicana” de donde había surgido Pueblo Viejo. El cultivo, la cosecha y la molienda de las cañas, y sus labores de apoyo, eran prácticamente la única fuente de ocupación de la inmensa mayoría de los trabajadores de la zona, sometidos al inicuo

régimen de explotación que padeció el obrero azucarero cubano hasta el triunfo de la Revolución.

•

En el ámbito nacional, 1920 fue un año de signo trágico para la economía del país, deformada por la monoproducción y la dependencia. El 19 de mayo – diez días después del nacimiento de Celia – la libra de azúcar se cotizaba en la bolsa de Nueva York al precio entonces fabuloso de 22,50 centavos. Alcanzaba así su punto más alto la febril especulación que había dado origen en Cuba a la llamada “danza de los millones”. Apenas una semana después, sin embargo, comenzaba la vertiginosa caída de los precios que conducirá el 8 de octubre, fecha en que la cotización del azúcar había descendido a 6,75 centavos, al crac bancario y la ruina de muchos dueños de ingenios. Si bien el pánico propiamente no alcanzó a las masas populares, que no tenían de qué aterrorizarse pues sus bolsas ya estaban vacías, la situación gravó aún más sus condiciones de vida al recargarse sobre ellas, como siempre, los efectos de la crisis.

También en Media Luna, como consecuencia del dramático descenso de los precios del azúcar en aquel año funesto, se intensificaría la explotación de los trabajadores al pesar sobre ellos las obligaciones que, a costa de algunos otros de sus negocios, contraerían los dueños del central con la banca norteamericana para tratar de escapar del desastre en que se vio inmersa la nación. Pero la situación no era nueva. En realidad, la miseria resultaba un mal endémico allí, como en el resto del país. Era común que algunos de los niños que asistían a la escuela pública se desmayaran del hambre en el aula. Según un informe sanitario preparado en 1924 por el propio doctor Sánchez Silveira, entre las causas fundamentales de muerte estaban

las características de una situación extrema de pobreza e insalubridad: enteritis, tifoidea, tuberculosis, paludismo y otras enfermedades transmisibles.

Contra aquellas condiciones aprendieron pronto a luchar los trabajadores de Media Luna. La organización en la primera década del siglo de una sección del Partido Socialista de Manzanillo, fundado en 1906 por Agustín Martín Veloz (“Martinillo”), temprano divulgador de las ideas socialistas; la huelga de 1912 efectuada por los obreros agrícolas en reclamo de mejores salarios y condiciones laborales; el plante que en 1918 produjeron numerosos trabajadores del central en demanda de una jornada laboral más corta, fueron antecedentes de las grandes batallas que habrían de librar en años posteriores. Media Luna tenía en común con los otros pueblos del Guacanayabo no sólo las bondades de su clima, la siempre bella conjunción del mar y la montaña y la espantosa realidad de la explotación y la miseria, sino también las inquietudes cívicas y patrióticas de sus habitantes, la conciencia clasista y la tradición de lucha de su clase obrera.

Mediante las elecciones escandalosamente fraudulentas efectuadas en noviembre de ese mismo año de 1920, el general Mario García Menocal ponía la Presidencia de la República en las manos del doctor Alfredo Zayas Alfonso, su aliado de entonces y enemigo de ayer, quien asumiría el mando el 20 de mayo del año siguiente y continuaría la política entreguista, corrupta y antipopular de su predecesor. Si en lo económico la situación nacional era en realidad desesperada, en lo político el panorama no podía ser más tenebroso.

Pero no todo era cerrazón. Mil novecientos veinte fue también el inicio de la bien llamada “década del despertar de la conciencia nacional”. Impelido por la propia y terrible circunstancia que le imponía la dependencia neocolonial,

y al influjo de acontecimientos externos como la Gran Revolución Socialista de Octubre y el movimiento de reforma universitaria iniciado en la universidad argentina de Córdoba, el pueblo, con un largo desperezo, se aprestaba a reiniciar su marcha hacia la liberación.

•

Nacido el 22 de septiembre de 1886 en Manzanillo, Manuel Sánchez Silveira fue el cuarto hijo del matrimonio constituido por Juan Sánchez del Barro y del Collado, asturiano radicado en Cuba, y Modesta Silveira Román, manzanillera. Le habían antecedido sus hermanos Modesta, Juan y Manola. Después vendrían Miguel y María.



El padre, Manuel Sánchez Silveira.

Al terminar la enseñanza primaria en Manzanillo, Manuel cursa estudios superiores en la capital de la República. En 1906 se doctora en Cirugía Dental y comienza a ejercer, como dentista particular, en los pueblos de Colón y Perico, en la provincia de Matanzas. A la par que trabaja en estos poblados, continúa estudiando la carrera de Medicina, de la cual se diploma en 1911. Ya para entonces había adquirido, en su natal Manzanillo, compromiso matrimonial con Acacia Manduley Alsina.

Fueron los padres de ésta, José Dolores Manduley del Río, holguinero, e Irene Alsina Zubieta, bayamesa. El

matrimonio produjo otros seis hijos: Amanda, Enrique, José Pascacio, Alfredo, Gloria y Arturo. Acacia, la tercera en orden de sucesión, nació el 9 de marzo de 1889 en Manzanillo. Tenía la piel muy blanca, el pelo ligeramente rubio y los ojos del color del ámbar. Alegre como un cascabel, amable y amiga de travesuras, bromeaba con todos y todos reían con ella, pues sabía manejar su simpatía con tacto y delicadeza.

Acacia y Manuel se casaron el 12 de abril de 1913 en la Iglesia Parroquial de la Purísima Concepción de Manzanillo, y por invitación de la familia Cossío Esturo pasaron su luna de miel en "Alegrías de Macaca", la histórica hacienda de los Céspedes.

Nombrado Manuel médico del central "Isabel", el matrimonio adquirió, mediante compra a Modesta Llopiz, la casa hoy marcada con el número 111 de la actual Avenida Raúl Podio, en Media Luna. Era un cómodo y fresco chalet de madera, al que hubo que agregar más tarde un ala nueva cuando la familia fue creciendo. Allí tenía el doctor Sánchez, a un



La madre, Acacia Manduley Alsina.

costado, su biblioteca y consulta privada. El amplio patio, plétórico de ricos frutales criollos, bajaba hasta la ribera misma del Vicana, que en los días de creciente saltaba la cerca sin dificultad.

En esta casa llegaron al mundo sus nueve hijos. El 29 de abril de 1914 nacía Silvia, la mayor, y el 28 de enero de 1916 Graciela María. Un rudo golpe esperaba al joven

matrimonio. Estaba Acacia en vísperas de su tercer parto cuando a la pequeña Chela se le presenta un ataque fulminante de acidosis, y muere el 28 de marzo de 1917, exactamente el día en que cumplía los 14 meses. El trágico acontecimiento dejó un doloroso e imborrable recuerdo en la familia. Tres días después, el 31 de marzo, nacía otra niña. En memoria de la muerta le ponían sus mismos nombres. Y el 8 de octubre de 1918 llega Manuel Enrique, el primer varón.

Cuando en la mañana del 9 de mayo de 1920 Acacia se sintió de parto, los pequeños fueron enviados para una casa vecina. Al regresar horas después se encontraron con una hermosa niña de nueve libras y tres cuartos. Al igual que todos sus hermanos – tanto los ya nacidos como los cuatro que faltaban por nacer –, la criatura fue recibida por su propio padre y bañada por Elvira Esturo de Cossío,



La casa natal en Media Luna.

amiga íntima de la familia. El 16 de octubre de aquel año sería inscrita en el Registro Civil del Juzgado Municipal de Vicana bajo los nombres de Celia Esther de los Desamparados, los mismos con los que sería bautizada el 22 de julio de 1922 en la Parroquia de la Purísima Concepción de Manzanillo. Quizás años después alguien habría podido calificar como premonitorio este tercer nombre –escogido, sin duda, por haber nacido la niña al día siguiente de la fiesta religiosa de Nuestra Señora de los Desamparados–, pero el hecho es que a Celia en su niñez le enojaba sobremanera que sus hermanos la llamaran por él.

Alrededor de 1921, y durante el lapso aproximado de un año, la pequeña Celia vivió por primera vez en Manzanillo, en la casa situada en el número 33 de la calle Villuendas. Habían surgido desavenencias entre el doctor Sánchez Silveira y los dueños del central, y el primero decidió tratar de establecerse en su ciudad natal. Zanjadas las diferencias y al no querer el doctor Sánchez aceptar el cargo que se le ofrecía de Jefe de Sanidad de Manzanillo, pues sabía que sólo a base de comprometerse con cada nuevo gobierno habría podido mantener esa posición, la familia regresó a su casa de Media Luna.

En el transcurso de los próximos años aumentaría la prole con los nacimientos de Flavia, el 6 de febrero de



Un año de edad.

1922; Griselda, el 22 de mayo de 1923; Orlando, el 21 de abril de 1925, y Acacia, la más joven, el 29 de noviembre de 1926.

•

Tanto la familia Sánchez Silveira como la Manduley Alsina eran relativamente numerosas y sus miembros muy unidos entre sí, lo cual permitió que el ámbito de las relaciones familiares fuera extenso, y esas relaciones constantes, cercanas y cargadas de afectividad. Particularmente fueron intensas y amorosas entre las abuelas –los abuelos habían muerto ya– y los nietos, y entre las tías maternas y paternas –que no tuvieron hijos– y los sobrinos. En el caso del doctor Miguel Sánchez Silveira y su esposa Ana Castellanos, que también vivían en Media Luna, estas relaciones eran cotidianas. El tío Miguel quiso a Celia con amor de padre que ella siempre

supo corresponder, y que retribuyó, en los días finales de él, con cariño y abnegación ejemplares.

Celia y sus hermanos se vieron rodeados, además del afecto de varias personas que en distintos momentos trabajaron en la casa y fueron muy queridos por la familia. Julia Granados, Carmen Peral, Rafaela Carbonell, Juana Hernández y una muchacha llamada



En brazos de su madre a los 9 meses, con Silvia, Chela y Manuel Enrique.

Victoria — a quien Celia, que desde pequeña tenía el hábito de “rebautizar” a los demás, llamó siempre Anita —, fueron algunas de las que estuvieron más o menos tiempo ayudando a Acacia, y luego a la abuela Irene, en el manejo de los niños y los quehaceres del hogar. Otros personajes de los años infantiles de Celia fueron Arturo e Ignacio, ambos jamaicanos, choferes sucesivos del doctor Sánchez, y Dionisio, quien según unos era de Sagua la Grande y según él del lejano Benin, pobre desheredado a quien el Doctor tendió la mano y ofreció una ocupación nominal en la casa para asegurarle cama y sustento.

La situación económica de la familia era holgada en esa época, lo que contribuía al bienestar material y la felicidad de los niños. En la casa se contaba con los estipendios del doctor Sánchez como médico y director del hospitalito del central, médico de la compañía de seguros “La Sagua”, para la cual trabajaba por iguala, y médico municipal, responsabilidad esta última dejada por él en manos del primer domiciliario que tuvo el hospital. Los ingresos del Doctor como médico, partero y dentista particular no deben haber sido muy considerables, pues era notorio que una buena parte de sus pacientes recibía su atención de forma gratuita.

Pero la familia disponía también de las entradas provenientes de varias propiedades. Poseían los hermanos Sánchez Silveira, heredada de su padre, la finca “San Miguel del Chino”, de algo más de 60 caballerías de extensión, situada cerca de Cieneguilla, al pie de los contrafuertes de la Sierra Maestra, y dedicada a la ganadería, en la cual Manuel y Miguel establecieron, además, un negocio de producción de queso. Esta propiedad fue acrecida con la compra de otras dos fincas colindantes: “Las Lagunas”, de unas 12 caballerías, y “Los Arroyones”, de 47 caballerías y rica en maderas preciosas, sobre todo majagua azul, que adquirió el doctor Sánchez

en sociedad también con su hermano Miguel. Los Arroyones, con el correr del tiempo, fue convirtiéndose en refugio de víctimas de desalojos que acudían al Doctor en busca de socorro. Él les permitía asentarse en la finca con la sola condición de que dejaran sembradas de pastos las tierras que desmontasen y agotasen con la siembra de viandas. También fueron Manuel y Miguel copropietarios de dos farmacias establecidas en el pueblo.

Dentro de aquel contexto de dicha infantil que rodeó a Celia, tuvo igualmente extraordinaria importancia la formación familiar que recibieron los Sánchez Manduley, exenta de dogmatismos –religiosos o de cualquier otra índole–, de convencionalismos, prejuicios y rigideces, y en la que tuvieron mucho que ver tanto la personalidad del padre, hombre de ideas liberales avanzadas, como el carácter de la madre, siempre alegre y cordial. Ambos poseían, además, los preciados dones de la indulgencia y la bondad.

Celia fue una niña bonita. Las fotos de sus primeros años muestran un bello rostro infantil de tez blanca, óvalo



Silvia, Chela, Manuel Enrique y Celia. Mediados de 1921.

más bien redondeado y hermosos ojos negros. También el pelo es negro y ligeramente ondeado. Fue saludable. El único percance de esta época que recuerdan sus hermanos tuvo un origen accidental. Tendría Celia algo más de 4 años y Flavia alrededor de 3. Puestas a buen recaudo en un corralito, jugaban ambas a las muñecas. El padre se acercó a ellas y



Celia Esther, 2 años, 1922.

les dio el bulbo de una muestra farmacéutica para que lo usaran en sus juegos a modo de biberón.

Celia se lo llevó a la boca para tratar de arrancarle la etiqueta.

— Ay, me lo tragué — escuchó Flavia que decía.

En medio del susto general comenzó a administrársele a la niña, por vía oral, ipecacuana y líquido abundante, mientras el padre se daba a la urgente tarea de diseñar un artefacto por si había que extraer el bulbo. Afortunadamente no fue necesario. Entre copiosos vómitos la pequeña arrojó el pomito, que rodó, intacto, por el suelo. Pero el eficaz remedio la dejó vomitando varias horas.

•

Desde su cargo de médico director del hospitalito del central, el doctor Sánchez Silveira realizó una continuada labor investigativa y profiláctica en la zona. En su "Informe sanitario" de 1924 decía: "Paludismo y fiebre tifoidea son las dos temibles enfermedades transmisibles que quedan

endémicas en estos barrios desde el 95.” Y añadía modestamente: “Gracias a la labor tenaz del central por desaparecerlas, se ha logrado la extirpación completa de la tifoidea, y si no se han logrado tan brillantes resultados con el paludismo se debe a que anualmente llegan muchos casos de fuera con la infección.”

No podía imaginar entonces el Doctor que una de aquellas enfermedades que de manera constante había combatido le arrebataría, dos años después, a su esposa. El 19 de diciembre de 1926, a los veinte días de haber dado a luz a su última hija, Acacia moría, víctima de paludismo pernicioso, en la casa de su hermana Amanda, en el número 39 de la calle Maceo en Manzanillo, adonde había sido trasladada teniendo en cuenta la mayor posibilidad de recursos de la ciudad.

Durante los días terribles de la enfermedad de Acacia, a la familia le era difícil separar de ella a Celia, que se obstinaba en permanecer sentada en un taburetico a la vera de la cama de su madre. Y cuando murió, la pequeña fue presa de un fuerte estado depresivo y de unas calenturas cuyo origen no se había podido aún determinar un mes después, a pesar de que el padre la vio en consulta con otros médicos amigos. Finalmente el tío Juan, médico también, diagnosticó un trastorno nervioso y prescribió un remedio casero: baños y tisanas de verbena. Las fiebres pasaron, pero la niña quedó triste durante mucho tiempo. No quería jugar y se apartaba de los demás para llorar a solas. Tenía entonces 6 años y medio.

La noticia de la muerte de Acacia causó una pena legítima en Media Luna. Su forma de ser generosa, amable y gentil, le habían conquistado el afecto de sus vecinos. Era común cada día, momentos después de anunciar la sirena del central el fin de la jornada, que diversos trabajadores, camino del hogar, pasaran a saludarla y a conversar con ella. A todos los conocía y sabía los nombres



En el portal de la casa de Media Luna. Chela y Celia sentadas en los escalones. La madre sostiene a Flavia y a su lado el Dr. Manuel Sánchez Silveira.

de sus mujeres, de sus hijos. Se interesaba por ellos, presta siempre a ayudar a quien necesitase ayuda. El Doctor decía en broma que ella le quitaba la clientela, pues a veces, cuando le recetaba a un paciente, éste le decía que ya Acacia le había mandado tal o más cual remedio; y él contestaba jocoso:

— Bueno, si ya ella te recetó, ¿para qué vienes a verme a mí?

El doctor Sánchez y sus hijos permanecieron alrededor de dos meses en la casa de Amanda. Entre Celia y Manzanillo se tendían, como lazos imborrables, los últimos recuerdos de la madre querida.

El enorme vacío dejado por Acacia en el hogar y en el corazón de los niños fue llenado por la abuela doña Irene y la tía Gloria, que se quedaron a vivir con ellos, y por el padre, que volcó todo su amor en sus hijos. El doctor Sánchez Silveira nunca se volvió a casar. Ya septuagenario, dijo una vez a un amigo:

—Cada día extraño más a Acacia.

Doña Irene fue desde entonces el ama de casa de autoridad indiscutida. Su yerno le entregaba cada mes sus ingresos, sin pedirle cuenta jamás del destino que les daba. Y si alguien peleaba era ella, a veces, cuando él se excedía en comprar juguetes y boberías a los niños.

•

La temprana ausencia de la madre contribuye a que las figuras del padre y de la abuela cobren nuevas dimensiones para Celia y ocupen un lugar único en su amor. La personalidad, hábitos y modos de ambos habrían de influir notablemente en la formación de la niña.

Doña Irene era una mujer generosa. En la casa se mantuvo, incólume, la tradición de auxiliar a los necesitados. Era servicial, de las que acudían a solucionar los problemas graves de los vecinos, a ayudar en la atención de un enfermo, a amortajarlo si moría. Activa, diligente, de espíritu juvenil, al mediodía y a la noche se recogía unos instantes para rezar el rosario. Como una reliquia guardaba en su alma el recuerdo del incendio de Bayamo, que vivió siendo muy niña, y del éxodo posterior



Silvia, Manuel Enrique, Flavia, Celia y Chela. Detrás, la abuela doña Irene, Acacia y el doctor Sánchez con Orlando cargado.

hacia Bueycito en una carreta de bueyes. En el silencio de las noches de Media Luna, contaba a sus nietos episodios de la historia patria y de sus hombres, de los que la querían bien y de los que la querían mal, que a todos conocía la abuela doña Irene.

La conducta y actividad de Manuel Sánchez Silveira revelan una personalidad sumamente interesante y atractiva. Era, en primer lugar, un benefactor, lo cual se hacía evidente día tras día, tanto en el ejercicio de su carrera como en el desenvolvimiento de su vida privada. Llama la atención, además, la versatilidad de los intereses que atraieron su inteligencia y, como rasgo sobresaliente, su veneración por la patria y su concepto del deber ciudadano.

De él se ha dicho que fue el clásico médico rural antiguo. En el patio de la casa siempre tenía listos el caballo y la montura para cabalgar hacia alguna remota colonia, en las estribaciones de la Sierra, donde se le aguardaba como única esperanza. Y allá se iba bajo el sol calcinante o en la noche lóbrega. Lo mismo sacaba una limalla de un ojo, que enyesaba un brazo fracturado, amputaba una pierna, atendía a una parturienta, extraía una pieza de la boca, rescataba el grano de maíz que se había introducido un niño en la nariz o el oído, o simplemente recetaba un jarabe.



Celia delante, al centro, en 1924 en Media Luna. La tía Gloria con un brazo extendido. Delio Núñez Mesa con polainas y Ricardo Beattie detrás de Gloria.

Cuando visitaba por las tardes a sus pacientes del Molino, llevaba a sus hijos con él para que conocieran la miseria en que vivían las clases más humildes. Su bondad, su don de gentes, su sentido de la solidaridad humana, hacían que se acudiera a él en las más diversas circunstancias: lo solicitaban para bautizar recién nacidos, para representante de novios en peticiones de mano, para testigo y padrino de bodas, y hasta para consejero en delicados conflictos familiares. Sus allegados, un poco en broma, solían decir que hasta a los enfermos que cuidaba les despedía el duelo cuando morían.

Nunca buscó glorias ni recompensas materiales en el ejercicio de la medicina. La sirvió sin escatimarle tiempo ni desvelo. Como ya se ha dicho, dedicó grandes esfuerzos a la investigación y prevención de las enfermedades transmisibles de la zona en que le tocó ejercer. En actitud que retrata su superior calidad humana, cuando Acacia murió se dedicó, con pasión, al estudio del paludismo. Dinámico, imaginativo, aplicaba soluciones audaces



Silvia, Celia, Manuel Enrique, Flavia y Chela. Griselda al centro. 1925

cuando los recursos no eran suficientes. Así, por ejemplo, en una ocasión, al desatarse una epidemia de tifus en Media Luna, enseñó a vacunar a su hija Griselda, que entonces tendría unos 12 años, y al hijo del practicante del hospital, y les encomendó la vacunación de toda una sección del pueblo.

Espíritu lleno de curiosidad, la historia, la geografía, la arqueología y la espeleología fueron

campos en los que incursionó con resultados fructíferos, recogidos en numerosos informes y monografías escritos a lo largo de su vida. Ya en esta época había aportado a la historiografía cubana la fijación del lugar exacto donde cayó Carlos Manuel de Céspedes, y realizado importantes hallazgos arqueológicos en la zona en que estuvo enclavado el poblado aborigen de Macaca. Celia y sus hermanos participaron con frecuencia en las excavaciones que su padre realizaba en el lugar.

Amó profundamente a su patria. En sus *Apuntes biográficos de Rafael Morales y González*, publicados en 1927, la calificaba como la más grande posesión del hombre. A la exaltación de ella y de sus héroes consagró parte de su vida. Carlos Manuel de Céspedes y José Martí fueron objeto especial de aquel amor. Por iniciativa propia y bajo su dirección fue colocada en San Lorenzo, el 24 de noviembre de 1925, la tarja que señala el sitio donde fue abatido el Padre de la Patria. En los primeros años de la década de 1930 fue inspirador y ejecutor del emplazamiento, en el parque de Media Luna, de los bustos de ambos patriotas. Antonio Maceo fue objeto igualmente de la veneración del doctor Sánchez Silveira, y también a él se debió la colocación en el Club de Veteranos de Media Luna de dos placas, forjadas por él mismo, que mostraban la ruta de la invasión y la efigie del Lugarteniente General.



En el parque de Media Luna en 1931. Celia a la derecha.

Tuvo el propósito, que no llegó a materializar, de escribir un libro – *Jalones de nuestra historia* pensó titularlo – a fin de erigir con el producto de su venta un monumento a Maceo en Media Luna.

Para que también sus hijos amaran a la patria,

acostumbraba sentarlos a su alrededor y leerles obras de aliento patriótico, páginas de sus grandes escritores y poetas, sobre todo de Martí, y explicarles su significado. Fue en esas sesiones cuando ayudó a la vivaz mente infantil de Celia a desentrañar el aparente arcano del canario amarillo que tiene el ojo tan negro, y cuando la enseñó a amar fervientemente al Maestro.



El doctor Sánchez y sus hijos en el parque de Media Luna. Celia a la izquierda de su padre.

En reveladora carta que años después – en 1947 – escribiría a Eduardo Chibás, el doctor Sánchez Silveira se calificaría a sí mismo de “viejo político”, aclarando el calificativo de la siguiente forma: “entendido por viejo mi edad y por político mi intervención en la Cosa Pública como deber ciudadano”. Y añadiría con tono intencionadamente quejumbroso: “Tengo la desdicha de que cada vez que mi Partido ocupó el poder, fui de los primeros en abandonarlo y combatirlo porque nunca un gobierno cubano, por mal para la Patria, cumplió ni aproximadamente su Plataforma de Gobierno.”

Semejante personalidad tenía, por fuerza, que dejar profunda huella en el espíritu de Celia. De su padre adquirió ella la reciedumbre de carácter, la tenacidad, la pureza de intenciones, la sensibilidad patriótica y política y muchos otros rasgos que la caracterizaron a lo largo de su vida.

Un día del año 1932 o 1933, al dirigirse como otras veces hacia una de sus haciendas, don Ricardo Beattie, el acaudalado y ya anciano dueño del central, es llamado



Busto erigido a José Martí en el parque de Media Luna.

por Orlando, el hijo varón más pequeño del doctor Sánchez Silveira:

– A ver, ¿qué es lo que tú quieres?

– Yo quiero que tú me digas quién es más rico: mi papá o tú.

—Chico, tu papá. Tu papá es el hombre más rico de este pueblo. Cuando tú seas grande piensa en esto, y tú verás lo cierto que yo estoy al decir que él es el hombre más rico de este pueblo.

Al emitir su lúcida respuesta no podía prever el insaciable geófago que, al calor de las riquezas morales y espirituales del doctor Sánchez Silveira, se forjaba la personalidad de una de las más importantes figuras femeninas de toda la historia cubana.



Celia a los 9 ó 10 años de edad.



2

Junto a su hermana Flavia, Celia comenzó a cursar la enseñanza primaria cuando tenía siete años. Beatriz Pernías, quien fue su primera maestra, mantenía una pequeña escuela privada donde enseñaba, básicamente, Lenguaje y Aritmética. Estaba situada en el barrio del Carmen, y durante sus últimos tiempos ocupó el local en que estuvo enclavada, antes de su traslado para Pueblo Nuevo, una de las farmacias de los Sánchez Silveira. Las dos niñas estudiaron en esta escuela hasta que Beatriz Pernías se mudó para Manzanillo.

Ingresaron entonces, en cuarto grado, en la escuela pública de Pueblo Nuevo. En aquel momento, la directora y profesora de los grados cuarto, quinto y sexto era Ismaela Céspedes, la segunda maestra que tuvo Celia. En su ya citado "Informe sanitario", el doctor Sánchez Silveira apuntaba que merecía especial mención el aumento de la tuberculosis en Media Luna. Pocos años después de rendido aquel informe, Ismaela Céspedes se contaría entre los vecinos del pueblo atacados por la enfermedad. Se encontraba ya en los umbrales de la muerte cuando Celia comenzó a estudiar con ella. Algunas semanas después perdería la batalla contra el terrible mal.

Adolfina Cossío Esturo —"Cucha", como siempre la llamaron sus ex alumnos de Media Luna—, maestra entonces de la colonia cercana de Gorito, pasó a ocupar el cargo de directora de la escuela y profesora de los tres

grados superiores. Ella fue la tercera maestra de Celia. En esta escuela la niña conoció por primera vez, como materias de estudio sistemático, entre otras, las asignaturas de Geografía e Historia de Cuba, Educación Moral y Cívica, y Economía Doméstica, que al parecer fueron las que más llamaron su atención. También participó allí, por primera vez, en los actos solemnes de la Jura de la Bandera.

Celia y sus hermanos guardaron siempre un emocionado recuerdo de la escuela pública de Pueblo Nuevo, por la rectitud y disciplina que imperaban en sus aulas, la solidez en la docencia, el fomento en los alumnos de las mejores virtudes cívicas y humanas, del respeto a la dignidad del hombre, del amor al trabajo, a la cultura y a la patria y sus tradiciones. En la humilde escuelita pública, y bajo la inteligente tutela pedagógica de Adolfinia Cossío, maestra capaz y ya respetable a pesar de su juventud, se sedimentarían los valores cívicos, morales y patrióticos que, como parte del acervo familiar, recibió Celia desde la cuna misma.

Paralelamente a la educación primaria, y también junto a su hermana Flavia, Celia tomó clases de piano, durante tres o cuatro años, con las hermanas Rodés, miembros de una antigua familia de Media Luna. Pero tal parece que en este campo, quizás por falta de interés, los progresos de las dos hermanas no fueron particularmente notables.

•

Vasto, variado y no exento a veces de originalidad fue el universo de pasatiempos, juegos y travesuras infantiles de Celia.

Tenía gran afición, notable destreza y buen gusto para el dibujo, la pintura y las llamadas artes manuales en general. En la escuela había aprendido a bordar, tejer, hacer



En el portal de la casa de Media Luna. Celia es la segunda de derecha a izquierda con un grupo de familiares, amigos y vecinos. 1931.

flores artificiales, repujar en piel, trabajar el yarey. También con la tía Gloria aprendió a bordar a máquina, y con Enriqueta Esturo a tomar medidas y hacer moldes para la confección de ropa. Pasaba largos ratos recortando siluetas o dibujando figuras chinescas, con algunas de las cuales obtuvo premios en concursos infantiles, o confeccionando cintas de filosedá en un pequeño telar construido artesanalmente, o bordando, o tejiendo. La delicadeza y pericia con que hacía estas labores llegaron, con el tiempo, a darle fama entre familiares y amigos. También le gustaba cocinar, y mostraba en este arte imaginación y habilidad.

El tradicional juego de las casitas gozó de su predilección a lo largo de toda su niñez. En los primeros años era simplemente acunar a una muñeca en los brazos y darle el biberón, pero con el tiempo el juego fue adquiriendo rango y organización. El padre mandó construir en el patio una casita de alrededor de 3 metros por 2, con puerta, ventanas, piso de cemento, paredes de

yaguas, techo de guano, algunos muebles, batería de cocina... Para el manejo de la casa, las niñas – Celia, algunas de sus hermanas, primas y compañeras de juegos – establecieron una interesante división del trabajo en la que correspondieron a Celia las funciones de cocinera, desenvueltas tan ventajosamente que con frecuencia el padre o algún otro de los mayores se contaba entre los comensales. Un montículo de tierra en el traspatio, ahuecado y acondicionado con una rejilla de hierro, les sirvió como horno de uno de los platos fuertes de la casa de juegos infantiles: el boniato asado. En la medida en que la cocinera adquiría experiencia, se agregaban al menú manjares tales como merengues horneados, delicadeza de limón y otras exquisiteces por el estilo.

Desde su más temprana infancia se manifestó en Celia su simpatía por los niños. Dada la corta edad que ella misma tenía entonces, aquella simpatía resultaba en ocasiones un tanto riesgosa. Así, a veces las muñecas eran sustituidas por algún bebé de carne y hueso. Para estupefacción de doña Irene, que cortó aquella práctica en cuanto se percató de ella, las niñas llevaban a jugar consigo a una vecinita de alrededor de 7 meses. La mecían, le cantaban nanas arrulladoras, y cuando la pequeñita se dormía la acostaban en una tabla de planchar sostenida entre los caballetes de la casita. La intervención de la abuela privó a la vecina de sus placenteras siestas en cuna tan espectacular como peligrosa. Más afortunado que ella fue un niño del Carmen que esperaba con ansiedad el paso de Celia con su hermana o alguna amiguita, de regreso de la escuela. Las niñas se sentían en el deber de bañarlo; y la bañadera, para fruición del beneficiado, que sentía deslizarse entre sus piernas preciosos pececitos de colores, era nada menos que la fuente del parque de Media Luna.

Desde siempre fue el circo uno de los espectáculos favoritos de Celia. Media Luna era visitada regularmente

por algunos de los circos trashumantes que recorrían la isla, los cuales instalaban su carpa en Pueblo Nuevo. Pero esperar un año para volver a ver el emocionante espectáculo era demasiado esperar. Las Sánchez Manduley decidieron montar su propio circo en el patio de la casa. Tocó a una de ellas, como trapecista, el estrellato. Celia se contó entre las bailarinas, y no porque le faltara arrojo o agilidad para comprometerse en un salto mortal, sino porque ya desde entonces le apasionaba el que sería uno de los grandes gustos de su vida: el baile.

La música era aportada por una pequeña victrola que Celia y Flavia se habían agenciado a base de perseverancia. Vivía el propietario del aparato – un maestro de la escuela pública – en el camino que las niñas debían recorrer de la escuela de Beatriz Pernías a su casa. Siempre que podían se iban a pie, antes de que llegara a buscarlas Ignacio el chofer, para poder detenerse a escuchar música en casa del maestro, y una y otra vez instaban al padre para que les comprara el dichoso aparato. La obstinación triunfó, y su dueño acabó por regalarles la victrola.

Como casi todos los niños, Celia y sus hermanos mostraban ingenio y audacia a la hora de procurarse entretenimientos: corrían en zancos; hacían maromas en el columpio; se deslizaban por la canal de la cocina; abordaban, en plena marcha, las carretas que pasaban frente a la casa. Objetos tan específicos como las sombrillas adquirían en sus manos los más variados destinos: unas veces las convertían en paracaídas; otras, en jamos para pescar en algún estanque que hallaran en su camino. Tan heterodoxos llegaron a ser los usos que las niñas dieron a las sombrillas, que llegó el momento en que la abuela Irene decidió no comprarles ni una más.

Desde su infancia Celia amó a la naturaleza en todas sus expresiones. El mar fue una de las principales. Entre los esparcimientos que la familia Sánchez Manduley



Con sus hermanos y amigos en el patio de la casa de Media Luna. Celia es la segunda de derecha a izquierda, 1927.

proporcionaba a los niños de la casa, figuraba llevarlos con frecuencia a la playa cercana al pueblo. Cuando ya Celia tenía 11 ó 12 años, y los hermanos mayores estudiaban en Santiago de Cuba, el padre los dejaba en la playa, con Celia al frente del grupo, y regresaba a buscarlos dos o tres horas después. También disfrutaban los niños del río Vicana, que entonces era caudaloso y umbrío. La tía Gloria acostumbraba llevarlos por las mañanas a un vado en las afueras de Pueblo Nuevo, donde nadaban y se divertían a su gusto.

Pero ni la playa ni el río eran suficientes para satisfacer la fascinación que ejercía el agua sobre los pequeños Sánchez Manduley. Cuanto nubarrón desfogaba sobre Media Luna los hacía correr al patio o a la calle para gozar de los beneficios de la lluvia. Y cuando por no saber caminar aún alguno de ellos no podía hacerlo por sí mismo, uno de sus hermanos lo sacaba en brazos, por supuesto a hurtadillas de los mayores. Acacia, la más

pequeña, disfrutó de esta forma de su primer aguacero cuando sólo tenía 9 meses de edad.

Las visitas a San Miguel del Chino brindaban a Celia la dorada oportunidad del más abierto e íntimo contacto con la naturaleza. La abuela doña Modesta y “las Sánchez viejas” – como se denominaba en la familia a las tías, en contraposición a las jóvenes hornadas de las primas Sánchez Manduley, Sánchez Ramírez y Sánchez Castellanos – pasaban a veces largas temporadas en la finca, y allá se iban, durante las vacaciones, los muchachos, no todos, sino los amantes de la vida campestre. La rústica casa de vivienda era suficientemente grande como para albergar a abuela, hijas, nietos y algún que otro agregado.

Además del encanto del paisaje montuno y de la vida agreste, San Miguel brindaba a los muchachos – todos buenos jinetes – la posibilidad de realizar largas cabalgatas por la finca o de corretear los caballos por la arboleda de frutales próxima a la casa, sorteando con habilidad el obstáculo que representaba cada mata de mango, de aguacate o de café. Algunas de las diversiones que la muchachada se procuraba en San Miguel del Chino eran de naturaleza tal que resultaba imposible evitar el enojo de los mayores, como, por ejemplo, cuando cortaban las amarras de la hamaca de Melanio, un empleado de la casa, o cuando alguien iba a buscar el boniato que había dejado asándose entre rescoldos, y ya ellos se lo habían comido. Durante estas temporadas, la finca era visitada los domingos por otros familiares o amistades. Entonces había gran convite presidido, al modo criollo, por el clásico lechón asado. En la medida en que las muchachitas se convertían en mujeres, aparecían nuevos entretenimientos en la finca, como ensayar los nuevos pasillos de moda o atender a los enamorados que las visitaban los domingos. San Miguel del Chino constituyó, a lo largo de su niñez y adolescencia, uno de los más preciados motivos de

esparcimiento de Celia, y un agradable recuerdo años después.

•

De temperamento siempre inquieto, y dotada de gracia, simpatía y sentido del humor, la pequeña Celia era indudablemente traviesa, como travieso era el grupo de sus compañeros infantiles. Sus maldades recorrían un amplio diapasón e iban haciéndose complejas a medida que el tiempo decursaba.

A veces se trataba sólo de ocultar un objeto propiedad de algún pariente — a un primo del padre le escondieron con tal ingenio un par de zapatos que vino a encontrarlos un año después —; o de cerrar la llave de paso de la casa de un vecino cuando éste, en trance de bañarse, ya se había enjabonado — cuestión de la que podían percatarse porque la víctima era más alta que las paredes del baño —; o de izar en la cima de un poste los balances de una circunspecta familia; o de recoger bibijaguas y echarlas en los predios de algún quisquilloso.

Otra de las travesuras que practicaban con frecuencia consistía en hacer peticiones en nombre de otras personas. Parte de la gracia estribaba en que la personalidad del presunto solicitante confería a la solicitud un carácter insólito. A veces el azar, o la propia naturaleza de la broma, creaba sus complicaciones. Un fotógrafo ambulante alquiló un local en Media Luna. En cuanto las niñas lo supieron, tramaron una de las suyas. Mientras una de ellas se retrataba, Celia y una amiga se apropiaron de algunas de las fotos en exposición y las escondieron en una sombrilla cerrada. Después enviaron, con intencionadas dedicatorias, las fotos de las mujeres a hombres casados, y viceversa. La broma provocó más de un altercado y posterior reconciliación conyugal en Media Luna. En otra



A los 11 años, poco antes de iniciar sus estudios secundarios en Manzanillo.

ocasión atraparon el caballo de un policía, lo tusaron, le pintaron letreros y le hicieron tantas cosas más, que el pobre animal echó a correr y entró a galope tendido en el hotel "Europa", provocando la estampida de un pacífico grupo de jugadores de dominó. Esa vez los autores de la ocurrencia fueron delatados, y tuvieron que soportar un chaparrón.

Algunas de las víctimas de aquellas bromas estaban tan escaldadas, que no necesitaban que se desenredara la

madeja para saber de dónde provenía el golpe. Anunciada en Media Luna la actuación de la compañía de Ramón Espígul, que se encontraba de gira por el interior del país, las muchachitas idearon que un mensajero abordara al actor el mismo día de su llegada al pueblo, y le transmitiera



Flavia, Griselda y Celia en el jardín de la casa de Media Luna, 1927.

un urgente recado de un vecino que deseaba ardientemente incorporarse al elenco del espectáculo. Espígul, caballeroso, y quizás si hasta soñando con el lanzamiento de un futuro astro del vernáculo cubano, siguió al emisario hasta la casa de quien así apremiaba su presencia, que no era otro que el pariente de los zapatos escondidos. Las autoras de la broma, que con Celia al frente seguían muy divertidas los pasos de la operación, se quedaron atónitas cuando instantes después veían dirigirse a Espígul y al presunto embromado hacia donde ellas estaban. Éste, en cuanto el actor se explicó, le había dicho:

— Mire, Espígul, yo no lo he llamado ni quiero trabajar en su compañía; pero lo voy a llevar a donde están las que lo mandaron a buscar.

La bondad del pariente y el sentido del humor de Espígul hizo que el incidente se liquidara en términos cordiales.

Este sentido de la broma traviesa, cultivado desde sus años infantiles en Media Luna, acompañó proverbialmente a Celia durante el resto de su vida.

•

Así mismo, otros de los rasgos más acusados de la extraordinaria personalidad de Celia le fueron característicos desde la infancia. Su reconocido valor personal fue uno de ellos.

Con motivo de haberse producido un robo en la casa, sus hermanas quedaron medrosas e impresionadas durante algún tiempo. Cuenta Flavia que a ella le era muy difícil dormirse pensando que podía entrar un ladrón. En la oscuridad de la noche, la verja del patio trepidaba, batida por el viento, y rechinaba la cadena que la sujetaba, despertando reminiscencias de cuentos horripilantes. Flavia corría entonces a buscar amparo en la cama de Celia, que dormía a pierna suelta.

Cuando ambas hermanas estudiaban piano, tenían que ir periódicamente a Manzanillo, para examinarse en una academia de dicha ciudad a la cual las hermanas Rodés tenían incorporadas sus clases. El viaje lo hacían por mar en el "Anita" o algún otro viejo vapor de la compañía de los Beattie. Al embarcar en Media Luna, el padre las encomendaba al sobrecargo, y éste, a su vez, al desembarcar en Manzanillo, las ponía en manos de algún emisario de la tía Amanda. Por regla general, estos cruceros por el golfo transcurrían plácidamente, mientras las niñas comían galletas con mantequilla —novedosamente empaquetada en barritas— y tomaban refrescos. Pero a veces, de pronto, el cielo se ennegrecía,

rugía el viento, tronaba el rayo, y el mar, enfurecido, parecía querer tragarse al barquito. Para Flavia la situación se tornaba de espanto, y no era para menos. También en aquellas ocasiones, Celia, impertérrita, era refugio y apoyo. Y aun cabría preguntarse si el tremebundo espectáculo vivido con alguna frecuencia sobre las aguas del Guacanayabo, contribuyó a sembrar en su espíritu el eterno amor hacia el mar.

Así, puede decirse que ni rayos y truenos, güijes y cocos, ni ninguna de las otras cosas, animales, fantasmas y fenómenos que suelen amedrentar a los niños y adolescentes, atemorizaban a Celia... con una sola excepción: los ratones. Desde siempre y para siempre sintió pavor por los desagradables roedores, y en función de aquel temor se desarrolló en ella un finísimo instinto para descubrirlos. Decía que los "olía", y "oler" la presencia de un ratón era suficiente motivo para que no entrara en una habitación o para que abandonara la cama y se fuera a dormir a un sofá.

En los anteriores ejemplos sobre su imperturbabilidad ante situaciones que para cualquier menor revisten caracteres dramáticos, puede apreciarse también cómo su comprometimiento en la protección y defensa de los más débiles había ganado ya crédito suficiente entre sus hermanos menores como para que acudieran a ella en momentos de incertidumbre. También en su relación con ellos se va desarrollando aquel sentido de la responsabilidad que la llevó a ser tan exigente, sobre todo consigo misma. El hecho de que los hermanos mayores permanecieran estudiando en Santiago de Cuba, determinó que se enseñara a los más pequeños a obedecerla y que se situara en ella la responsabilidad del grupo cuando salían solos a algún lugar cercano. Acacia guardó siempre como primer recuerdo de aquel papel especial que desempeñó Celia respecto a sus hermanos menores,



Sentada en el césped con sus hermanos y Randolpho Cossío.

el siguiente pasaje de sus vidas: Al regresar de la escuela, Celia, frecuentemente, le leía las tiras cómicas de los periódicos; otras veces la sacaba a pasear. Uno de esos días que la llevó al parque, ocurrió un hecho inusitado: en el cielo de Media Luna apareció, de pronto, un enorme objeto ovalado, reluciente, que surcaba el aire con amedrentante parsimonia. El primer impulso de Acacia, asustada ante lo desconocido, fue asirse sobrecogida de la mano de Celia. Y el impulso de Celia, desde luego, fue correr tras el objeto. Así, fuertemente tomadas de la mano, corrieron y corrieron hasta una casa del Carmen que tenía un alto mirador, subieron y desde allí contemplaron, hasta que se perdió en lontananza, el primer zepelín que veían en su vida.

Aquel amor hacia los humildes que tan justa y sabiamente el pueblo incorporó a su leyenda desde el inicio mismo de la Revolución, y que tuvo de infinitamente hermoso el no haber sido dádiva ni concesión, sino trato de igual a igual, acompañó a Celia desde sus primeros años. La formación familiar y el medio en que nació y vivió



El portal de la casa de Media Luna. En primer plano, la consulta del Doctor.

hasta bien entrada en la adolescencia, fueron terreno propicio para el cultivo de la que quizás fue su cualidad más hermosa. El doctor Sánchez Silveira y su esposa Acacia establecieron su hogar no en El Carmen, donde vivían los altos empleados del central, sino en Pueblo Nuevo, barrio de trabajadores humildes. Quisieron que en ese entorno

social, sin exclusivismos ni discriminaciones, se educaran sus hijos. Aquella decisión del matrimonio tendría trascendental importancia en la formación de los sentimientos y la visión de Celia acerca de la igualdad de los hombres. Pueblo Nuevo y su ambiente fueron, sin duda, formidable escuela para la futura revolucionaria.



En Manzanillo a los 12 años.



3

Los primeros años de la adolescencia de Celia transcurren cuando tienen lugar en el país grandes acontecimientos históricos. En medio de extraordinaria turbulencia revolucionaria, el pueblo libra su cruenta y finalmente victoriosa batalla contra el régimen tiránico de Gerardo Machado. Pasa fugazmente el gobierno instalado en virtud de la mediación norteamericana, y surge, tras la sublevación del 4 de septiembre de 1933, el gobierno provisional revolucionario encabezado por Ramón Grau San Martín que caerá, batido desde múltiples frentes, 127 días después. La traición de Fulgencio Batista pone de nuevo las riendas del poder en manos de la reacción proimperialista.

Dos circunstancias propician que el dramático acontecer impresione, desde muy cerca y en tan crucial etapa de su vida, la sensibilidad de Celia, e influya, sin duda, en su formación política. El concepto que acerca del deber ciudadano tenía el padre, sería una de ellas. En su ya mencionada carta a Eduardo Chibás, decía el doctor Sánchez Silveira: “Como usted tengo a honor el ser protestante y perseguido desde la prórroga de Machado, abecedario cuando las células secretas, nacionalista con Mendieta cuando por obra de Batista fue Presidente.” La brevedad de la declaración no impide imaginar el tumulto de contingencias —entre las que no se excluyeron el alzamiento en armas y la cárcel— que, en razón de aquella

beligerancia del padre, captarían con muy especial relieve la atención de Celia.

Por otro lado, la circunstancia de vivir en una región pionera en la difusión de las ideas del socialismo y uno de los escenarios más importantes de las grandes batallas obreras libradas en el país durante aquellos años de convulsión revolucionaria, permitió a Celia obtener una



En la etapa en que estudiaba en el Instituto de Manzanillo.

visión próxima de la formidable puja entre explotadores y explotados.

“Manzanillo era un pueblo de una tradición de lucha como ninguno”, diría la propia Celia en 1976. “Por encima de la filiación política de cada uno, imperaba su clase. En cualquier batalla, en cualquier sector, se levantaban todos. Los sectores zapatero, portuario y tabaquero, tenían un peso tremendo. Los vimos tirarse en manifestación a la calle por sus demandas, en una masa enardecida, con cabillas, palos, piedras, en su enfrentamiento al plan de machete del Ejército y a sus armas de fuego. Caían heridos o muertos muchos de ellos.”

Unida a Manzanillo por la historia y la geografía, Media Luna cimentaba también una tradición de conciencia clasista y lucha obrera. Como ya se ha dicho, en los albores mismos de la República se organizaba allí una sección del Partido Socialista de Manzanillo, el 11 de agosto de 1925 se fundaba la Agrupación Comunista de Media Luna, y en 1930, con la ayuda y orientación del Sindicato de Fraternidad del Puerto de Manzanillo, comenzaba a organizarse la lucha obrera. Durante la zafra de 1932, los trabajadores azucareros de Media Luna se suman al movimiento huelguístico que se inicia en el central “Mabay” en reclamo de reivindicaciones económicas. Más de cincuenta días de huelga dejan en ellos su correspondiente saldo de sufrimientos, así como de experiencias para futuras batallas. En ese año lograban que al menos una parte del pago de sus jornales se cumpliera en efectivo.

Como resultado de las directrices emanadas de la trascendental Primera Conferencia de Obreros de la Industria Azucarera, se funda en Media Luna el Sindicato de Obreros y Empleados del Central “Isabel” y sus Colonias, que fusionaba en un solo órgano sindical a todos los trabajadores relacionados con la producción azucarera.

Así organizados llevan a cabo una de las más importantes huelgas de las realizadas por el sector azucarero durante la zafra de 1933.

Reconquistado el poder por los más reaccionarios intereses oligárquicos y reprimido el movimiento obrero en los centrales del norte de Oriente, los trabajadores de Media Luna se reúnen para celebrar una asamblea en protesta por la violación del convenio de zafra, la represión desatada contra sus dirigentes y la ocupación de su local de reuniones. Por intermedio de la Guardia Rural, la patronal les responde con dos cargas de fusilería. Sobre el suelo, ensangrentados, quedan once obreros. Tres de ellos morirán en las próximas horas. El trágico suceso, conocido como la masacre de Media Luna, ocurre a las 2:00 de la tarde del 15 de julio de 1934.

•

Es por estos años, a mediados de la década de 1930, cuando Celia ingresa en la Escuela Preparatoria “José María Heredia”, de Manzanillo, incorporada al Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba. Su más cercana condiscípula ya no es Flavia — que permanece en Media Luna —, sino su prima Olga Sánchez Castellanos, cuya familia se había mudado en junio de 1934 para la casa marcada entonces con el número 35 de la calle Merchán.

Manzanillo, cabecera del término municipal del mismo nombre, se contaba, desde finales del siglo anterior, entre las diez ciudades más populosas del país. Centro urbano de los más importantes de la costa sur, la cifra de sus habitantes rebasaba por esa época los 30 mil. Su condición de poblado eminentemente portuario había quedado consagrada en el nombre de Puerto Real que se le dio al ser fundado oficialmente, el 18 de junio de 1784.

Con el tiempo recobraría su nombre inicial de Manzanillo y se convertiría no sólo en el centro exportador de la llanura del Cauto, sino en uno de los puertos más activos de la nación.

Como siempre que paraba en Manzanillo, Celia se instaló en la casa de su tía Amanda, que aún vivía —y vivió hasta su muerte— en Maceo 39. Era aquel como un segundo hogar de los Sánchez Manduley. Al casarse, Amanda y su esposo Miguel Pérez —dueño del hotel “Casablanca” — habían escogido la vivienda por su amplitud, con el deliberado propósito de que sus sobrinos se hospedaran en ella cuando necesitaran permanecer en la ciudad.

El severo ambiente del hogar de la tía Amanda, mujer estricta forjada en modos adquiridos a lo largo de no menos de 36 años como maestra y directora de escuela, producía cierta nostalgia en Celia, acostumbrada como estaba al rebullicio de hermanos, primos y amistades en que vivía inmersa en Media Luna. Esta cierta atmósfera opresiva, unida a la necesidad de repasar las clases con Olga, la impulsaban con frecuencia a pedir permiso para quedarse a dormir en la casa del tío Miguel y la tía Ana. Allí podía disfrutar no sólo de la compañía de sus tres primos, con quienes se había criado en Media Luna, sino también relacionarse con varias vecinas de su misma edad. Y si la tía Amanda, que tanto quería a sus sobrinos, se ponía celosa, ya sabría Celia, zalamera, hacer que el enojo le pasara.

•

Desde el cargo de Secretario de Gobernación, Guerra y Marina, Antonio Guiteras había dado su perfil revolucionario al Gobierno de los Cien Días, tras la caída de Machado. Al consumarse la traición de Batista, Guiteras

regresa al mundo de la clandestinidad que le era tan familiar. TNT es el simbólico nombre de la organización que crea entonces. Durante la segunda quincena de mayo de 1934, TNT cede el paso a Joven Cuba.

La atracción que el líder revolucionario ejerce sobre la juventud cubana alcanza a Celia. Es la época en que cursa los estudios preparatorios para el ingreso al Bachillerato. Uno de sus primos pertenece a Joven Cuba. Con vehemencia le habla sobre los objetivos de la organización secreta y sobre la personalidad de Guiteras. Seguramente en el transcurso de los últimos años de su niñez y los primeros de su adolescencia, Celia había escuchado el nombre del joven revolucionario en los labios del padre o del tío Juan, que habían tenido trato con él, o en los del esposo de la tía Amanda, en cuyo hotel se hospedó en una u otra ocasión. Quizás si hasta lo vio alguna vez cuando, amparado en sus funciones de agente de los laboratorios farmacéuticos Lederle o Linner, tejía la peligrosa urdimbre de los planes insurreccionales.

Pero el plazo que la historia había concedido al jefe de Joven Cuba era demasiado breve. Apenas su luz se había posado sobre las manos de la adolescente cuando el indómito revolucionario caía abatido en El Morrillo, el 8 de mayo de 1935. Al día siguiente, Celia cumplía 15 años. Esa fecha tan especial que espera con emoción toda muchacha, quedó asociado en su conciencia con la imagen última y terrible de los ojos sin cerrar de Guiteras. Y también en su memoria, como al hierro, debió grabarse el nombre del asesino: Fulgencio Batista y Zaldívar.

Muchos años después Celia dirá a su hermana Flavia que al calor de aquellas conversaciones con su primo, al que incluso ayudó en cuestiones de propaganda de Joven Cuba, vio por primera vez el verdadero origen de los problemas sociales. Al conjuro del arrojo y energía de Guiteras, la joven romántica y alegre de Manzanillo tuvo

su primera experiencia en el mundo muy práctico y serio de los afanes conspirativos.

•

La Celia quinceañera es una muchacha menuda y de figura bien proporcionada. Los juegos y actividades al aire libre le han dado esbeltez al talle y un tono bronceado a su piel tersa y lozana. En el rostro de frente alta y facciones finas se destacan, encendidos y rientes, los hermosos ojos negros. Casi todos los que la conocieron en esta etapa de su vida coinciden en afirmar que era una muchacha positivamente bonita. Y en las fotografías que se conservan se aprecia, sin duda, que poseía un atractivo marcado. En



Celia, sentada, con cintillo blanco, y amistades de Manzanillo, 1937.

todo caso, era más que bonita por su simpatía, por su carácter alegre y cariñoso, su dulzura. Había en su personalidad un encanto especial, un algo que la distinguía de las demás y que sus amigos no sabían descifrar. Muchos años después recordarían aquel algo distinto y le hallarían explicación.

La graciosa adolescente adquiere rápida

popularidad y se rodea pronto de numerosos amigos y admiradores. El grupo de amigas en que se mueve comienza a ser conocido en Manzanillo como “los pavitos”, expresión que en la época se aplicaba a las muchachas jóvenes y bonitas. Un día de carnaval las vieron en el paseo, alegres y bulliciosas, en un automóvil descubierto que exhibía una leyenda: “Los pavitos se imponen”. Desde entonces se las llamó así.

Más tarde, el Club Guacanayabo, integrado por jóvenes manzanilleros, escogía a Celia de entre “los pavitos” para que fuera su candidata a un certamen de belleza y simpatía organizado por el periódico y la estación de radio locales. Dos o tres meses después, los propios directivos del Club, inconformes con los procedimientos puestos en práctica por los patrocinadores del concurso, pedían a Celia que retirara su aspiración, a lo cual ella accedió. Dicen conocedores de las interioridades del caso que, de no haber surgido aquellos incidentes, la simpática muchacha habría ceñido la corona del concurso.



“Los pavitos”: Ana Alicia Sánchez, Celia Codina, Querer Grau, María Lola Codina, Celia y Flavia. Manzanillo, 1938.

Son varios los jóvenes que empiezan a rondarla. Entre ellos hay uno, español, atlético, buen mozo, de pelo entre castaño y rubio y piel ya tostada por el sol tropical. Se llamaba Salvador Sadurní y había sido traído a América por sus tíos, propietarios de una firma comercial en



A los 17 años en Manzanillo.



León Moreno, la prima Olga Sánchez, Celia y Salvador Sadurní, en la finca San Miguel, 1938.

Manzanillo. Tocaba la guitarra y cantaba con hermosa voz de tenor. A la usanza de la época, con frecuencia daba serenatas a la joven criolla de la que se había enamorado. Las noches manzanilleras lo escucharon más de una vez cantarle “El día que me quieras” o “Celia”, un tango que compuso para ella. Juntos se les vio en el parque, en el cine, en la playa, y hasta en San Miguel del Chino, a la antigua, desde luego, es decir, nunca solos. De todos los jóvenes que la cortejaban, era Sadurní, más maduro y serio que los demás, el que parecía gozar de la predilección de Celia.

Pero el 9 de junio de 1937, abrupta e inopinadamente, tras ser sometido a una intervención quirúrgica aparentemente sencilla, muere Salvador Sadurní, a los 21 años de edad. Durante sus últimos momentos de lucidez, clamó por Celia. Cuando ella llegó al hospital, ya él agonizaba, y sólo pudo verlo a través de una ventana.

Amistades de Celia de aquella época consideran que fueron novios; las hermanas de ella, más profundamente conocedoras de sus sentimientos de entonces, afirman que

no. Lo cierto es que la muerte de Salvador Sadurní dejó en Celia una profunda huella de dolor.

•

Celia comienza los estudios de Bachillerato en el curso 1937-1938, al inaugurarse el Instituto de Segunda Enseñanza de Manzanillo. Su solicitud de matrícula está fechada el 7 de mayo de 1937. Ingresan con ella su hermana Flavia y sus primas Olga y Ana Cecilia Sánchez Castellanos.

Todavía en vida de su esposa Acacia, el doctor Sánchez Silveira había concebido la idea de construir una casa en Manzanillo con vistas a que los muchachos, cuando sus estudios lo exigieran, se mudaran para allá con la abuela doña Irene. A esos efectos llegó, incluso, a comprar un terreno. Al morir su esposa, el Doctor empleó en la



Celia y Chela en la puerta de la casa de la tía Amanda en Manzanillo, 1938.

construcción de la bóveda donde yacerían los restos de Acacia el dinero que tenía reservado para la fabricación de la casa. Posteriormente, la situación económica de la familia no le permitiría disponer de la suma necesaria para llevar a cabo aquel proyecto.

Quedaba en pie, sin embargo, la necesidad de proveerles una educación a sus hijos. En ese

sentido, en 1937 los tres mayores estaban encaminados. Silvia y Chela estudiaban en Santiago de Cuba: la primera, Magisterio en la Escuela Normal para Maestros de aquella ciudad; la segunda, un curso de cultura general con Camila Henríquez Ureña. Ambas, desde mucho antes – cuando habían comenzado estudios secundarios en el colegio del Sagrado Corazón –, paraban en la casa del tío Arturo Manduley y su esposa, Carmen Portuondo, que no tenían hijos. Manuel Enrique comenzaba a cursar la carrera de Ingeniería Aeronáutica en Estados Unidos. Celia y Flavia ingresaban ese año al Bachillerato. Tras ellos quedaban, con edades de 14, 12 y 10 años, respectivamente, Griselda, Orlando y Acacia.

Es entonces – entre mediados y finales de 1937 – cuando la familia alquila en Manzanillo la casa situada en León número 15. La mudada se lleva a cabo en medio de un extraordinario jolgorio juvenil. Ayudadas por sus primos y condiscípulos de Celia y Flavia, las muchachas dan a la enorme casa la clásica “limpieza general” de caracteres diluvianos con que las cubanas prestigian sus hogares e inician, indefectiblemente, el ritual de acceso a una nueva vivienda. Con tan abundante y alegre mano de obra, es de suponer cómo correría el agua por la puerta de León 15. Ese día no se acordaron de almorzar ni de comer. Si acaso, cuando sentían hambre, una de ellas iba al parque y compraba helados para todos. Al llegar de Media Luna la abuela doña Irene y la tía Gloria con el mobiliario, las amplias habitaciones estaban relucientemente listas para recibirlas. Por todo el tiempo que permanecen en Manzanillo, el padre continúa viviendo en la casa de Media Luna, y pasa con ellos los fines de semana.

La vida en el nuevo hogar estaría enmarcada por un apreciable deterioro de la estabilidad económica de la

familia, que tendría su origen principal en fuertes disensiones surgidas entre el doctor Sánchez Silveira y el administrador del central “Isabel”.

Ricardo Beattie tuvo, como única sucesión, una hija de su matrimonio con Caridad Hernández. La heredera de don Ricardo había contraído matrimonio



A la entrada de la casa de Media Luna, Celia, Graciela, Flavia y una amiga, 1937.

con el doctor Delio Núñez Mesa, que desempeñaba entonces — principios de los años 20 — el cargo de jefe local de Salubridad de Campechuela. Muy pronto Núñez Mesa abandona el ejercicio de la medicina para convertirse en administrador del central de su suegro. Su eficiente gestión al frente de la fábrica de azúcar en favor de los intereses de la familia, le valdría después la administración de los restantes bienes del viejo Beattie. En las elecciones de noviembre de 1926 Núñez Mesa es elegido Representante a la Cámara por el Partido Liberal. Se iniciaba así la ascendente carrera de quien, al morir el 28 de agosto de 1951 en su lujosa mansión de Quinta y Seis, en Miramar, podía ser calificado por el *Diario de la Marina* como “figura prominente en el campo de los negocios y la política”. Para entonces, había sido elegido cuatro veces Representante a la Cámara baja, una al Senado de la República y delegado a la Asamblea Constituyente de 1940. Ocupaba, además, posición principal en las distintas compañías y sociedades

anónimas surgidas del patrimonio inicial de los Beattie. Pero, sobre todo, se había revelado como uno de los más voraces geófagos que jamás hubiera conocido el país, y, en particular para el campesino de la Sierra Maestra, en uno de sus más despiadados explotadores. Al inicio de la guerra de liberación en diciembre de 1956, la compañía Núñez Beattie pretendía hacer valer su propiedad sobre casi todo el territorio en que se desarrolló la actividad rebelde durante los primeros seis meses de lucha guerrillera, es decir, la mitad de la Sierra Maestra.

En febrero de 1934 se funda el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), cuyo líder sería Grau San Martín. Una vez muerto Guiterras y deshecha Joven Cuba, este hombre y este partido capitalizarían el prestigio ganado por el Gobierno de los Cien Días en amplios sectores de la población. El doctor Manuel Sánchez Silveira habría de contarse entre los fundadores del Autenticismo en la provincia oriental.

En un principio, Sánchez Silveira y Núñez Mesa fueron amigos. Tenían en común la contemporaneidad, la profesión y hasta cierto gusto que éste sintió por la arqueología, quizás influido por aquél. Pero aquella amistad entre el médico rural con alma de benefactor y el geófago con entraña de esquilador, estaba condenada ineluctablemente a desaparecer, y en el año 1937 no quedaban restos de ella. Para entonces, Sánchez Silveira había puesto sus esperanzas de mejoramiento nacional en el espejismo del Partido Auténtico, con lo que amenazaba el feudo político de Núñez Mesa. El uno había estado junto a los obreros durante la huelga de marzo de 1935, y al otro se le imputaba ya la autoría intelectual de la masacre de Media Luna.

Solamente el débil hilo de vida del ya octogenario don Ricardo Beattie, que siempre lo estimó, seguía uniendo al doctor Sánchez Silveira con el central "Isabel".

•

Celia tuvo de niña la letra redonda y clara. Pero, según avanzaba en los estudios secundarios, la necesidad de tomar notas con rapidez se la fue oscureciendo hasta hacerse prácticamente ilegible. Aquella distorsión que sufrió su caligrafía, asociada con determinadas peculiaridades caracterológicas, habría de tener importancia en el curso de su vida. En uno de los exámenes del Instituto, al dar las calificaciones del alumnado, el profesor pidió a Celia y a su prima Ana que pasaran por la oficina a leerle sus respectivas pruebas, pues a él le había resultado imposible entenderles la escritura. Las dos muchachas se sintieron avergonzadas y no volvieron al Instituto. A nuevas instancias del profesor, la prima regresó y leyó su examen; Celia no accedió.

Había heredado de los Sánchez Silveira no sólo la estampa. Dicen que en cuerpo y alma se parecía a la abuela doña Modesta, que en los avatares de su prematura viudez, y enfrentada sola al enrutamiento de sus seis hijos, dio muestras de extraordinaria firmeza de carácter. También Celia sería así. Pero en aquella época de adolescencia, no saber retractarse era una de las formas en que se manifestaba su firmeza. Cuando decía no, era no; y el que pronunció aquella vez frente a su hermana Silvia, que sirvió de intercesora, fue rotundo e irrecusable:

— Uno de los dos está mal: o él como profesor, que no sabe leer; o yo para bachiller, pues no sé escribir. Así que no se lo voy a leer.

Y, efectivamente, no fue a leer el examen ni volvió a vestir el uniforme, de saya y corbata azules y blusa y galones blancos, del Instituto.



En Manzanillo con el grupo de “Los pavitos”, Celia, de pie, primera de la derecha. 1938.

Es de pensar cómo acogería su decisión aquella familia de profesionales. Es de suponer la reacción de la tía Amanda, dedicada al magisterio desde 1898; de la prima Chihuina, profesora del propio Instituto; de la misma Silvia, ya graduada de maestra normalista. Es de imaginar también lo difícil que sería al padre, siempre benévolo, mantener el gesto adusto mientras discutía la cuestión con la hija querida.

Fue aquella una de las pocas ocasiones en que el tío Miguel Sánchez se disgustó con Celia. Durante la infancia de sus sobrinos, cada vez que surgía algún pequeño conflicto entre ellos, el tío Miguel, indefectiblemente, la defendía:

– Ella no fue, pobrecita.



Acacia, Celia, Ángel Cañete, Alma Cañete, Flavia, Silvia, Griselda y un amigo. Manzanillo, 1938.

La recurrente disculpa hizo que los otros Sánchez Manduley dieran en llamar a su hermana “la santica de tío Miguel”. Pero esta vez no hubo exculpación.

Hay versiones discrepantes acerca de si este problema ocurrió durante los exámenes del penúltimo año de los estudios de Bachillerato de Celia, o si fue, en cambio, ya en el año final. En su expediente del Instituto no existe documentación al respecto. El hecho de que el último documento que aparece sea una solicitud de matrícula de fecha 20 de septiembre de 1938, parece indicar que Celia no llegó a matricular el último año, o sea, el correspondiente al curso 1939-1940.

A partir de aquellos incidentes comenzó a escribir con letra de molde. Más adelante, cerca ya del final de su vida, la Celia adulta habrá de reparar con creces aquella actitud de la Celia adolescente, y emprenderá de nuevo el estudio en trabajoso afán de ser más útil.

•

El 21 de diciembre de 1938 muere don Ricardo Beattie en su casa del Batey de Media Luna. Se quiebra así el débil

lazo que unía aún al doctor Sánchez Silveira con el central “Isabel”. Núñez Mesa le acepta entonces la renuncia que el viejo Beattie nunca quiso recibir. Además, la compañía de seguros, que le ha retirado la iguala, se niega a pagar al Doctor los servicios que presta en muchos accidentes de trabajo que no reconoce como tales.



En el central “Estrada Palma” durante una excursión. Celia a la derecha. 1940.

Sin estos ingresos, la situación económica de la familia se hace difícil. El doctor Sánchez no era persona preocupada por multiplicar bienes y dineros. Su pensamiento andaba entre los lindes del científico y del humanista, no del negociante. Por otra parte, los precios del ganado, principal renglón de San Miguel del Chino, eran bajos en aquel momento. De la propia San Miguel, no obstante, saldría la solución de las necesidades más perentorias, mediante un acuerdo del Doctor con el dueño de una importante tienda de Manzanillo que había comprado cierta cantidad de cabezas de ganado. Las reses son situadas a piso en los potreros de la finca, a cambio de

lo cual la familia puede adquirir en la tienda del comerciante cuantos víveres necesita.

La mala situación económica no alcanza a ensombrecer el ambiente de vigorosa jovialidad que



Graciela y Celia en el parque Céspedes de Manzanillo. 1939.

confieren los jóvenes Sánchez Manduley a la casa de Manzanillo, en la que han encontrado nueva expansión la liberalidad y cálida simpatía humana características del hogar de Media Luna. Tampoco logra evitar que la alegría de vivir de Celia halle expresión en múltiples diversiones.

Era muy del gusto de ella en aquella época, y fue entretenimiento habitual del grupo de sus amistades, reunirse por las noches en la casa de alguno e improvisar lo que hoy día se llamaría una pequeña “descarga” o un “motivito”. Dos de las amigas eran pianistas. Uno de los habituales se constituía en cantante solista, o todos en grupo coral, y una de las pianistas ponía el acompañamiento. Los tangos que Carlos Gardel había popularizado se contaban entre las canciones que más les gustaban. Celia sentía predilección por ellos tanto a la hora de escuchar como de cantar.

A veces estas reuniones se convertían en fiestas de mayor vuelo preparadas con anticipación. Entonces había brindis y se bailaba al compás de sones y danzones. Una de ellas tuvo por esenario la casa de René Vallejo, a quien Celia conoció —y desde entonces dató la amistad entre ellos— en la escuela “José María Heredia”.

Los domingos, en especial, eran días de gran animación. Por las mañanas iban al parque Masó, umbroso y rústico, y se sentaban a tomar el fresco junto al mar y a charlar bajo los árboles; por la tarde al cine, y por la noche al parque Céspedes, a conversar también, o a pasear al modo de la época: las muchachas en una dirección y los jóvenes en sentido opuesto; o a bailar en alguna de aquellas fiestecitas que ellos mismos preparaban. A veces los paseos matinales eran al Club Diez, al cual asistían los Sánchez Manduley con tarjetas de transeúntes, pues no eran socios. La abuela doña Irene, que gustaba de los jóvenes y los jóvenes de ella, las acompañaba en ocasiones a sus paseos al Club. También iban a los bailes del propio Club Diez y



Club Diez de Manzanillo. Flavia, Acacia, Griselda, Silvia y Celia. 1938.

de la Colonia Española, y de vez en cuando a los del Club Media Luna del ahora lejano pueblo natal.

Los carnavales de San Joaquín fueron muy especial motivo de diversión, con el parque engalanado y rodeado de quioscos, y la música y el colorido de las comparsas. Alquilaban un camión, se disfrazaban y salían a divertirse. O simplemente se ponían un capuchón, o se tiraban una sábana por encima si no había otra cosa, y salían arrollando tras la conga.

En su juvenil desenfado llegaron a “apropiarse” de uno de los cayos de la bahía de Manzanillo. Con unas amigas y un amigo algo mayor que ellas, este último propietario de una lancha, y alguna que otra persona ya madura en plan de chaperón, se iban los domingos las Sánchez Manduley para un cayito de playa arenosa que el amigo había “descubierto”. Lo limpiaron, le hicieron una pérgola de guano y, en señal de apropiación, lo bautizaron con el nombre de “Cayo Nuestro”. Llegaban desde temprano con víveres y bebidas frías, y permanecían todo el día. Para Celia, eterna amante del mar, Cayo Nuestro constituyó también un recuerdo inolvidable.



Excursión a Cayo Nuestro, 1939. Celia al centro.



Cayo Nuestro, 1939. Celia a la derecha.

Esta etapa de Celia en Manzanillo es calificada por sus hermanos como la más alegre de su vida.

•

En 1939 Sánchez Silveira y Núñez Mesa son nominados candidatos a delegados de la Asamblea Constituyente por el Partido Auténtico y el Partido Liberal, respectivamente. A causa de una traición de sus compañeros de boleta, el doctor Sánchez no resulta elegido; Núñez Mesa sí. No obstante, el amo y señor sufre la humillación de recibir en su propio feudo, a pesar de haber empleado fuertes sumas de dinero en su aspiración, menor número de votos que el médico rural.

Celia, al igual que sus hermanos, ayudó al padre en la campaña electoral. No eran aspiraciones personales las que lo habían impulsado a aceptar la nominación, sino la necesidad de dar votos a su partido con su prestigio y popularidad en la región. Sin embargo, la traición de que fue objeto seguramente habría de lastimar la sensibilidad de la muchacha, dejando en ella una visión amarga sobre el trajinar de la politiquería. También la pasión del padre la llevaría a sentir respeto por el texto constitucional que se aprobaría después.



En Manzanillo, de derecha a izquierda, Graciela, Silvia, Griselda, Flavia y Celia. 1937.

Aquel año de 1939 depara a Celia el dolor de perder a quien había llenado en su alma de niña una parte del vacío dejado por la madre prematuramente perdida. El día 20 de octubre muere doña Irene, después de haber sufrido los embates de una cruel enfermedad. Entre los últimos recuerdos que guardó siempre Celia de la abuela, quedó el regocijo con que la anciana se avenía a la juvenil alharaca de León número 15.

Al finalizar el año de 1940, se producen cambios importantes en la familia. Chela y Griselda se casan, y la situación del Doctor en Media Luna se hace insostenible. En la campaña de la Asamblea Constituyente había empleado sus últimos recursos. El central “Cape Cruz”, de Pilón, le ofrece la oportunidad de continuar su labor de médico rural. En su varias veces mencionada carta a Eduardo Chibás, el Doctor dirá que la lucha por el Autenticismo le había valido el destierro hacia aquel apartado rincón de la patria.

Celia se alejaba del golfo de Guacanayabo dejando repartidos entre Media Luna y Manzanillo los años felices –aunque no exentos de dolores y amaguras– de la infancia y la adolescencia. Con el padre partía hacia el remoto lugar de la Sierra Maestra donde maduraría la mujer.



En el jardín de la casa de Pílon, junto al pluviómetro que instaló allí su padre.
Primeros años de la década del 40.



4

George R. Buchanan, administrador del central “Cape Cruz”, mantenía desde hacía algún tiempo buenas relaciones de amistad con el doctor Sánchez Silveira, quien tenía la cualidad de ser estimado por muchas personas de caracteres disímiles y extracción social diversa. De origen canadiense, Buchanan había venido a Cuba como “rough rider” del funesto Teddy Roosevelt. Se enamoró de una cubana, y aquí se quedó. La espectacular carretera que unió a Media Luna con Pilón, fue el mayor saldo positivo de su paso por la región. Fue él quien ofreció al doctor Sánchez Silveira el cargo de médico del central que dejaría vacante el doctor Francisco Rodés Lenzano, alcalde electo de Niquero en los comicios de julio de 1940.

El central “Cape Cruz” —pequeño ingenio poseedor de siete chimeneas, caso único en el país— alcanzaba por esa época moliendas de unos 100 mil sacos de azúcar por zafra. Había sido construido por una compañía norteamericana en 1901, y comenzó a moler dos años después. En 1943, ya establecida la familia Sánchez en Pilón, el central fue adquirido por un quinteto de hacendados cubanos encabezado por Julio Lobo Olavarría, quien en 1945 compró a sus cuatro socios el resto de la propiedad y quedó como dueño único. Introdujo entonces algunas mejoras: sustituyó las siete viejas torres por una sola, instaló hornos más modernos y electrificó algunas áreas del ingenio y el batey.



Pílon y el central "Cape Cruz".

En 1940, Pílon no merecía siquiera el calificativo de pueblo pequeño. De hecho, el conjunto de edificaciones agrupado alrededor del central no tenía aún nombre propio. Éste de Pílon, aplicado al pueblo, apareció mucho después. En aquella época al caserío se le llamaba por el nombre del central o, en todo caso, por el nombre de la ensenada de Mora, a cuya orilla estaba asentado. Lo que existía con el nombre de Pílon era un barrio dentro del término municipal de Niquero, que incluía toda la llanura costera y la montaña circundante desde la boca del río Toro hasta Marea del Portillo. Según el censo de 1943, el barrio en su totalidad contaba con 11.595 habitantes.

La principal actividad económica de esta población, como es de suponer, era la relacionada con el cultivo, corte y molida de la caña. Algunos se dedicaban a la pesca en frágiles embarcaciones y con medios puramente artesanales. Cada año, al terminar la zafra, hacía su aparición el terrible "tiempo muerto", mal endémico del campo cubano, con su inevitable secuela de hambre y miseria.

Aquel caserío de la ensenada de Mora no se diferenciaba en lo esencial de otros bateyes de ingenios

norteamericanos establecidos en Cuba en las primeras décadas del siglo. Casas prefabricadas de madera y techo de zinc, más o menos espaciosas según la categoría del ocupante, calles de tierra sin nombre, bohíos y chozas de los trabajadores y alguna que otra edificación: iglesia, tienda, hotel, hospitalito del central, farmacia, cuartel de la Guardia Rural y un cine algo venido a menos. Como todos estos pueblecitos, la primera impresión que causaba al visitante era la de encontrarse en otro país, quizás en uno de esos poblados de utilería de las películas norteamericanas del Oeste que ya por esa época estaban muy en boga. Para hacer más real el parecido, a cada rato uno de los vecinos más ilustres del pueblo, animado por algún furor extraño, penetraba a caballo, tirando tiros, en el portal del hotel.

Pero Pilón tenía algunas peculiaridades. Las casas principales estaban construidas sobre pilotes, elevadas más de un metro del suelo. Si el terreno hubiese sido bajo, este tipo de construcción habría sido razonable. Pero en Pilón tierra y clima eran secos. Lo que ocurría era que de esta forma las casas podían ser trasladadas fácilmente, sin necesidad de desarmarlas completas, y su edificación requería un mínimo de movimiento de tierra. Todas estas viviendas de los altos empleados del central estaban pintadas de un naranja claro, y eran propiedad de la misma Cape Cruz Company dueña del ingenio, al igual que las mejores tierras aledañas.

El azúcar se sacaba por mar. Las aguas de la ensenada de Mora permitían a barcos de calado grande para la época acercarse bastante al muellecito. También por mar se podía comunicar el pueblo con Manzanillo o Media Luna, dando la vuelta a Cabo Cruz. Hasta la construcción del camino que cruzaba la Maestra, el acceso por tierra era muy dificultoso, e imposible en épocas de lluvia. Sin embargo, Pilón, al igual que algunos otros bateyes en similar

situación de la costa sur de la Sierra Maestra, tenía el privilegio de contar con una pista de aterrizaje de aviones ligeros –un simple potrero que se mantenía chapeado–, para uso fundamentalmente del dueño y los empleados principales del central.



El central "Cape Cruz" visto desde la pérgola de la casa de Celia. 1948.

El llamado "barrio de los americanos", el de las casas amarillas, disponía de fluido eléctrico hasta las 10:00 o las 11:00 de la noche, y se abastecía de agua corriente traída en tubería de una aguada en la montaña. Será precisamente por esa zona de la aguada, en diciembre de 1956, por donde el grupo de expedicionarios del "Granma" encabezado por Raúl Castro cruzará el camino de Pílon a Niquero rumbo a la Sierra después de la dispersión de Alegría de Pío.

•

Cuando el doctor Sánchez Silveira decide establecerse en Pílon, no quería que sus hijos fueran con él. Entendía que la vida en aquel rincón aislado y triste no tendría atractivos para gente joven e inquieta como ellos. No obstante, Celia, Silvia, Acacia, Orlando y Flavia

determinan acompañarlo. Esta última casi no vivió en Pílon, pues ya había comenzado sus estudios universitarios en La Habana e iba a reunirse con la familia sólo en ocasiones. Lo mismo ocurrió con Silvia, quien al poco tiempo comenzó a trabajar en Santiago de Cuba, y luego se casó y quedó viviendo en esa ciudad. En Manzanillo permanecieron Griselda y Chela, ya casadas, y Manuel Enrique, que trabajaba allí, aunque más adelante vivió en Pílon hasta que se estableció en 1945 en Media Luna. En 1944 Griselda regresa también definitivamente a la casa de su padre.

La familia Sánchez ocupa una de las llamadas casas amarillas que estaba destinada al médico del ingenio. El amplio y bonito chalet tenía un espacioso portal y estaba rodeado por un extenso patio y jardín. Un ala de la casa se escogió para los dormitorios. En el centro, la sala y el comedor, y al final la despensa y la cocina. En la otra ala había tres habitaciones más pequeñas, en las que se instaló el gabinete dental, el consultorio médico y el laboratorio.



Vista frontal de la casa de los Sánchez en Pílon.

En los quehaceres de la casa, ayudando a la tía Gloria, trabajaban las hermanas Juana y Ernestina González, que anteriormente lo habían hecho para el doctor Rodés Lenzano.

En Pilón, el doctor Sánchez continuó su labor humanitaria. Al igual que en sus primeros tiempos de Media Luna, concentró en sí –por no haber otra posibilidad en el poblado– los cargos de médico del central y médico municipal. Y también, al igual que en Media Luna, buena parte de su clientela particular recibió atención de forma gratuita. Desde Pilón proseguirá asimismo su obra fervorosa de divulgación de los valores patrióticos de la historia cubana.

Para Celia, el lejano pueblecito en el que va a vivir los próximos 16 años, que a cualquier otra joven llegada de una ciudad bullente como Manzanillo podía parecer desolador, ofrece nuevo campo de acción a su vitalidad. También allí se hace pronto de un grupo numeroso de amigos. Con ellos y sus hermanas organiza excursiones, unas veces a las fincas de distintas amistades, otras a remotos parajes de las estribaciones de la Sierra, adonde sólo se podía llegar a pie o a caballo. En el subir y bajar de lomas y el cruce de ríos y arroyos se van acerando, aun sin saberlo, el cuerpo y la voluntad de vencer escollos de la futura guerrillera. Llegará el momento en que la topografía de la zona le será conocida como la palma de la mano, y los pobladores campesinos le serán todos familiares.

Y luego, Pilón tenía el mar, con sus cayos y canales y el pequeño muelle –cocoteros a un lado y uvas caletas al otro– donde cargaban los barcos el azúcar. Y allá, hacia Marea del Portillo, la playa del Caletón, y la otra, la del Rincón, hacia el camino del Toro. Es verdad que ambas estaban lejanas y que no siempre podían conseguirse medios de transporte. Esta escasez frustró una vez a Celia,



El embarcadero de azúcar de Pilón.

de manera catastrófica, un paseo al Caletón. Había conseguido un quitrín de la época en que los ingleses estuvieron en Pilón, que en su momento debió haber sido estupendo, pero al que el tiempo había hecho sus estragos. Ese día ella tenía la visita de Elba Bagarotti, su más cercana amiga de Media Luna. Pidieron prestado el caballo a un



Celia en la Playa de Caletón, Pilón, 1941.

conocido del Doctor y partieron rumbo a la playa. Desdichadamente, a mitad del camino el quitrín se desarmó, y todo el mundo, al dar contra el suelo, recibió su buena golpeadura.

Otras veces hacían por mar el viaje al Caletón. Para ello Celia contrataba por un peso la lancha de un pescador conocido. En

cierta ocasión, una tempestad se les echó encima sin aviso. El pánico de una de las excursionistas fue tal que hubo necesidad de amarrarla para que no se lanzara al agua. Por fortuna, cuando la situación era más desesperada, las avistó un barco que pasaba y navegó hacia ellas a toda máquina. Tras delicada operación de marinería, ascendieron a cubierta por una escala. Cuando regresaron a Pilón estaban tan desmejoradas, que decidieron dejar pasar un rato antes de presentarse al padre.

El mar bravo de Pilón golpeaba a veces la menguada arena de estas playas con fuerza avasalladora. En el Rincón, una ola arrojó contra la orilla a la amiga de Media Luna y la marcó con una cicatriz indeleble. Pero a Celia le resultaba delicioso lanzarse al encuentro de las olas.

Fue en Pilón donde Celia se aficionó para siempre a la pesca. Allí organizaba elaboradas pesquerías en el mar abierto, sobre todo en la época de la corrida de la sierra, que desova en las proximidades del río Toro. En aquellas jornadas pudo cobrar más de un ejemplar de exhibición.

La pequeña pista de aterrizaje proveyó otra fuente de satisfacción para el audaz espíritu de Celia. Allí conoció a un piloto que, en su avioneta, la llevaba con frecuencia a los poblados cercanos en función de distintas gestiones. Otras veces la invitaba para mostrarle su maravilloso y atrevido repertorio de piruetas.

Un día, Celia y su prima Miriam consiguieron que el piloto las llevara a visitar a su amiga Elba en Media Luna. Al llegar, la invitaron a dar un paseo en la avioneta, y la muchacha aceptó, no sin cierto titubeo. El aparato ascendió y ascendió, y cuando ya no pudo ganar más altura, comenzó a descender vertiginosamente en barrena. En la cabina se escucharon gritos de horror y la muchacha, espantada, creyó que estaba viviendo su postrer minuto. Cuando el avión ganó de nuevo altura y estabilizó el vuelo, comprendió que era una de las tantas travesuras que se gastaban mutuamente.

No había exagerado el doctor Sánchez Silveira al calificar a Pílon de lugar apartado. En realidad lo era, y mucho. Para reducir la lejanía del pueblecito, a Celia fueron muy útiles su amistad con este piloto y una “cuñita” Ford de uso que alrededor de 1942 compró el Doctor, quien, a raíz del deterioro sufrido en la economía familiar, había dejado de tener automóvil. Este que ahora había adquirido era un modelo de finales de la década del 20, que más tarde –en 1947– cambió por otro algo más moderno. El camino abierto por el “rough rider”, de una sola vía y bordeando abismos, era francamente peligroso.



El doctor Sánchez, algunas de sus hijas y amistades en la pista aérea de Pílon. Celia es la tercera de derecha a izquierda.



La escultora Gilma Madera, Celia y Griselda en un recodo del camino de Pilón, 1954.

Conduciendo por él en la cuña del padre, Celia alcanzó reputación de magnífico chofer, si bien algo temeraria. Cuenta su prima Olga que una vez la invitó a ir a Media Luna. Con ellas iba Griselda. Llegaron al pueblo natal y allí estuvieron un buen rato. La noche se aproximaba rápido y con cara tormentosa. Cuando Celia dio la señal de regreso, Griselda, precavida, decidió quedarse. Olga, más osada, se animó a retornar. No bien la cuñita enfiló por el zigzagueante terraplén, la oscuridad se les vino encima y tras ella el aguacero. Sin embargo, la conductora se mantuvo inmutable, firmes las manos en el volante, sin que el carro diera un resbalón. Cuando llegaron a medianoche, el padre sólo atinó a llevarse las manos a la cabeza. Para angustia del Doctor, no fue ésta, ni mucho menos, la única vez que Celia hizo el camino de Media Luna a Pilón y viceversa en horas de la noche y, además,

sola, pues no siempre encontraba quien se animara a seguirla. Pero salvo una ocasión en que se salió de la vía y quedó colgando al borde del abismo, no hubo descalabro mayor que lamentar.

Paradójicamente, en Pilón Celia ensancha sus horizontes intelectuales. La quietud del poblado y la madurez que ya ella alcanzaba, la convierten en lectora asidua de la numerosa y abigarrada biblioteca del padre. Comienza así de forma regular el autodidactismo que hará de ella una mujer preparada para el universo de complejas y disímiles tareas que después habría de enfrentar. Leía sobre los temas más diversos. No obstante, al igual que el Doctor, sintió preferencia por los textos de carácter histórico, sobre todo los relativos a las luchas mambisas y sus protagonistas cimeros.

•

En 1940, cuando el doctor Sánchez Silveira se traslada para Pilón, ocupaba la Presidencia de la República Fulgencio Batista. La contrarrevolución dirigida en enero



De izquierda a derecha: Acacia, Celia, Bertha Llopiz, Flavia y Silvia en el patio de la casa de Pilon, 1941.

de 1934 por el propio Batista, a la cabeza del ejército y en contubernio flagrante con los Estados Unidos, había dado al traste con el ensayo revolucionario del año anterior. A partir de entonces, a punta de bayoneta y golpe de sangre, el sargento autodevenido coronel se había convertido en el árbitro político de Cuba, primero como poder de facto tras el sillón de los presidentes designados por él mismo, y ahora como el primer mandatario electo en el marco del período constitucional que se abría ese mismo año de 1940 como resultado de factores coyunturales específicos de índole nacional e internacional.

En el orden interno, influyeron decisivamente en ese cambio la intensa movilización de las masas populares y la combatividad del movimiento obrero cubano —encabezado por su vanguardia marxista-leninista—, que atravesaba en ese momento por una etapa de reorganización y unificación de sus fuerzas a nivel nacional. Por otra parte, el auge del fascismo en Europa y otras partes del mundo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, así como la nueva orientación táctica de la política del gobierno de los Estados Unidos hacia los países de América Latina en atención a la coyuntura internacional, permitieron a Batista realizar algunas concesiones políticas y sindicales que contribuyeron a la relativa democratización de la vida política del país.

El gobierno constitucional de Batista se caracterizó, fundamentalmente, por la dependencia económica y política en relación con los intereses norteamericanos, la corrupción, el desempleo, la falta de abastecimientos, la especulación y el alza considerable del costo de la vida. En lo político, el país transitó por un período de relativa estabilidad, que posibilitó el libre juego de los partidos y las alianzas electorales dentro de los formales marcos tradicionales de la llamada democracia representativa.



Celia y Wilfredo Fernández Soriano, Pílon, 1954.

Por su trayectoria insurreccional, su inteligencia y vasta cultura, y por el cariño y respeto que se le profesaba, el doctor Sánchez se había convertido, de hecho, en el principal dirigente del Partido Auténtico en la zona de Media Luna, Niquero y Pílon. La lucha política de los auténticos contra el gobierno de Batista fue particularmente intensa en este último lugar. La labor de proselitismo, de afiliaciones, de mítines, de esclarecimiento entre los habitantes del pueblo de todo lo malo que significaba el batistato en el poder y de las terribles consecuencias de su continuación, por medio de otro candidato, en un próximo período presidencial, dio como resultado que Pílon se convirtiera en un fuerte baluarte del Autenticismo. Fue en estas actividades de su padre,

en las que ella ayudaba, donde Celia canalizó concretamente, por primera vez y con creciente grado de comprometimiento, sus inquietudes, afanes y esperanzas por una solución de los problemas sociales y políticos de la nación.

Durante sus primeros años de vida en Pión, Celia, Acacia y Silvia venían frecuentemente a La Habana a pasar varios días con Flavia, que cursaba entonces su carrera universitaria. Esta última compartía con otra estudiante



En 1942, durante una visita a La Habana, con su hermana Silvia y Teruca Lamadrid, una amiga.

una habitación en una casa situada en la calle Reina casi esquina a Belascoáin, en los altos de la tienda de efectos religiosos “Al Bon Marché”. Al lado de esta habitación, con una puerta de por medio, quedaba el dormitorio de Teruca Lamadrid, la hija de los vecinos más cercanos. La primera vez que las hermanas de Flavia vinieron a verla, los vecinos abrieron la puerta que comunicaba las dos habitaciones para que las visitantes se distribuyeran entre

ambas. Así se inició una estrecha y larga amistad entre aquella familia y los Sánchez Manduley.

Fue en esa casa donde Celia conoció a Eduardo Chibás, ya por entonces una de las figuras más brillantes y populares del Autenticismo. Cada vez que venía a La Habana, Celia se daba a la tarea de hacer conocer a Chibás los casos reprobables que, en el plano político y social, hubieran ocurrido en los términos de Manzanillo y Niquero. Curiosamente, no lo hacía por sí misma, sino que utilizaba como vocero a Marta, la compañera de habitación de Flavia. Ésta llamaba por teléfono a Chibás y, bajo el seudónimo de Margarita, le informaba sobre los problemas inventariados por Celia. El polemista incansable quiso conocer a Margarita, y al fin un día pudo visitarla. Allí conoció también a Celia y sus hermanas, y supo que eran hijas de uno de los fundadores del Autenticismo en Oriente, cuya bisabuela, doña Ramona de la Molleda, era también bisabuela de Grau San Martín. Chibás las llevó entonces a saludar a Grau, que tanta popularidad concitaba en aquellos momentos sobre sí.

Comenzó a cimentarse así la simpatía y admiración que Celia llegó a sentir por Chibás. En cuanto a Grau, la muchacha, entonces en La Habana, se sumó a la apoteosis de júbilo popular que se produjo en 1944 al convertirse éste de nuevo en Presidente. Después, como todo el pueblo, se sentiría defraudada, y seguiría el camino abierto por Chibás en su nueva y combativa campaña.

Por aquella época, Celia era una ardiente aficionada de la pelota. Procuraba venir a La Habana en las etapas decisivas de los campeonatos profesionales del deporte nacional. Asistió a muchos juegos en el estadio de La Tropical y después en el del Cerro, e incluso tuvo amistad con varias figuras del mundo beisbolero. Era partidaria furibunda del Almendares, uno de los equipos que solían estar enfrascados en aquellos desenlaces que conmovían

a la isla de punta a cabo, provocando divorcios y rupturas de amistades.

•

En diciembre de 1941, después del ataque japonés a Pearl Harbor, Cuba se declaró en estado de guerra con Japón, Italia y Alemania. La lucha contra el fascismo y los grupos reaccionarios internos, así como las demostraciones de solidaridad con los aliados,



Silvia, Acacia, Celia, Teruca Lamadrid y Flavia por las calles de La Habana, 1941.

fueron hermosas tareas de aquella época. Tenían lugar en todo el país campañas nacionales patrocinadas por las organizaciones de izquierda, con el propósito de recaudar fondos y recursos para la lucha antifascista. Celia participó en distintos actos y actividades que se desarrollaron con ese objetivo en Pilón. El 10 de octubre de ese año de 1941, dos meses antes de que Cuba se declarara en estado de guerra, se llevó a cabo en el pueblo un acto calificado como grandioso por la institución que lo organizó, el Comité Pro Defensa de la Democracia en Ensenada de Mora.

Contaban los hermanos de Celia que en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial fueron frecuentes los comentarios en Pilón acerca de un submarino nazi que se abastecía en la bahía de Portillito, por la zona de Marea, y hasta se mencionaban los nombres de los presuntos abastecedores. En Cabo Cruz también se recuerda todavía

a un tal Garay que, según dicen los más viejos, se hizo rico con la venta de provisiones frescas y otros suministros a los submarinos alemanes. En una ocasión, dos o tres días después de haberse escuchado fuertes detonaciones en el mar, las olas comenzaron a arrojar diversidad de objetos sobre la costa, entre ellos bidones de manteca que, al chocar contra las farallas y reventarse, lucían como copos de nieve, y cajas de metal que contenían pastillas al parecer de chocolate. Las gentes comieron de las sabrosas tabletas, que resultaron ser un alimento concentrado. El atracón



El Dr. Manuel Sánchez en el portal de la casa de Pílon con un amigo.

produjo en el poblado un brote diarreico generalizado que puso a correr al doctor Sánchez.

Entre los tantos objetos que traía el oleaje como consecuencia de la criminal cacería llevada a cabo por los submarinos nazis, apareció cierta vez un salvavidas con un mensaje en el que se rogaba, a quien lo encontrara, su envío a determinada dirección en México. Celia, que se mantenía al tanto de estas situaciones, se encargó de hacerlo llegar a su destinatario: la madre de un marino mexicano, presuntamente muerto, a quien había pertenecido al salvavidas.

•

Antes de morir, Acacia había encarecido el cuidado de sus hijos a su hermana Gloria. Le pidió que velara por ellos, que nunca los abandonara. Gloria, próxima a casarse, no vaciló ante el ruego de la hermana. Rompió su compromiso y se entregó desde entonces a aliviar la orfandad de sus sobrinos. Ahora era Amanda, que acababa de enviudar, quien la necesitaba en Manzanillo. La tía Gloria dijo hasta luego y fue a endulzar la soledad de la hermana.

Desde el arribo a Pílon, Celia se había mantenido atenta a los detalles del hogar. Con la partida de Gloria y de Silvia se convertía en la mujer mayor de la casa, de la que fue administradora y responsable hasta que la llamó el deber de la revolución.

Celia fue un ama de casa de mano segura y a la vez delicada, y no era de extrañar. Muy próximos estaban los ejemplos de doña Irene, doña Modesta y sus respectivas hijas, doble estirpe de mujeres hacendosas y firmes a la hora de sostener hogares y familias. No sólo se ocupaba Celia del encauzamiento de todos los quehaceres hogareños, sino que participaba en la ejecución de los que

requirieran especial cuidado, unas veces sola, otras ayudada por sus hermanas.

El ordenamiento y limpieza de la casa recibían su más esmerada atención. Era notable el laborioso tratamiento que alrededor de cada seis meses daban al piso de tabloncillo. Le aplicaban un colorante de elaboración casera preparado a base de agua y cáscaras de mangle rojo, y sobre él una capa de cera licuada en “baño de María”. Una vez seca la cera, venía la trabajosa tarea de pulimentarla, lo que se lograba frotándola una y otra vez con la punta o “moño” de un coco seco. Al final, la madera del piso adquiría una brillante tonalidad caoba.

Era exquisita en el adorno de la casa. Para plasmar los arreglos que le dictaba su buen gusto, se ayudaba mucho de aquella habilidad suya para el dibujo, la pintura y las artes manuales en general. Sentía predilección



Con su padre, en algún rincón de la cayería de la ensenada de Mora, cerca de Pílon. La linda foto es de 1954 ó 1955.

particular por los arreglos a base de plantas y flores. Cuando había invitados, aquella exquisitez se extendía a los más mínimos detalles. Sin apelar a otros recursos que flores y plantas de la casa, platos y bebidas tradicionales de la mesa criolla y su gusto y delicadeza, los regalaba espléndidamente. Así ocurrió, por ejemplo, en ocasión de la visita del pintor Carlos Enríquez en agosto de 1944, quien como recuerdo de su amena estancia en la casa de los Sánchez obsequió a la familia con un magnífico retrato a pluma del Doctor.

No sólo disponía cada día el menú, sino que se ocupaba ella misma de los platos más importantes. Aquella afición por las artes culinarias, que tuvo sus primicias en el juego de las casitas, había alcanzado ya su madurez. Un día, cuando iba a verter el almíbar sobre una panetela, su acostumbrada destreza se quebró un instante y el líquido, hirviente y espeso, le abrasó las manos. Al limpiárselas las hermanas, con el almíbar se le iba la piel en pedazos. El padre se las curaba después con ambreína, y ella se desmayaba.

Sus deberes hogareños no se limitaban al interior de la casa. Entre sus ocupaciones preferidas se contaba el cuidado del jardín, tan acorde con las cualidades de fuerza y delicadeza, de inclinación hacia lo natural y sentido del arte que coexistían en ella. Le gustaba levantarse temprano y ponerse a remover la tierra húmeda de rocío para conformar los canteros. Auxiliada por alguna de sus hermanas y por un jamaicano de apellido Clever que trabajaba con ellos, mantuvo la casa rodeada de aquel jardín que ganó la reputación de ser uno de los más bonitos de Pilón. Con paciencia y tenacidad de coleccionista lo dotó de un extenso muestrario de mantos. Entre rosas, buganvillas, adelfas, crotos y canteros de flores temporeras de su jardín de Pilón, Celia se hizo diestra en las técnicas de la floricultura, nuevo campo que embellecía su riqueza espiritual.

En el ámbito exterior de la casa quedaban insertadas algunas curiosas e interesantes instalaciones, entre ellas un reloj de sol, ejemplar único por todos los contornos, y la famosa casita engarzada entre las ramas de un viejo algarrobo. La iniciativa de su construcción partió de Griselda, para que los niños —es decir, su hijo, los otros nietos del Doctor cuando fueran de visita, y los vecinos— pudieran jugar allí. También alguno de los mayores la usaría alguna que otra vez para dormir la siesta, o leer un rato, y hasta como habitación adicional cuando, en alguna ocasión, fueron más de la cuenta los visitantes hospedados en la casa. La idea encontró el más decidido apoyo de Celia, que seguramente sintió la doble nostalgia de recordar la casita de muñecas de Media Luna y de que aquella casita de su infancia no hubiera estado también encaramada en un árbol.

A un costado del fondo de la casa había una mata veterana de mangos filipinos, de enorme copa y ramas generosas que besaban el suelo. Decía el Doctor que esta tendencia de las ramas a combarse hacia abajo se debía a que los suelos de Pilón eran muy ricos en hierro. Quedaba así, alrededor del tronco del árbol e invisible desde fuera, un amplio espacio circular. Celia y sus hermanas cubrieron con lajas el suelo de este recinto, lo amueblaron con los asientos reformados de un avión inservible y lo iluminaron con lucecitas de colores. “Mango Bar” fue el nombre que recibió el original merendero. Allí se reunían las muchachas a conversar con sus amistades, efectuaban alguna que otra fiestecita o simplemente daban cumplido a determinados visitantes. Sus características de privacidad, el hábito que estableció la familia de utilizarlo con la mayor frecuencia, más el hecho de que estuviera fuera de la casa, convirtió al Mango Bar en magnífico lugar de reuniones secretas durante la época de la lucha clandestina contra el posterior gobierno de Batista.



En el "Mango Bar" de Pílon al fondo de la casa. Aparecen: Griselda y Acacia Sánchez Manduley, Elbia Fernández Soriano y una amiga de Manzanillo. 1954-1955.

Pero de todos los deberes que asumía la joven ama de casa con la ayuda de sus hermanas, ninguno recibió tanta prioridad como la atención solícita que se prodigaba al padre: el cuarto más resguardado para protegerle el sueño; la taza humeante de café para despertarlo; la ropa preparada para cuando saliera del baño y no tuviera que preocuparse por pantalón ni camisa, ni por medias o zapatos; las comidas y medicinas a sus horas; los libros e instrumentos ordenados. Cuando había que inyectar periódicamente a un enfermo, iba Celia lo mismo de día que de madrugada, para que el padre descansara. También lo ayudaba cuando las curaciones eran muchas, como la vez aquella de Marea.

Ocurrió cuando, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, era tema de discusión y especulaciones la demora en la apertura del segundo frente, reclamada a sus aliados con tenaz insistencia por la Unión Soviética, que hasta ese momento había llevado el peso mayor de la contienda contra el fascismo. Un día los vecinos de Marea

del Portillo formaron un guateque, y de buenas a primeras – como solía ocurrir en aquel barrio, notorio en aquellos tiempos por sus broncas – alguien tiró un piñazo y desató una de aquellas incomprensibles e incontrolables riñas tumultuarias. La fiesta, sencillamente, terminó como la proverbial del Guatao. El primer herido llegó a Pilón como a las 3:00 de la mañana, y todavía a las 4:00 de la tarde el Doctor y sus hijas – Celia la primera – estaban suturando heridas y curando lesionados. Por aquellos días, cuando alguien preguntaba qué había pasado, la gente decía: “Nada, que el segundo frente se abrió en Marea”.

•

El hogar los Sánchez Manduley en Pilón fue, a lo largo de los años, exponente del espíritu gregario de sus moradores. Pudiera decirse que en él todos los días eran de recibo. Así había sido en la casa de Media Luna, constantemente visitada por amigos, parientes y, además, pacientes. En lo que a los muchachos concernía, era tan numeroso el grupo perenne de primos y amigos que el patio de la casa natal parecía más bien un parque infantil. La casa manzanillera de León 15 se había caracterizado por la constante y nutrida presencia en ella de muchachas y muchachos. En Pilón esta peculiaridad toma perfiles novedosos.

Cada día, al caer la tarde, se concentraba una nutrida cantidad de amigos en el portal de la casa. El atractivo de su personalidad y la extensión de su cultura, hacían del doctor Sánchez el punto focal de aquellas tertulias. Allí se trataban los temas más diversos, que su palabra matizaba de ameno didactismo. Entre ellos no faltaban, desde luego, los de carácter político y social, tanto en lo referente al plano local como al nacional e internacional, y en los que se insertaban el comentario y análisis de las noticias del



En la casa de José Larramendi en Pílon, 1952. Celia sentada al centro, con amigos de Pílon.

día. Estas reuniones sirvieron a muchos jóvenes de Pílon de incentivo para su desarrollo cultural, que expandían después en la biblioteca del Doctor. Usualmente, después de haber conversado un rato en común en el portal, parte del grupo se segregaba hacia un muro que había frente a la casa, donde el ambiente era más juvenil, más divertido. Celia participaba activamente en esas reuniones. Poco a poco, emergió como la principal figura del grupo por su carácter decidido y jovial, su dulzura, sus ideas originales, e incluso sus maldades, que proporcionaban a todos momentos de alegría y diversión. También se convirtió en el centro motor de las actividades recreativas que realizaba aquel grupo de jóvenes.

Por iniciativa del doctor Sánchez y de Celia, y con la cooperación de los vecinos, se acometió la difícil tarea de la construcción de un parque, un rincón histórico donde se pudiera rendir tributo a los héroes de la independencia



Durante una excursión a Caletón en 1952.

y una escuela primaria que poseyera las condiciones indispensables. Con el fin de recaudar fondos para iniciar y terminar esas obras tan importantes para la comunidad, se organizaron tómbolas, bailes y verbenas. Después de múltiples esfuerzos y sacrificios las obras pudieran ejecutarse.

En la casa de los Sánchez se festejaba el fin de año por todo lo alto, y se celebraba también el 1º de enero, que era el cumpleaños del Doctor. Por el cariño, el respeto y agradecimiento que sentían por él los vecinos de Pilón y los de sus colonias, ese acontecimiento se convertía en una fiesta de todo el pueblo y sus alrededores. Por la noche se daban serenatas y un conjunto musical amenizaba después el baile. Detrás de todo esto estaba la mano de Celia, que se ocupaba de todos los pormenores de la fiesta.



Con su padre, frente a uno de los monumentos patrióticos instalados por ellos en Pilón, 1953.

Otra faceta de su vida en aquellos años de Pilón, fue el contacto con las tripulaciones de los barcos que arribaban para cargar azúcar y otras mercancías. De acuerdo con su importancia y el interés de ella, hacía al barco una visita de cortesía, acompañada por varias jóvenes. Invitaban al capitán y a algún que otro oficial a su casa. Allí conversaban e intercambiaban ideas e informaciones sobre su país de origen, el rudo oficio del mar, su modo de vida y otros asuntos de interés. Fue en uno de estos barcos donde Griselda compró una mona que resultó ser durante un tiempo uno de los atractivos más singulares que tuvo el patio de la casa de los Sánchez en Pilón. Estos contactos, dictados puramente por la sociabilidad de la familia, servirían después a Celia, al

menos en una ocasión, en su actividad revolucionaria clandestina.

En Celia se unían, desde estos años juveniles, la fortaleza de carácter y una extrema sensibilidad que la hacía condolerse del sufrimiento ajeno. La miseria del pueblo, siempre presente a su alrededor, la conmovía profundamente y la impulsaba a hacer lo que veía entonces a su alcance para aliviar en algo esa penuria. Aquella sociedad había instituido el mito aéreo de los Reyes Magos, que tanta ilusión llevaba a una minoría de niños y tanta frustración a decenas de miles de otros. Había que luchar por una sociedad en la que todos los niños tuvieran juguetes, pero, mientras tanto, había que proporcionar juguetes el Día de los Reyes aunque fuera a los niños más próximos. En función de adquirir fondos para poder regalar algo ese día a los niños de Pílon, Celia desplegaba año tras año una hábil y bien organizada labor. Comenzaba con la realización de un censo de pequeños, desglosados por edades y sexos. Los fondos eran conseguidos a través de verbenas, rifas, tómbolas, venta de objetos conseguidos gratuitamente o a bajos precios. Este bonito empeño posibilitó que, durante muchos años, ningún niño de Pílon se quedara sin juguete el Día de los Reyes.



Foto de pasaporte. 1948.



5

El 10 de octubre de 1944 asumía la Presidencia de la República el doctor Ramón Grau San Martín. Comenzaba así la etapa de los gobiernos auténticos, que va a durar hasta el golpe de Estado de Batista en 1952. Grau, político hábil y consumado demagogo, había sabido sacar partido de su presunta trayectoria revolucionaria anterior, a lo que se sumaba, para explicar su arrollador triunfo electoral, el repudio generalizado en las masas a Batista y al candidato escogido por él para que lo sucediera.

Muy pronto, sin embargo, las esperanzas populares se desvanecieron como una pompa de jabón. Bajo la administración de Grau el país vivió una etapa marcada por la entrega servil a los intereses norteamericanos, el anticomunismo más despiadado, la división del movimiento sindical, la más escandalosa corrupción política y administrativa, el auge del gansterismo, el recrudecimiento del desempleo y la desesperanza. El descrédito del gobierno de Grau ante las masas populares, que habían depositado en él sus más caros anhelos de reivindicación social, dejó en el pueblo cubano un sentimiento de vacío, decepción y falta de fe en los hombres públicos que pasaban por el poder y no cumplían ninguna de las promesas que hacían a los ciudadanos.

Es en esta coyuntura cuando Eduardo Chibás, quien había sido una figura clave en la victoria grausista de 1944, rompe definitivamente con el Autenticismo y decide

fundar, el 15 de mayo de 1947, una nueva organización política a la que llamó Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Cuatro días después, el doctor Sánchez Silveira anuncia a Chibás su adhesión mediante la carta que ya ha sido citada varias veces: “Fui de los fundadores del Autenticismo en Oriente [...] abandonando la política activa cuando por fin llegamos a la Meta de ver al Dr. Grau Presidente, objetivo primordial de mis campañas políticas.” Y añadía: “Ya mucho antes que Ud. perdiera la fe en el Mito Presidencial, ya yo la tenía perdida con un nuevo dolor en el alma por la desilusión de nuestro pueblo.”

Sánchez Silveira funda la Ortodoxia en Pilón, cuyo ejecutivo local preside. Era difícil la lucha política en el pequeño poblado, más si se tiene en cuenta que los recursos de la flamante organización eran ínfimos frente a los múltiples y cuantiosos del partido gobernante. Sin embargo, la eficiente y muy activa campaña desplegada dio sus frutos. En carta enviada a un amigo en noviembre de ese año, decía el doctor Sánchez: “Yo creo que por la política intensa que he hecho en este mes pasado es que me he olvidado de ustedes. Hice 765 afiliaciones en este barrio y sé que es un heroísmo en nuestro ortodoxo partido.”

La capacidad organizativa, la simpatía y el dinamismo de Celia, puestos en función de la gestión proselitista de su padre, coadyuvaron al éxito alcanzado por la Ortodoxia en Pilón durante aquel período reorganizativo para las elecciones de 1948. Ya para esta época Celia era apasionada y militante partidaria del líder de verbo ardiente, pequeña estatura y pupilas apenas perceptibles tras los gruesos espejuelos.

El 20 de mayo de 1948, Chibás, de gira por Oriente como parte de su campaña presidencial, llega a Pilón y se hospeda con la familia del doctor Sánchez Silveira.



Durante la visita de Eduardo Chibás a Pílon. Mayo de 1948.

Frente a la casa se le improvisa un mitin en el que, como siempre, da rienda suelta a su ardorosa oratoria. De Pílon parten para Media Luna. En el portal de la casa de Manuel Enrique, el hermano de Celia, levantan una tribuna. Desde ella y bajo un copioso aguacero vuelve a hablar Chibás. Celia está a su lado. La tela roja que forra el borde de la tribuna comienza a desteñirse bajo la lluvia. El orador apoyaba una y otra vez las manos en ella, las levantaba, se las pasaba por la cabeza. Y así, sin darse cuenta, fue pintándose de rojo. Es de suponer que tanto el líder como su seguidora rieron ante la desafortunada contingencia.

•

Desde hacía algún tiempo, Celia venía padeciendo de una urticaria de carácter sumamente agresivo. La única enfermedad que la había aquejado hasta entonces, al igual que a todos sus hermanos, había sido el paludismo, la cruel endemia de la región. Con verdadero estoicismo soportaba ahora tanto las consecuencias del mal en sí, como las



Celia y el doctor Sánchez en la tribuna, en Pilón, al lado de Eduardo Chibás. Mayo de 1948.

múltiples pruebas a que fue sometida para la determinación de su etiología y los distintos tratamientos que se le prescribieron, particularmente uno a base de choques insulínicos que se le aplicó por espacio de tres meses. Esta entereza fue actitud característica de Celia en el enfrentamiento a los pocos pero dolorosos males físicos, algunos de origen accidental, que habría de padecer en los años por venir. De un alerгодiagnóstico que se le practicó, sólo el mango arrojó resultados negativos. Como si dijéramos, era alérgica a todo. A mediados de 1948 se decidió que viajara a Estados Unidos para recibir atención especializada. Era de presumir, además, que su organismo reaccionaría favorablemente ante el cambio de clima.

Celia pasó por Miami y continuó hacia Nueva York, donde se reunió con su hermano Orlando, residente en esa ciudad desde 1946. El tratamiento que se le aplicó la mejoró rápidamente, pero ella decidió prolongar su estancia para poder contemplar las nevadas. En definitiva, estuvo en Nueva York seis meses. Allí se pone en contacto con el pintor cubano Julio Girona y con sus hermanas, con

quienes estaba unida por lazos de parentesco. Para que se viera envuelta del calor familiar que propiciaba esta circunstancia, Orlando, asesorado por las Girona, se muda



Paseando por la ciudad de Nueva York.
Septiembre de 1948.



para un apartamento situado a una escasa cuadra de los de ellas, en el número 97 de la calle Clark, en Brooklyn.

Con ávida curiosidad caminó Celia por la ciudad de Nueva York y conoció sus lugares más significativos. Buscó las huellas de José Martí y pensó en él con emoción al visitar la casa donde vivió y contemplar las grandes obras inauguradas durante su larga estancia en aquella ciudad: el puente de Brooklyn, la estatua de la Libertad. Paseó en ferry por la bahía y viajó a las cataratas del Niágara. Se interesó por conocer al pueblo estadounidense y sus tradiciones, así como las

condiciones de vida de los latinoamericanos y otras minorías. Quiso aprender también cómo funcionaban realmente las instituciones públicas de los Estados Unidos.

En el barrio chino se sentía como una niña en un bosque encantado. Con sus amigas revisaba, vidriera a vidriera, todas las tiendas, y se extasiaba lo mismo ante los maravillosos faroles y abaniquitos de papel que ante las estatuillas delicadamente talladas. Le llamaba la atención la cuidadosa alineación que los chinos daban en sus mercados a los vegetales o a cualquier otro alimento. Saboreaba con delectación las comidas chinas de un pequeño restorán que visitaban frecuentemente. Cuenta una de las Girona lo divertido que resultaba acompañarla al mercado donde usualmente hacía sus compras. Cubana hasta la médula, Celia practicaba ante el dueño la criollísima costumbre de decir los mayores disparates cuando el interlocutor no entiende el castellano. El hombre, contagiado quizás por la risa de la amiga, la escuchaba sonriente, sin darse cuenta de que le estaban tomando el pelo. Una tarde su hermano la llevó a ver una película mexicana. Cuando salieron del cine estaba nevando. Sentada en un parque, dejó pasar el tiempo mientras contemplaba, atarida, el fascinante espectáculo –siempre mágico para quien proviene del trópico– de la blanda y errática caída de los pequeños copos blancos.

•

Mediante una de las elecciones más fraudulentas que registra la historia de Cuba, Grau dio paso en 1948 a un nuevo Presidente auténtico, Carlos Prío Socarrás. Con el nuevo gobierno, como era de esperar, nada cambió en esencia ni accidente. En todo caso, se agudizaron los males que padecía la República. En los años siguientes, Celia sigue colaborando activamente con su padre en la gestión política en favor de la Ortodoxia en toda la zona de Pílon. Atenta siempre al acontecer nacional, cierra filas tras la nueva esperanza de gran parte de las masas populares,

encarnada en la figura batalladora del llameante líder ortodoxo.

Y así llega el año 1951. “Todo en este año me ha salido mal”, le dirá Celia a su hermana Griselda en carta que escribirá en enero de 1952.

En lo personal, 1951 trajo consigo, primero, un desengaño amoroso. A los cuatro años de su llegada a Pión, Celia había tenido un novio. Se trataba de un joven habanero a quien su acaudalada familia había enviado a trabajar a las oficinas del central “Cape Cruz”. Pronto el muchacho se incorporó al grupo de excursionistas que comandaba Celia. Se conocieron, se trataron, se enamoraron. Algún tiempo después, rompieron el noviazgo. Ahora Celia había conocido a un ingeniero de una obra pública que se llevaba a cabo en la zona de Manzanillo y se había enamorado de él. Pero un día descubrió que el galán era casado, y no volvió a mirarlo. En la propia carta a Griselda se refiere así a este episodio: “Como te contaba me enamoré y que en este último viaje que di se murió para mí el ingeniero, ya lo enterré.”

En agosto se conocía el diagnóstico terrible de un mal de la laringe que afectaba al tío Miguel. Tenía cáncer. En La Habana se somete a sesiones de terapia y al parecer mejora. Pero ya a finales de 1951 se ha producido una metástasis al pulmón derecho. Durante las semanas finales del tío, Celia está junto a él en Manzanillo. Prácticamente se hace cargo de la casa y el enfermo hasta su último aliento, el 11 de mayo de 1952. Retribuía así el cariño de quien siempre la quiso como hija.

Pero, al margen de estos dolores íntimos, 1951 es, sobre todo, el año de la muerte de Chibás. El 5 de agosto, Celia y su padre estaban de visita en La Habana. Ese día Chibás termina su alocución dominical por radio con su más dramático y “último aldabonazo”: el disparo con que se hiere en el vientre. El jueves 16, tras once días de agonía,

muere el líder ortodoxo. Once días de angustia para Celia, pendiente hora tras hora del estado del moribundo. Celia se mantiene todo el tiempo en la cámara mortuoria donde yace el cadáver. Después se sumerge en el río humano que marcha tras el ferétro. La muerte de Chibás deja en ella un frío temblor de desolación. También junto al cadáver de Chibás había permanecido un joven abogado que comenzaba ya a brillar como una de las más prometedoras figuras de la Ortodoxia. Sin embargo, a pesar de esta coincidencia y de la posible participación de ambos en actividades ortodoxas en La Habana, no sería hasta la Sierra Maestra, entregada ya ella de lleno a la lucha revolucionaria encabezada por él, cuando Fidel Castro y Celia Sánchez se verán por primera vez.



Celia y Bertica Fernández Llópiz en el portal de la casa de Pílon, 1947.

•

En 1944, tras la victoria electoral de sus rivales auténticos y el fracaso del proyecto golpista que había concebido, Fulgencio Batista se había retirado a la localidad norteamericana de Daytona a disfrutar de la inmensa fortuna esquilada a la nación. Cuatro años después había vuelto al juego de la política cubana, movido sin duda por su ambición y su codicia inagotables. Sin

embargo, a la altura de 1952, próximas ya las nuevas elecciones generales, era obvio que Batista no podría lograr por la vía electoral su aspiración de obtener el poder una vez más. En esta situación, con el aliento de sectores imperialistas disgustados por la incapacidad notoria del



Esta fotografía fue tomada en un estudio de La Habana, calle Galiano, en 1944.

gobierno de Prío y su tibieza en la ejecución de medidas económicas aún más entreguistas, y seguro del apoyo del gobierno de los Estados Unidos, del cual era viejo y conocido amigo, Batista aprovechó sus antiguas relaciones con los cuerpos armados del país para hacerse del gobierno en pocas horas en la madrugada del 10 de marzo de ese año de 1952.

La instauración del régimen de facto profundizará la entrega a los intereses imperialistas y la situación de dependencia económica del país en relación con los Estados Unidos, y reafirmará a los sectores más humildes de la nación la seguridad de un futuro todavía más incierto. De inmediato, significó para las masas el anuncio de que, una vez más, el país se había convertido en traspatio de cuartel. Al provocar la interrupción violenta y arbitraria del proceso electoral en desarrollo, que en la coyuntura específica de las elecciones de 1952 parecía representar una posible esperanza de cambio por la vía de la esperada victoria electoral del Partido Ortodoxo, el golpe de Estado, en efecto, mostró a los sectores más conscientes la quiebra total de la posibilidad reformista y anunció el cierre de todas las vías de lucha política legal.

Para la inmensa masa de la población, el golpe fue una humillante bofetada en el rostro colectivo de la ciudadanía. Batista era una sombra odiosa del pasado que el pueblo repudiaba y creía sepultada para siempre. De la noche a la mañana, el cubano vio derrumbarse a su alrededor, en aras de la conveniencia de determinados intereses y la ambición de unos cuantos bandidos, unas instituciones legales que se sabían corrompidas e ineficaces, pero que podían significar un marco para la lucha política, y vio barrida una Constitución que se sabía burlada, pero de la que el pueblo se enorgullecía por su proyección avanzada. El 10 de marzo produjo un sentimiento de indignación y vergüenza nacionales.



Graciela Sánchez, Graciela Álvarez Sánchez y Celia en Manzanillo, 1946.

Celia, como mujer de pueblo y poseedora ya de una desarrollada capacidad de discernimiento político, también fue sacudida por ese sentimiento de ira y frustración. El madrugonazo de Batista la sorprendió en su casa de Pílon. Su inmediata reacción de repugnancia al ir escuchando las noticias en la radio, pronto dio paso a su innata rebeldía. Ese mismo día tomó la decisión de unirse a cualquier cubano que estuviera dispuesto a luchar de frente y sin tregua contra la recién instaurada dictadura.

Pero el golpe no sólo había sorprendido al pueblo, sino que lo había cogido desarmado. El presidente Prío y la mayoría de sus colaboradores habían aceptado el hecho consumado sin ofrecer siquiera una resistencia simbólica, mientras algún que otro jerarca desplazado del poder comenzaba a entretenerse fraguando míticas conspiraciones de salón. Otras agrupaciones políticas menores se habían apresurado a ofrecer su colaboración a Batista en gesto de genuflexo oportunismo. El Partido

Ortodoxo, cuya dirección estaba penetrada por elementos latifundistas y politiqueros, se había comenzado a dividir después de la muerte de Chibás en facciones contrapuestas. El desconcierto, la inacción y el compromiso caracterizaban la actitud de sus principales dirigentes ante el cuartelazo. El partido marxista-leninista, por su parte, exponente de la vanguardia ideológica y la potencialidad de lucha de la clase obrera, estaba políticamente aislado. La juventud estudiantil, efervescente y combativa, carecía aún de una dirección que canalizara su deseo de luchar.



En el jardín de la casa junto a dos de sus hermanas, primas y sobrino.

En este panorama tan poco alentador, sólo Fidel Castro, que había llegado al convencimiento de la necesidad de golpear la base misma de sustentación del régimen tiránico, preparaba en silencio la acción que haría detonar la lucha de las masas. Pero eso, entonces, Celia lo ignoraba.

Entre todos los cabecillas principales de las facciones ortodoxas, solamente Millo Ochoa había empleado una retórica opositora encendida y se había manifestado públicamente por una línea insurreccional contra Batista.

En una comparecencia televisada en agosto, planteó su posición contraria a una salida electoralista de la situación creada por el golpe, e insistió en la necesidad de contar con las masas populares para lanzarlas a la calle a la pelea. Estas declaraciones le valieron su detención y juicio, en el que estuvo presente Fidel entre otros abogados ortodoxos.

En Pilón, Celia se mantenía atenta al curso de los acontecimientos y al derrotero de la tendencia insurreccional de Millo Ochoa, quien era, por el momento, la figura en que había situado toda su esperanza de lucha.

•

Mil novecientos cincuenta y tres era el año del centenario del natalicio de José Martí. A todo lo largo del país, cada cubano patriota se aprestaba para homenajear a su manera al Apóstol, y lavar la injuria que significaba a su memoria el programa de conmemoraciones oficiales preparado por el régimen espurio.

Desde 1941 funcionaba el Seminario Martiano de la Universidad de La Habana, dirigido por Gonzalo de Quesada y Miranda, ferviente divulgador de la vida y obra del Maestro y custodio celoso de la documentación martiana que había recibido de manos de su padre, el discípulo más cercano y albacea de los papeles de Martí. A lo largo de los años de trabajo de esa institución, se había constituido la llamada Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano, que publicaba una pequeña revista mensual denominada *Patria*. Es esta organización la que decide, como parte principal de sus actividades conmemorativas en 1953, emplazar un busto de Martí en la cima más alta de Cuba, el pico Turquino en la Sierra Maestra.

Conociendo los méritos en el campo de la investigación sobre la historia patria del delegado del

Instituto Cubano de Arqueología en la provincia de Oriente, doctor Manuel Sánchez Silveira, y su condición de martiano devoto, la directiva de la Asociación decide acudir a él para recabar su ayuda en el hermoso proyecto. El doctor Sánchez acoge la idea con entusiasmo especial, y es designado responsable técnico de la expedición. Celia, al tanto de la encomienda solicitada a su padre, se suma de inmediato a ella con el beneplácito de todos los interesados.

Sánchez Silveira organiza en Ocuja, pequeño poblado costero al pie del macizo imponente del Turquino, un grupo de vecinos entusiastas encabezado por Antonio Moreno, que tendrán a su cargo la subida del busto y su emplazamiento. En los primeros días de mayo, en medio de condiciones climáticas muy adversas pues están en su apogeo las lluvias de primavera, se acomete la titánica empresa. El grupo –prácticos, cargadores, albañiles y



En la playa de Ocuja, antes de la subida al Pico Turquino. Junto a Celia la escultora Jilma Madera.

ayudantes– emprende la ascensión. Llevan entre todos la pieza de bronce, con un peso de 163 libras, las placas que se adosarían a la base, el cemento, la arena, las piedras y el agua necesarias para la instalación. Épica y fatigosa habrá sido esta tarea. Entonces no existía el ancho y limpio sendero que sube desde la orilla del mar al pico Cuba, y sigue luego, salvando el paso de las Angustias, hasta la misma cima del Turquino. Arduo habrá sido el esfuerzo para abrir el paso, a golpe de machete, en el monte virgen del coloso, y penosa la fatiga de acarrear, entre breñas y derriscos, la carga onerosa.

El 19 de mayo, aniversario de la caída de Martí en Dos Ríos, Celia y los demás organizadores de la empresa rinden el homenaje de una guardia de honor a los restos del Maestro en el cementerio de Santa Ifigenia en Santiago



Sila y Emérita Segredo, Jilma Madera y Celia Sánchez realizan guardia de honor en el mausoleo a José Martí, en el cementerio Santa Efigenia. 19 de mayo de 1953.



En el Pico Real del Turquino, a un costado del busto erigido a José Martí, Jilma Madera y Celia Sánchez, mayo de 1953.

de Cuba. Quizás aquel grupo de personas, algunas de ellas vestidas con uniformes verde olivo, despertaron la curiosidad y tal vez la desconfianza de los agentes



En la cima del pico Turquino, mayo de 1953.

represivos del gobierno, aumentada al saber que tenían la insólita intención de internarse en la montaña y escalar el Turquino. Al parecer, pronto corrió en los círculos oficiales el rumor de que, tras el patriótico propósito, se ocultaba alguna conspiración tenebrosa, y que realmente los esforzados montañistas tenían la misión de recibir un cargamento de armas enviado del extranjero con fines subversivos. El hecho es que durante la ascensión al pico, el grupo fue seguido por cuatro individuos cuya identidad se hizo evidente al poco rato.

Al día siguiente, parten desde OcujaI el doctor Sánchez, Celia, la escultora Jilma Madera –la autora del busto–, y otros miembros de las instituciones patrocinadoras de la expedición. Al otro día, 21 de mayo, están



En el Turquino, mayo de 1953.

arriba, casi dos mil metros sobre el punto de partida, donde ya estaba emplazada, de cara al mar y al sol naciente, la efigie portentosa. Al mediodía, en emocionada ceremonia, se declara inaugurado el monumento. En el pedestal de piedra queda incrustado para siempre, en nobles letras de bronce, este pensamiento martiano: “Escasos, como los montes, son los

hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad.” Y en la parte posterior, otra placa con los nombres de los que hicieron posible la materialización de la hermosa iniciativa, entre ellos los del doctor Sánchez Silveira y su hija Celia.

En el recuento que publicaría después la revista *Patria*, aparece la siguiente nota: “En la dura ascensión al Pico de Turquino, el doctor Sánchez Silveira estuvo valerosamente acompañado por una de sus hijas, cuyas películas de tan histórico suceso serán exhibidas en la Fragua [Martiana].” Desgraciadamente, nadie conoce hoy el destino de esas películas, si es que en efecto existieron.

•

En ese mismo año del Centenario, otro grupo de cubanos ofrendaría a Martí su propio homenaje: el de su sangre.

Al amanecer del domingo 26 de julio, Fidel Castro se lanzaba al frente de más de un centenar de jóvenes heroicos al asalto del cuartel “Moncada” en Santiago de Cuba, la primera fortaleza militar en importancia del país fuera de la capital de la República, mientras otro grupo de combatientes, en acción sincronizada, intentaba la captura del cuartel “Carlos Manuel de Céspedes” en la ciudad de Bayamo. La acción debería marcar el inicio de la lucha frontal del pueblo contra el régimen tiránico.

El asalto a los cuarteles de Santiago y Bayamo fracasó en el plano militar por circunstancias totalmente accidentales. Tras la retirada de los asaltantes, Fidel logró reagrupar un pequeño contingente y conducirlo a las lomas que rodean la Gran Piedra. Pocos días después, sin embargo, una patrulla enemiga lo sorprende dormido por el agotamiento y lo hace prisionero.

Pero, a pesar del resultado táctico desfavorable, la acción del 26 de julio tendría históricamente la



En una excursión cerca de Pílon, en julio de 1953, junto a su prima Miriam Manduley y su hermana Griselda.

significación singular de devolver al pueblo su dignidad y ofrecerle una esperanza, de anunciar que había surgido del seno de ese pueblo una vanguardia capaz de realizar los mayores sacrificios por levantar la enseña de la lucha. Y sirvió para

dotar a esa lucha de un programa, expuesto semanas después en el alegato de autodefensa pronunciado por Fidel ante sus jueces, y conocido para la posteridad con el título de “La historia me absolverá”. El asalto al Moncada constituyó una derrota militar, pero significó una extraordinaria victoria moral y política.

Celia estaba en Pílon aquel domingo de julio. Ese día había salido de la casa en una de sus habituales excursiones por los alrededores del pueblo. De ese paseo hay dos o tres fotos en las que aparece junto a su hermana Griselda y su prima Miriam, en unas ruinas cercanas al batey. Al regreso a la casa, conocería por la radio la noticia de los sucesos de Santiago.

El nombre de Fidel Castro no era, por supuesto, desconocido para Celia. Desde antes del 10 de marzo, ya el joven ortodoxo se destacaba como uno de los más fogosos voceros del partido fundado por Chibás y un valiente acusador de las inmoralidades y arbitrariedades del gobierno auténtico de Prío. Quizás Celia haya tenido también ocasión de conocer su grito de rebeldía contra el zarpazo cuartelario del 10 de marzo, o su denuncia jurídica ante los tribunales contra los autores del golpe traidor. Ahora, la noticia de la acción valerosa del Moncada

galvaniza su espíritu de combate y le hace renacer una esperanza.

•

Al cerrarse las rejas del presidio de Isla de Pinos tras Fidel y los asaltantes del Moncada, parecía cerrarse, al menos por un tiempo, el camino de lucha abierto el 26 de julio. Celia vuelve entonces de nuevo su atención hacia la alternativa insurreccional que aún parecía encarnar Millo Ochoa.

Aunque no había tenido nada que ver con los hechos del Moncada, Millo fue incluido en el proceso. Absuelto de cargos, marchó a los Estados Unidos tan pronto fue puesto en libertad, y allí continuó ultimando los planes de su conspiración.

Millo Ochoa, en efecto, había comenzado desde el año anterior a dar pasos con vistas a organizar un movimiento insurreccional de corte conspirativo, basado principalmente en sus contactos personales con ex militares destituidos el 10 de marzo, políticos opositores cercanos a él y algunos dirigentes de la Juventud Ortodoxa.



Reunión de militantes ortodoxos en Niquero, Celia al centro.
1947-1948.

Incluso había iniciado un acercamiento al depuesto presidente Prío, quien gozaba de su exilio millonario en los Estados Unidos. Este contacto parecía haberse concretado con la firma, a finales de mayo de 1953, del llamado Pacto de Montreal.



En un restaurante en La Habana, octubre de 1954, con miembros del Partido Ortodoxo.

Parece ser que, como parte de un trabajo de ampliación de esta base de apoyo, Millo decidió solicitar el concurso del doctor Sánchez Silveira, pues sabía que el viejo médico rural era un elemento clave a la hora de movilizar las masas ortodoxas en la región del Guacanayabo, y porque quizás había pensado en Pílon como un punto idóneo desde donde iniciar el movimiento armado en el que entonces pensaba todavía con alguna seriedad. Para ello se vale de Orestes Quesada, dirigente de los obreros azucareros de Pílon y militante ortodoxo, con quien había sostenido conversaciones en La Habana a mediados de 1952. A su regreso a Pílon, Quesada se entrevista con el doctor Sánchez en su casa y le trasmite el mensaje de Millo. Pero

Celia, dispuesta ya a tener una participación directa en la lucha contra Batista, considera que su padre es una figura demasiado conocida como opositor al régimen y no está, además, en buenas condiciones de salud, por lo que propone a Quesada que sea ella la que asuma la organización de la red conspirativa con la garantía de que todo lo que pudiese hacer el padre lo podría realizar la hija. Millo acepta la propuesta, y ya desde finales de 1952 o principios del año siguiente Celia comienza a organizar los primeros grupos en la costa.

Hay otra versión de este contacto, según la cual Millo Ochoa viaja personalmente a Pílon, pero cuando llega a la casa del doctor Sánchez éste ha salido de recorrido fuera del pueblo a visitar enfermos, y quien lo recibe es Celia.

Según esta versión, Celia dirigente ortodoxo que ella conocía el interés de Millo de que su padre organizara y dirigiera las células conspirativas en la zona, pero que no quería que él se metiera en esos trajines, pues su salud no era ya la misma de antes. Incluso discutieron la conveniencia de



En Pílon, 1954.

que Millo regresara al país en una avioneta que podría aterrizar en Pílon, para iniciar desde allí el alzamiento insurreccional contra Batista.

Si es cierto que esta entrevista se efectuó, debe haber tenido lugar poco antes del Moncada. Silvia, la hermana

de Celia, sostenía que fue posterior a la subida al Turquino en mayo de 1953, pues el argumento utilizado por Celia sobre la salud del padre se basó en una afección cardíaca que se le había detectado al doctor Sánchez a raíz de trastornos que experimentó durante la ascensión. Por otra parte, Millo Ochoa no permaneció mucho tiempo en Cuba después del juicio por los hechos de Santiago de Cuba y Bayamo, y es improbable que hubiera ido hasta Pílon en esos días. En todo caso, haya habido entrevista o no, el compromiso adquirido por Celia, en nombre de su padre, de apoyar las labores conspirativas de Millo, aporta una razón adicional a su sostenido respaldo a esta conspiración aun después del Moncada.

Lo cierto es que, paralelamente a otras actividades de apoyo a los moncadistas presos en Isla de Pinos, a las cuales se hará referencia más adelante, Celia concentra su atención durante los meses finales de 1953 y buena parte de 1954 en la ampliación de la red clandestina de militantes ortodoxos en la costa con vistas a la preparación de condiciones para el recibimiento de Millo Ochoa, una vez que éste determinara regresar a Cuba para llevar adelante sus planes. Con tal propósito, multiplica sus contactos en Pílon, Niquero, Media Luna, Campechuela y Manzanillo, y viaja con relativa frecuencia a Santiago y La Habana a coordinar preparativos, informar sobre la marcha de la conspiración en su zona y recibir orientaciones. La misión de Celia, en síntesis, consistía en esperar en Pílon la llegada de Millo en una avioneta procedente de la Florida, esconderlo en algún lugar seguro y sacarlo hacia donde el desarrollo de los acontecimientos lo requiriera.

A la altura del mes de octubre de 1954, se supone que ya los preparativos están concluidos. El día 8, Celia participa en La Habana en una reunión con Javier Lezcano, Omar Borges y otros elementos comprometidos en el país con la conspiración. El día 26, la Policía habanera descubre

en una casa del aristocrático reparto Country Club el más vasto arsenal que había sido ocupado hasta entonces, y desbarata un supuesto complot cuyo cabecilla aparente era el político auténtico Francisco Cairol. Sin embargo, al parecer este grupo estaba vinculado al proyecto general de Millo Ochoa, y era parte del apoyo ofrecido por Prío.

A principios de noviembre se revela la llegada y aterrizaje cerca de la ciudad de Camagüey de una avioneta en la que se presumía había entrado al país el dirigente ortodoxo. Celia, que estaba esperando la llegada de Millo en Pílon, emprende viaje de inmediato a Camagüey acompañada por su tía política Marina Llópiz. Al llegar allí trata de hacer contacto con un médico que fungía como el jefe local de los conspiradores, en cuya finca había aterrizado la avioneta, pero el hombre está detenido por la Policía. No obstante, permanece unos días en la ciudad, a riesgo de ser descubierta, hasta que se entera que ya Millo Ochoa está escondido en La Habana y no tiene intención alguna de luchar.

Esto fue suficiente para Celia. La sensación de asco ante la cobardía y la irresponsabilidad de Millo y sus secuaces principales, es superior al desengaño que le produce el triste desenlace de tantos meses de afanes e inquietudes. Regresa a Pílon decidida a seguir actuando por su cuenta, en espera del nuevo y seguro estallido que se gesta en una celda de Isla de Pinos.

•

La simpatía inmediata que sintió Celia por Fidel y el grupo de asaltantes del cuartel “Moncada”, se convirtió pronto en respeto por su abnegación y heroísmo a medida en que se fueron conociendo los crímenes horribles perpetrados contra ellos. Al año siguiente, la lectura de la primera edición clandestina de “La historia me absolverá”



Martha Lasco Vázquez, Celia y Griselda. Pilón, 1946.

—en cuya distribución en Manzanillo y la costa participó activamente— le reveló el alcance programático y la sincera energía del movimiento que había tenido su inicio en el

Moncada. Puede afirmarse que, a partir de este momento, quedó ya definitivamente ganada para la lucha encabezada por Fidel.



Celia y Acacia. Pilón, 8 de septiembre de 1954

Por intermedio de su parienta santiaguera María Teresa Taquechel, ya Celia había establecido contacto y realizado gestiones en favor de los asaltantes encarcelados en Isla de Pinos. Había recaudado algunas sumas de dinero entre amistades y compañeros de la Ortodoxia, o mediante la elaboración y venta de dulces y otras confecciones, lo

cual le había permitido enviar alimentos, ropa, medicinas y libros. Al plantearse en un plano nacional la campaña en favor de la amnistía de los moncadistas presos, Celia contribuyó a ella desde Pilón y Manzanillo con todos los recursos movilizados a su alcance.

Entretanto, después del fracaso de la aparatosa insurrección de Millo Ochoa, tampoco había permanecido inactiva en sus afanes conspirativos. Por esta época de fines de 1954 y principios de 1955, Celia reagrupa sus contactos clandestinos y establece una organización propia en su

zona de operaciones, a la que llamó Movimiento Revolucionario Masó, en homenaje al general manzanillero de las guerras mambisas. Acerca de esta organización, que no tuvo realmente mucho desarrollo, Celia dijo en una ocasión: "Llegamos a hacer unos bonos. Lo hicimos para



En el barco portugués "Braganza" el 26 de julio de 1954 en Pilón. De izquierda a derecha: Griselda, Acacia y Celia.

recoger fondos para los presos de Isla de Pinos y otras cosas.”

Entre estas “otras cosas” estaba el plan de ponerle una bomba a Batista en ocasión de la anunciada visita del dictador a Manzanillo. Con la ayuda de Moncho Galiano y Eliecer Fernández, dos de sus más cercanos colaboradores conspirativos en esta etapa, ya Celia se había procurado un artefacto explosivo que inicialmente se suponía sería detonado por radio. Pero este plan fue desechado y sustituido por una acción suicida: uno de los complotados, elegido por sorteo, se acercaría al tirano con la bomba y volaría junto con él. Todo se preparó muy en serio, pero por fin Batista canceló su viaje a Manzanillo.

Es por esta misma época cuando Celia establece contacto con Pepito Tey y otros luchadores clandestinos de Santiago de Cuba, que se han ido nucleando en torno a la jefatura de Frank País, joven santiaguero destacado ya como decidido luchador antibatistiano, e integrarán poco después, al igual que ella y Frank, las filas del Movimiento 26 de Julio en Oriente cuando éste dio sus primeros pasos organizativos tras la salida de Fidel de la cárcel. Ya anteriormente Celia había establecido relaciones con María Antonia Figueroa y otros militantes ortodoxos santiagueros que también formarán parte del nuevo movimiento. Sus contactos con María Antonia habían sido estrechos en ocasión del trabajo de recaudación de fondos para erigir una estatua de Chibás en Santiago, en el que Celia había tenido participación muy activa en Manzanillo y la costa.

La significación de esta etapa de Celia conspiradora es obvia: la experiencia adquirida por ella en el trabajo clandestino a lo largo de la costa de Manzanillo a Pilón, le resultó de inapreciable valor cuando llegó la hora de la revolución y la lucha de verdad.



En Las Ruinas de Pílon, 1953.



6

El 15 de mayo de 1955, Fidel y sus compañeros presos en Isla de Pinos son puestos en libertad al cabo de casi 22 meses de encierro. La intensa presión del pueblo en favor de una amnistía a los presos políticos y, en particular, a los asaltantes del 26 de julio de 1953, y el interés del tirano de dar muestras de normalidad en el país, se habían conjugado para resultar en la salida de los moncadistas de la cárcel.

Comenzaba así una nueva etapa en la lucha revolucionaria. No cabía la menor duda de que para los asaltantes del Moncada sería imposible proseguir abiertamente y dentro de Cuba la lucha contra la tiranía, cuyo derrocamiento era un paso previo indispensable para la conquista del poder y la realización de la revolución. Una vez que el tirano se percatara de que Fidel no estaba dispuesto a hacer su juego de seudooposición, era de prever que lanzara sobre los moncadistas la más feroz persecución y tratara incluso de eliminarlos físicamente. Por eso, mucho antes de la salida del presidio, era evidente que sólo quedaban dos opciones: la continuación del combate en condiciones de vida clandestina o la salida hacia el extranjero para preparar desde fuera el siguiente estallido de esta nueva guerra necesaria.

Pero Fidel consideraba preciso demostrar primero a las masas populares la imposibilidad de la lucha por las vías legales, agotar todos los recursos para llevar ese

convencimiento al ánimo del pueblo e impedir, por otra parte, que ni los más suspicaces o incautos pudieran acusarlo de aventurero o irresponsable por haber desatado una guerra evitable. Al cabo de ocho semanas de intensa actividad, después que la tiranía le había cerrado todas las vías de comunicación con las masas y que los moncadistas empezaron a ser objeto de un evidente y cada vez más estrecho acoso represivo, Fidel explicó públicamente su decisión de partir para organizar la etapa ulterior de la lucha, y estableció su primer compromiso para lo que después resultaría el Granma: “De viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies”. Pero antes de salir hacia el exilio, había dejado atrás las bases del aparato clandestino revolucionario —el Movimiento 26 de Julio— que asumiría desde entonces el papel de vanguardia organizada de la revolución, y que se crea formalmente a partir de las reuniones que efectúa Fidel en La Habana a mediados de junio de 1955, en las que queda constituida la Dirección Nacional del Movimiento y establecidas las orientaciones para iniciar el trabajo de organización en todo el país.

La incorporación de Celia al Movimiento 26 de Julio data posiblemente de fecha tan temprana como principios del mes de julio de 1955. Según refirió ella misma en una ocasión, Manuel Echevarría, quien estaba en las gestiones iniciales de organización del Movimiento en Manzanillo y los pueblos de la costa, “fue a Pión porque sabía de nuestras actividades. Fue para la cuestión del Movimiento 26 de Julio ya como organización, y me pidió que fuera yo a Santiago a ver a Frank País.” Echevarría había sido compañero de estudios de Frank en Santiago, y desde hacía algún tiempo venía trabajando en las labores clandestinas que dirigía éste en Oriente. Conocía, efectivamente, a Celia de Manzanillo, y sabía de su manera de pensar, sus actividades anteriores y su disposición a un comprome-

timiento pleno en la lucha contra la tiranía. En esa entrevista con Echevarría, Celia acepta sin vacilación su incorporación al Movimiento y la encomienda de organizarlo en Pílon.

Todo parece indicar que Celia hace, en efecto, el viaje a Santiago, pero no puede establecer contacto con Frank. Se sabe también que por estos mismos días se traslada a La Habana con la intención de conocer a Fidel, por quien siente ya para esa fecha una admiración que se ha venido acrecentando desde el Moncada, y a quien ve decididamente como el dirigente indiscutible de la nueva etapa de lucha contra la tiranía. Durante su estancia en la capital se hospeda en el hotel "San Luis", situado en Belascoaín entre Ánimas y Lagunas.

Vale la pena hacer aquí un pequeño paréntesis sobre este hotel. El doctor Sánchez y sus hijas solían alojarse en él en sus viajes a La Habana. Allí Celia había conocido a muchos exiliados latinoamericanos, luchadores contra la opresión en sus países, que lo utilizaban como lugar de residencia habitual y actividad política. El "San Luis" estaba asociado también con la frustrada expedición de Cayo Confites en 1947, pues había servido como centro de reclutamiento y punto de reuniones de los organizadores de este episodio.

En busca de Celia, un día acuden al hotel "San Luis" Pedro Miret y María Antonia Figueroa, pues han conocido que ella tiene interés en hacer contacto con Fidel. Pero cuando llegan al lugar se enteran que ya Celia había hecho su maleta y partido de regreso a Oriente apenas horas antes.

Lo que no está claro todavía es si este viaje a La Habana es anterior o posterior a la entrevista con Manolo Echevarría, es decir, si el interés de Miret —uno de los organizadores militares del asalto al Moncada y en ese momento uno de los cuadros principales del Movi-

miento – surge de alguna información enviada por aquél, o si esa entrevista en Pilón, por el contrario, obedece a una orientación emitida desde La Habana. Hay un punto a favor de esta última variante, y es que cuando María Antonia regresa a Santiago lleva instrucciones de Miret de contar con Celia Sánchez para la organización del Movimiento en la zona de Manzanillo. Esto pudiera dar a entender que la visita de Echevarría es el resultado de esta orientación, y que ya en La Habana había referencias sobre Celia, quizás por intermedio de Pepito Tey u otro santiaguero, como Léster Rodríguez o la propia María Antonia Figueroa.

El caso cierto es que a partir del mes de julio de 1955, Celia se entrega en cuerpo y alma a su nueva responsabilidad. Lo significativo de esta primera etapa, durante los meses finales de 1955, es que, según todos los indicios, Celia ignoraba todavía la trascendencia que tendría su trabajo de organización clandestina en función de la futura expedición de Fidel. Pero el hecho de radicar en uno de los rincones más remotos del país, no mermó en lo más mínimo el entusiasmo y la dedicación con que se lanzó a la creación del aparato del Movimiento en su pueblo, como si Pilón fuera un centro crucial al estilo de Manzanillo, Santiago o hasta La Habana, de cuyo buen funcionamiento dependiera la suerte del trabajo clandestino en la provincia o en todo el territorio nacional.

Lo primero que había que hacer era empezar a captar elementos que pudieran componer un esqueleto básico como punto de partida, y seguir luego ampliando esa base humana. En esta labor inicial vinieron a resultar de una ayuda decisiva los anteriores contactos clandestinos de Celia y el amplio espectro de relaciones que había logrado establecer en quince años en Pilón, sobre todo con los trabajadores del central, campesinos de los alrededores, pescadores y otras gentes de las capas más humildes de la

población, cantera potencial mucho más rica que cualquier otra para un movimiento revolucionario de la proyección del 26 de Julio. Muy rápidamente, gracias a la actividad desplegada por ella, fueron surgiendo varias células de militantes en la zona.

A pesar de sus relaciones y de la extremada discreción con que Celia supo desplegar este trabajo de captación y organización primaria, no era fácil en un pueblo pequeño como Pílon, donde todo el mundo se conocía y cualquier movimiento inusitado se hacía inmediatamente sospechoso, desenvolver una actividad clandestina sin llamar en alguna medida la atención, no sólo de los vecinos sino de las fuerzas represivas. De ahí que la labor de Celia durante toda esta etapa —y más aún la que llevaría a cabo a lo largo de 1956— tenga el mérito adicional de que no fue descubierta. En algún momento llegó a darse cuenta el sargento Matos, jefe del puesto de la Guardia Rural en el pueblo, de que la hija del doctor Sánchez “andaba en algo raro”, pero aunque trató ocasionalmente de sorprenderla o averiguar por otros medios cuál era la causa de las constantes carreras de Celia de un lado a otro en su cuñita e incluso trató de amedrentarla con insinuaciones y veladas amenazas, nunca le fue posible confirmar plenamente sus sospechas, sino cuando ya era muy tarde y la presa se le había escapado de las manos.

Donde Celia no pudo ni quiso guardar el secreto de sus actividades, fue en su casa. Conocedora íntima de los sentimientos y manera de pensar de su padre, acostumbrada además desde niña a hablar con él de todas sus inquietudes e ilusiones, no pasó siquiera por su mente ocultar al doctor Sánchez su compromiso con la lucha revolucionaria encabezada por Fidel. El viejo rebelde, junto a la natural preocupación que sentiría por la seguridad de su hija, ha de haber experimentado en el fondo una muy íntima satisfacción y orgullo al saber que no había caído

en tierra ingrata la semilla de amor a la patria y la libertad plena del hombre, de civismo y coraje ciudadanos, que sembró con tesón en todos sus hijos casi desde la cuna misma. Y el antiguo conspirador y alzado no habrá dejado de transmitir consejo y experiencia a la nueva luchadora.

Así como la Celia niña lloró al saber que su padre se había marchado a las lomas a principios de los años 30, angustiada por los trabajos y peligros que tendría que afrontar, el padre ya septuagenario lloró también de ansiedad cuando supo un día que su hija se había incorporado a la tropa rebelde de Fidel. Las sendas lágrimas derramadas a más de un cuarto de siglo de distancia unas de otras, simbolizaron la hermosa síntesis generacional de dos trayectorias concurrentes. Cuentan que, ya en plena guerra, el viejo filántropo solía decir, ufano y sonriente, que antes Celia era conocida como la hija del doctor Sánchez, pero que ahora él había pasado a ser el padre de Celia Sánchez.

A la altura de noviembre de 1955, ya Celia tiene estructurado un sólido aparato clandestino en la zona de Pílon. Hasta entonces ha mantenido relaciones indirectas, a través de los responsables del Movimiento en Manzanillo, con Frank en Santiago y los demás niveles nacionales de dirección. Ha ampliado su esfera de contactos en la costa con militantes de Niquero, Media Luna y Campechuela, pueblos en los que el trabajo de organización no ha avanzado tanto como en Pílon. En cuanto a Manzanillo, en sus visitas relativamente frecuentes a la ciudad ha ido estableciendo vínculos de trabajo con otros cuadros del Movimiento como Micaela Riera y Adalberto Pesant, por ejemplo, que en los meses siguientes se convertirán en sus colaboradores más cercanos.

A principios de noviembre, Celia está presente en las primeras reuniones que tienen lugar en Bayamo y

Manzanillo, en ocasión de la visita de Ñico López, asaltante del cuartel de Bayamo el 26 de julio de 1953 y uno de los principales cuadros nacionales del Movimiento. El recorrido de Ñico tiene el propósito de dar un impulso al trabajo de organización en toda la región. En visitas a Niquero, Media Luna, San Ramón y Campechuela, quedan estructuradas las direcciones locales. Es significativo el hecho de que Ñico no consideró necesario llegar hasta Pilon. Obviamente, el criterio de la dirección provincial, compartido en los niveles superiores, es que los trabajos organizativos marchaban bien en ese lugar bajo la dirección de Celia.

En Manzanillo, se efectúa una reunión en el patio de la casa de Micaela Riera. Asisten los militantes ya comprometidos y un grupo numeroso de jóvenes ortodoxos que son citados especialmente. Esa noche y la siguiente, cuando se convoca un mitin en el Liceo Ortodoxo de la ciudad, la oratoria encendida de Ñico López gana para las filas del Movimiento a la inmensa mayoría de la juventud manzanillera que hasta ese momento había militado en el partido fundado por Chibás. La reunión del Liceo adquiere perfiles tan combativos que la Policía decide intervenir. Ñico y muchos otros asistentes resultan detenidos y encarcelados unos días.

Celia no está entre los que caen presos porque en esos días ha viajado de nuevo a La Habana. En la capital tiene de nuevo contacto con Ñico al regreso de éste de Oriente, y con otros miembros de la dirección del Movimiento. Cabe suponer que haya sido en estas reuniones de finales de 1955 cuando por primera vez se manejara con ella la idea de utilizar la zona de Pilon y Niquero como posible punto de llegada de la expedición con la que Fidel regresará a encender de nuevo la lucha contra la tiranía.

Incluso desde antes del Moncada, la Sierra Maestra figuraba en los planes de Fidel como el escenario propicio

para el desarrollo de la lucha guerrillera contra la dictadura batistiana. No sólo se trataba de un territorio relativamente amplio y de características topográficas ideales para ese tipo de lucha. Ubicada en la provincia de Oriente, baluarte tradicional de la rebeldía popular, y poblada por un campesinado disperso que constituía la muestra más elocuente de la explotación y el atraso del pueblo, la Sierra reunía también las condiciones sociales más favorables para el desarrollo vigoroso de la lucha revolucionaria, en la forma y con los métodos en que era concebida por Fidel.

Nunca hubo duda alguna en la mente de Fidel de la posibilidad de sostener una lucha exitosa, en el plano militar, en las montañas de Oriente. Era obvio suponer que la tiranía trataría de impedir el desarrollo de un núcleo guerrillero activo en una zona cualquiera del país, por aislada y remota que ésta fuera, pues su existencia impune tendería a desmoralizar el pilar fundamental del régimen tiránico — las fuerzas armadas y, en particular, el Ejército — y catalizaría la resistencia popular y la lucha de las masas. El Ejército enemigo se vería obligado a desplazarse a la montaña para tratar de liquidar la presencia guerrillera, pero su inmensa superioridad en hombres y recursos tendría una incidencia secundaria en un tipo de lucha en que los revolucionarios conocerían íntimamente el terreno, contarían con la información y el apoyo de la población campesina e impondrían sus tácticas a los tradicionales esquemas de un ejército regular. La misma dinámica de las victorias guerrilleras cada vez más significativas, impulsaría al enemigo a ir comprometiendo sus mejores fuerzas para lograr la destrucción de la guerrilla, creando así las condiciones para su propia derrota. En la Sierra Maestra podría quedar demostrado que, en el contexto de aquel momento histórico en Cuba, era posible mediante la lucha guerrillera derrotar el aparato militar de la tiranía

y provocar, en consecuencia, el colapso del régimen castrense.

En el orden estratégico, el problema fundamental a resolver era lograr en la práctica la concertación de la acción armada en las montañas con la lucha de las masas en todo el país. El éxito estaría dado por la capacidad que tuviera aquella vanguardia revolucionaria, encarnada en la guerrilla, de conducir a las masas del país por la senda de la revolución. Lo importante era dar a esa lucha dimensión de pueblo.

Desde que Fidel comenzó a elaborar los planes de la expedición que llevaría la guerra al país, una de las premisas tácticas fue que el punto de llegada o desembarco debería ser próximo a la Sierra Maestra. En la decisión final intervinieron factores diversos. En primer lugar, de orden geográfico. La costa entre Niquero y Pílon, en relación con la Maestra, era la más cercana al punto de partida de la expedición en México. Era una zona remota, apartada, en la que normalmente no se movían fuerzas enemigas considerables. Los puestos de la Guardia Rural en esas dos poblaciones, el cuartel de Media Luna y la dotación de la Marina de Guerra en Cabo Cruz, eran las únicas fuerzas permanentes en esa parte del país.

El otro factor era de orden humano, y se resume en un nombre: Celia.

El Movimiento de Pílon, bajo la dirección de Celia, era ya una entidad reconocida. Su propia existencia y pujanza eran la demostración más elocuente del sentido de organización, la habilidad y seriedad de la esforzada revolucionaria. De la mano de Celia, y aprovechando su posición y relaciones, el Movimiento podía ser capaz de preparar el recibo de la expedición de forma tal que pudieran apoyarse desde los primeros momentos las acciones que se llevaran a cabo y asegurarse el

internamiento posterior del destacamento expedicionario en su teatro de operaciones de la Sierra Maestra.

Sobre los hombros engañosamente frágiles de la inquieta luchadora, recaerá la responsabilidad gravísima de preparar las condiciones que puedan garantizar el éxito de todo el plan para el inicio de la nueva fase de la lucha, y asegurar quizás la vida misma de Fidel y los demás expedicionarios. Como quedará demostrado por los hechos, Celia estará a la altura de esa responsabilidad y esa confianza. Su labor de organización de la red de recepción del desembarco del "Granma", la proyectará a los primeros planos de la Revolución Cubana, posición cimera que sabrá mantener a partir de ese momento hasta su muerte por obra de su esfuerzo, su abnegación, su lealtad inquebrantable con Fidel y con el pueblo.

•

Un día a principios de enero de 1956, llegan a Pilon Frank País, Pedro Miret, Manuel Echevarría y Andrés Luján. Miret estaba encargado por Fidel de evaluar más concretamente, junto con Frank, las condiciones de la zona como posible destino de la expedición revolucionaria que para esa fecha ya se preparaba en México. Luján, quien al igual que Echevarría habría de integrar el destacamento expedicionario, era también,



Frank País

como éste, militante del 26 de Julio en Manzanillo. Provenía de las filas de la Juventud Ortodoxa, y por este hecho y por un cierto parecido físico con el líder muerto era conocido con el sobrenombre de “Chibás”.

En el Mango Bar del patio de la casa de los Sánchez en Pilón, al amparo de miradas indiscretas por la bóveda frondosa del añejo árbol, tienen lugar las conversaciones entre los visitantes y Celia. Fue en esta ocasión cuando Celia conoció por fin personalmente a Frank, y sin duda, desde el primer momento, se ratificó el sentimiento recíproco de admiración y respeto entre ambos, y se estableció una corriente de mutua simpatía.

Como resultado de estas discusiones, Celia recibe formalmente la encomienda de realizar todo el trabajo que fuere necesario en la zona para garantizar la entrada sin contratiempos de la expedición que traerá Fidel. Se valoran en detalle los cursos de acción a tomar, entre ellos la preparación militar elemental de los cuadros del Movimiento en la costa para que estén en condiciones de apoyar activamente, llegado el momento, a los expedicionarios, así como el establecimiento de enlaces y contactos de confianza entre la población campesina de la zona, que puedan servir de prácticos o brindar cualquier otro tipo de ayuda. Celia queda facultada, como coordinadora de toda esta preparación, para proponer y ejecutar otras disposiciones que considere convenientes, actuando siempre en relación con Frank y bajo la orientación general y directa de éste desde Santiago. Queda entendido que su esfera de competencia rebasa el marco concreto de Pilón, y abarca todo el aparato clandestino del Movimiento en la costa incluido Manzanillo, que debe servir como una especie de base general de operaciones.

Aprovechando la autorización que le ha dado el dueño del central para usar su lancha privada cada vez que se le antoje, Celia acompaña a Frank, Miret y los dos manza-

nilleros en un bojeo y exploración cuidadosa de toda la costa, desde Marea del Portillo hasta Niquero, con la intención de localizar los puntos específicos por donde sería más factible un desembarco. La travesía no está libre de incidencias, pues es la época de invierno y cuando regresan por la tarde los sorprende un fuerte mal tiempo.

Puede decirse que, a partir de este momento, Celia emprende una labor casi frenética e incansable. A lo largo de todo este año de 1956, su actividad fue tan multifacética que no parece posible poder reconstruirla en todos sus detalles. Por fuerza habrá que referirse solamente a los aspectos más generales e importantes.

Lo primero es crear y fortalecer la red de personas –militantes del Movimiento o colaboradores– comprometidas específicamente con el recibimiento y apoyo de la expedición. En ese sentido, Celia hace un cuidadoso análisis, a partir de las orientaciones de Frank sobre las diversas variantes que pudieran ejecutarse en el plan trazado para el desembarco, de cuáles serían las necesidades básicas que surgirían a la llegada de los expedicionarios, y arriba a la conclusión de que son tres: apoyo militar en acciones combativas concretas – como la posible captura de los cuarteles de la costa –, facilidades de transporte para el rápido traslado de los combatientes bien hacia la montaña o a lo largo del camino de la costa, y, finalmente, ayuda de la población campesina en abastecimientos, uso de casas y fincas como campamentos, información y servicios como prácticos. Una vez definidas estas necesidades, la actividad inicial de Celia se encamina hacia el aseguramiento del personal y los medios necesarios para garantizar cada una de estas tres direcciones esenciales.

En lo que respecta a la preparación militar de grupos de combatientes que puedan apoyar las acciones que se emprendan después del desembarco, la actividad de Celia

se concentra a lo largo de estos meses en fortalecer las células de acción en todas las localidades de la costa: Pilón, Niquero, Media Luna, San Ramón y Campechuela. En el caso de Pilón, y en general también en los demás lugares, aplica el procedimiento de ir formando con los elementos más jóvenes y decididos células independientes del resto de la organización, cuya única misión es organizarse y prepararse para cuando llegue el momento de apoyar con acciones concretas el desembarco. Se trata posiblemente de un esquema sugerido por Frank, quien siempre procuró mantener una cierta compartimentación de funciones entre los cuadros del Movimiento, en particular en el caso de los grupos de acción.

Como resultado de este trabajo de reclutamiento y organización, en los días previos al desembarco el Movimiento disponía en toda la costa de células relativamente numerosas de militantes listos para entrar en acción, que en muchos casos estuvieron incluso acuartelados en espera de la orden de lanzarse a combatir. Así fue, por ejemplo, en Niquero, donde este trabajo de preparación se llevó a cabo con notable eficiencia, y en Campechuela, donde también el Movimiento llegó a contar con un fuerte grupo de apoyo.

A medida que se iban nucleando estas células en los distintos lugares de la costa, sus miembros empezaron a realizar un entrenamiento militar básico que, por lo general, estaba a cargo de alguno de los responsables locales o de un cuadro del Movimiento enviado desde Manzanillo. En el caso de Pilón, por ejemplo, actuó ocasionalmente de instructor Víctor Boronat, militante manzanillero. Otras veces era la propia Celia quien dirigía algunas de estas sesiones en que los futuros combatientes aprendían a arrastrarse hacia un objetivo y practicaban el tiro. Los entrenamientos se efectuaban en lugares apartados de las lomas que rodean el pueblo de Pilón, y

nunca fueron descubiertos. No obstante, no dejó de haber una cuota de sobresaltos y de alarmas concretas en ocasiones en que llegó al lugar la noticia de que el sargento Matos andaba patrullando por la zona, o visitando el ganado que había ido adquiriendo no por cierto con su estrecho sueldo como jefe del puesto de la Guardia Rural.

A medida que se fueron perfilando los planes, la misión de estos grupos quedó definida. Una de las variantes del plan elaborado por Fidel para el desembarco, contemplaba la captura por sorpresa de los pequeños cuarteles de la costa, en primer lugar los de Niquero, Pilón y Media Luna. Los grupos de acción del Movimiento deberían apoyar a los expedicionarios en estos asaltos y cortar todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas con Manzanillo para impedir la llegada de un aviso a esta ciudad y el envío de refuerzos. De ser posible, se ocuparían también de obstaculizar el tránsito de tropas enemigas por el camino de la costa. Una vez cumplidas estas misiones, estos grupos se irían sumando al contingente expedicionario.

Un aspecto importante de estos preparativos militares consistía en la obtención de una parte de las armas y parque necesarios para poder realizar estas acciones, ya que, según Frank había informado a Celia, los expedicionarios traerían consigo pertrechos suficientes para completar el equipamiento de los grupos de la costa. Celia participó activamente en esta búsqueda de armas, que se realizaba a veces por compra o a veces por ocupación violenta del fusil de algún guardia que era asaltado a tal efecto.

Otra actividad de apoyo no menos importante era el acopio de toda la información que pudiera ser útil a los expedicionarios. En esto Celia obtuvo logros resonantes. En una ocasión logró sustraer de un barco portugués anclado en Pilón las cartas náuticas de toda la zona entre

Marea y Niquero, y las hizo llegar a Pedro Miret en La Habana para que se las llevara consigo a México. En la misma forma obtuvo otras cartas y mapas de la zona sustraídos de las oficinas del central "Cape Cruz". Algunos de estos documentos fueron ocupados por el enemigo en el "Granma" después del desembarco.

Un aporte significativo en términos de información fue el contacto directo establecido por Celia meses antes del desembarco con Randol Cossío — conocido de Celia desde la infancia y hermano de la que había sido su maestra —, quien era el piloto personal del coronel Alberto del Río Chaviano, jefe del Regimiento Número 1 en Santiago de Cuba. Cossío suministró durante mucho tiempo los partes diarios de los movimientos de las fragatas y guardacostas de la Marina de Guerra de la dictadura. Esta información permitía deducir los esquemas operacionales de patrullaje naval de la zona donde debía efectuarse el desembarco, y podía resultar determinante en la decisión del punto exacto, día de la semana y hora en que era más factible realizarlo con un riesgo mínimo de detección. En este mismo orden de cosas, Celia dio instrucciones a los grupos de acción que iba formando para que mantuvieran una vigilancia permanente de los cuarteles y puestos enemigos en la zona, a fin de determinar los horarios de cambios de guardias, los dispositivos de custodia, las frecuencias e itinerarios de los recorridos y patrullas, la cantidad de efectivos y armamento, y todas las demás informaciones útiles a la hora de planificar la toma de esas instalaciones.

En cuanto al problema de garantizar la más rápida movilidad posible del destacamento expedicionario, Celia se da a la tarea de comenzar a organizar una red de vehículos que en el momento del desembarco pudieran estar situados convenientemente en espera del contingente para moverlo hacia donde fuere preciso. Buscó su punto de apoyo fundamental en los camioneros que tiraban las

cañas de los centrales de Niquero y Pílon, a muchos de los cuales fue comprometiendo en los preparativos. Otra posible fuente que exploró fueron los choferes de las camionetas y jeeps de las propias oficinas administrativas de esos centrales. Puede juzgarse el fruto de este trabajo de Celia por el hecho de que, llegado el desembarco, el Movimiento contaba con varias decenas de camiones y otros vehículos localizados en Pílon, Niquero, Belic y otros lugares de la costa, provistos incluso de una reserva de combustible, y listos para transportar a los 82 combatientes del “Granma”. De no haberse producido el contratiempo de la caída al agua de uno de éstos la noche antes del desembarco, con la consiguiente pérdida de tiempo y gasto de combustible en su rescate, el yate hubiera podido fondear en el pequeño muelle que existía en la playa de Las Coloradas — a dos kilómetros apenas del lugar donde se produjo el desembarco —, los expedicionarios hubiesen hecho contacto con el personal que estaba esperando, se habrían movilizad los vehículos prevenidos en Belic, y la suerte del destacamento en su conjunto hubiese sido otra.

Pero, sin duda, el aporte más valioso de Celia a la expedición del “Granma” fue su laborioso trabajo de preparación de la red de colaboradores campesinos en la zona. En cierta forma, a Celia no le era particularmente difícil establecer estos contactos. En su condición de hija del único médico que había en Pílon, conocía a casi todas las familias campesinas de los alrededores del pueblo. Pero más importante es el hecho de que era persona apreciada y querida en esos hogares por su trato cariñoso cuando alguno de ellos acudía a la consulta del doctor Sánchez en su casa del pueblo, por el interés que se tomaba en sus problemas, por el desvelo y la preocupación que manifestaba en cada ocasión. Por eso, a la hora en que tuvo que acudir en busca de apoyo, Celia encontró un

terreno fértil. No cabe duda de que otra persona no habría logrado obtener la misma colaboración que Celia organizó entre sus amistades campesinas.

A esto hay que añadir, desde luego, que el campesino serrano estaba naturalmente predispuesto como clase a luchar contra un régimen que lo oprimía y explotaba de manera especialmente brutal, y a luchar en particular contra esa personificación maldita de su explotación que era el guardia rural. De ahí que no era extraño que ese campesino estuviera en disposición de dar apoyo a quien venía precisamente a combatir contra ese enemigo común. Muchos de ellos, por otra parte, habían oído de Fidel y del Moncada, y tenían puesta su esperanza en que esta vez no habría claudicaciones ni engaños en la lucha. A algunos los movía a colaborar su simpatía por Chibás y la Ortodoxia, o incluso por Grau y el Autenticismo: el común denominador en estos casos era su posición contra Batista.



Guillermo García. Mayo de 1957 en la Sierra Maestra.

Celia logró comprometer en esta empresa a algunos elementos clave que le permitieron ampliar considerablemente la red de apoyo al desembarco que estaba empeñada en construir. Uno de éstos fue Guillermo García, campesino del Plátano, conocedor palmo a palmo de la zona del río Toro

—cuya desembocadura era uno de los puntos más propicios para el desembarco— y persona de muchas relaciones en todo Pilón y Niquero en virtud de su actividad como comprador de ganado. Guillermo, además, tenía ya cierta experiencia en acciones emprendidas en Pilón con los trabajadores cañeros del central, y le era posible nuclear un grupo importante de colaboradores. Es él la persona a la que Celia confía la responsabilidad de preparar las condiciones para esperar el desembarco en el tramo de la costa comprendido entre la Boca del Toro y Pilón, y organizar la red de apoyo en El Plátano, La Manteca, Durán, Ojo del Toro, Las Puercas y otros lugares por los que quizás tuviera que pasar el contingente expedicionario después del desembarco.

Otra de las medidas más hábiles de Celia fue recabar la ayuda de Cres-



Crescencio Pérez

cencio Pérez. Era ésta una figura ya casi legendaria en la zona en esa época. Viejo luchador contra la Guardia Rural desde la época de Machado, Crescencio había estado alzado en el monte un sinnúmero de veces, y sólo en una ocasión las fuerzas represivas habían logrado capturarlo. Su fuga espectacular de la cárcel había contribuido en buena medida a su leyenda. Con la ayuda de sus muchos parientes y no menos numerosos compadres en la zona, pudo mantenerse viviendo en su casa de Ojo de Agua de Jerez, en el camino entre Media Luna y Pilón, de hecho al

margen de la ley. Para la Guardia Rural, que había aprendido a dejarlo tranquilo, Crescencio era un personaje que inspiraba a la vez fascinación y temor. Respetado por muchos y temido por otros, casi todos los campesinos de esa parte de la montaña –de muchos de los cuales era, además, compadre por haber bautizado a sus hijos– lo conocían y amparaban. Nadie mejor que él, por tanto, podía obtener el compromiso de colaboración de muchos de los vecinos de la zona en la atención al grupo expedicionario.

En los primeros meses de 1956, Celia hace contacto con Crescencio a través de Juan León, pariente del patriarca campesino. En Pilón tiene lugar la primera entrevista personal, de la que Celia sale ya con la garantía de que Crescencio ayudará en todo lo que esté a su alcance. Quizás hayan contribuido a este rápido acuerdo el inveterado espíritu de rebeldía del viejo luchador, por una parte, y el formidable poder de persuasión de Celia, reconocido por todos los que la conocieron, por otra, así como la circunstancia de ser ella hija de un compañero de luchas antimachadistas y el hecho de que Ignacio, el hijo predilecto de Crescencio, ya estaba metido en los afanes conspirativos entre los camioneros que tiraban caña en Pilón.

Por intermedio de las gestiones de Crescencio, Celia puede ampliar considerablemente la red de colaboradores campesinos en zonas tan cruciales como Belic, Ojo de Agua, Alegría de Pío, Río Nuevo, Las Palmonas, Santa María, Guaimaral, Ceibabo, Convenencia, El Mamey, Palmarito, Sevilla, Las Cajas y otros puntos en la ruta general que tendrían que seguir los expedicionarios en su marcha hacia las zonas más intrincadas de la Sierra. A mediados de 1956, Crescencio e Ignacio realizan un extenso recorrido por la montaña, que los lleva hasta el río Palma Mocha, cerca del Turquino. Entre otros lugares,

pasan por Purial de Vicana, El Cilantro, El Ají, La Caridad de Mota, La Habanita, el Lomón, Caracas, El Coco, El Jigüe y La Plata, siguiendo una ruta muy próxima a la que emprenderá la columna guerrillera en las primeras semanas de la guerra, y dejan establecidos contactos que luego serán de gran utilidad.

Celia había obtenido también la colaboración de Mongo Pérez, hermano de Crescencio y militante ortodoxo destacado. Mongo vivía en Cinco Palmas, dentro ya de la Sierra, donde tenía una tienda, siembras de café y ganado. La posición del lugar, las características de la finca –en la que se podía mantener oculto un grupo grande sin peligro de que fuera descubierto– y la confianza que se podía depositar sin reservas en este campesino, fueron los factores que determinaron que Celia recomendara la casa de Mongo Pérez como punto de concentración, reorganización y descanso de los expedicionarios antes de penetrar en la Sierra para iniciar la campaña guerrillera. Así se lo hizo saber a Frank, quien lo informó a Fidel en las conversaciones que ambos sostuvieron en México en agosto de 1956.

Es conocida la importancia trascendental que tuvo esta colaboración campesina organizada por Celia en el desarrollo de los acontecimientos posteriores a la dispersión del destacamento expedicionario en Alegría de Pío, y su contribución decisiva al reagrupamiento de los combatientes que iniciaron después la lucha en las montañas. Muchos expedicionarios del “Granma” debieron sus vidas a aquellos campesinos comprometidos con la red clandestina de recepción del desembarco. El hecho fortuito de haber venido a caer la expedición en el mangle, en un lugar que no estaba entre los previstos, y el consiguiente desajuste en los planes, impidió a esa red actuar en los primeros y más cruciales momentos. Pero no es exagerado decir que si Fidel, Raúl, Almeida y el

puñado de combatientes que los acompañaban, lograron reunirse en pie de lucha en la finca de Mongo Pérez en los días finales de diciembre de 1956, ello se debió no sólo a la voluntad, el coraje y el espíritu de lucha de esos hombres, sino también en gran medida al trabajo tenaz y minucioso de Celia desde meses atrás, y a la organización, disciplina y decisión de aquellos campesinos, hombres y mujeres, que en el momento más difícil cumplieron su palabra.

Si bien este trabajo de organización entre los campesinos fue una de las preocupaciones esenciales de Celia durante los meses anteriores al Granma, hay que señalar que esa labor se extendió también a los trabajadores agrícolas e industriales de los centrales de la costa. En este sentido, la propia Celia narró una vez lo siguiente:

Teníamos organizado cada central por sectores, con un responsable, que abarcaba los obreros de la industria, los obreros agrícolas, los campesinos, pescadores y estudiantes. Con los obreros agrícolas de la industria hicimos un gran movimiento en las elecciones sindicales que estaban señaladas para febrero de 1956, pero que se suspendieron para agosto. Nos propusimos tomar las direcciones sindicales, y creo que no estuvimos lejos de ello. Porque fuimos sorprendidos. Un día llevan a los cuarteles a cada candidato a la Secretaría General del Sindicato, ante una comisión militar, presidida por el teniente Suárez, muy conocido en los hechos del Moncada, y por un dirigente sindical que tenía prestigio entre los obreros azucareros de toda la zona. Los cuestionaron aquel día y los amenazaron a irse de todos aquellos alrededores. Allí mismo, ese mismo día, constituyó el Ejército, en los cuarteles, las direcciones sindicales. Así

fueron aquellas elecciones. Nuestros candidatos se dieron a la clandestinidad.

Celia también desarrolló una intensa actividad en esta etapa en Manzanillo. Con la ayuda de Micaela Riera, designada tesorera del Movimiento en la región, emprende una campaña vigorosa en busca de contribuciones en dinero al Movimiento para apoyar, en particular, los gastos que suponen todos los preparativos relacionados con el desembarco. A través de Quique Escalona, organiza a los trabajadores bancarios de la ciudad en actividades de recaudación de fondos y otros trabajos de apoyo. Por intermedio del doctor René Vallejo, su amigo de Manzanillo y ahora médico en esa ciudad, consigue la colaboración de muchos médicos. Con el concurso de varias mujeres manzanilleras, prepara uniformes, mochilas, brazaletes y banderas. Reúne medicinas, catres, sábanas, frazadas, botas y muchas otras cosas que puedan ser útiles llegado el momento de comenzar la lucha.

Como cabe imaginar, todo este ingente trabajo de organización y preparación suponía una actividad incesante por parte de Celia. Entre recorridos y contactos, prácticas de tiro, estancias en Manzanillo y viajes a Santiago y La Habana, la infatigable organizadora no se detuvo a descansar un instante en todos estos meses. En estas circunstancias no había mucho tiempo ni posibilidad de dedicar atención a otras cuestiones personales o familiares. A partir de esta época, y para siempre, la vida de Celia estuvo dedicada por entero a la Revolución.

Fue en uno de esos viajes a La Habana, ya en los meses finales de 1956, cuando Celia decidió plantear a Armando Hart y otros compañeros de la dirección del Movimiento, su deseo de partir hacia México y regresar con la expedición. A estas alturas, consideraba que el trabajo preparatorio que le había sido encomendado estaba

terminado. Su mayor aspiración ahora era correr los mismos riesgos que Fidel y sus compañeros, compartir en calidad de un combatiente más las emociones, durezas y peligros de la navegación, el desembarco y el inicio de la lucha. Pero Frank, con quien ya había discutido el asunto, se opuso rotundamente, pues entendía que su presencia en la zona sería vital en el momento de la llegada de la expedición. Disciplinada, como siempre, Celia renunció a esa ilusión y regresó a Manzanillo a continuar ultimando todos los preparativos.

Ya en estos momentos, el enemigo ha comenzado a tomar conciencia del papel central que ella desempeñaba en la actividad del Movimiento en la región. Celia se ve obligada a pasar a la vida clandestina en Manzanillo, desde donde sigue dirigiendo la labor en el resto de la costa. Allí le llegará un día el aviso de que ya Fidel está en camino.



En una de las casas manzanilleras utilizadas por Celia como centro de operaciones clandestinas, entre los meses de junio y julio de 1957.



7

El 29 de noviembre de 1956, Frank manda buscar a Beto Pesant, uno de los principales cuadros del Movimiento y colaboradores de Celia en Manzanillo. Ya se ha recibido en Santiago la noticia cablegráfica en clave de que la expedición ha salido de México. Sin esperar el regreso de Pesant, Celia cursa aviso a todas las células de la costa y los centros principales de la red campesina de recepción del desembarco.

De alertar a la costa se encarga Lalo Vázquez. Pasa por Campechuela y trasmite la orden al jefe local del Movimiento. La orientación es tener preparados a los combatientes en espera del aviso definitivo para entrar en acción y cortar las comunicaciones telefónicas y telegráficas con Manzanillo. En Media Luna las órdenes no se dan con tanta claridad, pues hay sospechas de que el enemigo ha logrado penetrar en las filas del Movimiento. Lalo sigue viaje hacia Niquero, donde sostiene una reunión, en la nevera de una planta de hielo en desuso, con Manolo y Roberto Fajardo, Eisler Leyva y otros militantes, encargados de movilizar a las fuerzas con que cuenta el Movimiento en el pueblo.

Ya es 30 de noviembre, y comienzan a llegar las primeras noticias del levantamiento en Santiago de Cuba, dispuesto por Frank para apoyar el desembarco y distraer las fuerzas enemigas. Sin embargo, ni en Niquero ni en ningún otro punto de la costa se sabe nada de la

expedición. Lalo sigue hacia Pílon pensando tener allí noticias de Celia, pero Acacia le dice en la casa que su hermana ha de estar en Ojo de Agua de Jerez.

Celia, en efecto, había salido de Manzanillo al producirse el regreso de Pesant con la confirmación de que la expedición estaba en ruta hacia Cuba. En Media Luna, en casa de Wilfredo Lara, se prepara una comida y se encienden todas las luces para que parezca que hay fiesta, y allí se reúnen Celia, Pesant y César Suárez con los principales cuadros del Movimiento en el pueblo. Luego Celia y sus acompañantes siguen en un jeep a reunirse con Crescencio e Ignacio en Ojo de Agua de Jerez para esperar allí la llegada de Fidel y sus compañeros de México.

Aparece Lalo en la tarde del 30. La noticia de las acciones en Santiago preocupa a Celia, pues la orientación que conoce es que el levantamiento se produciría al saberse que había tenido lugar el desembarco. Incluso Frank le había advertido que podía ocurrir que se enterara por la radio de la noticia de lo de Santiago antes de conocer del desembarco, lo cual querría decir que la expedición había llegado por otro punto de la costa fuera de la zona que estaba prevista.

No obstante, Celia decide seguir aguardando unas horas más. Guillermo, alertado por ella, está a la expectativa en la zona del río Toro. Crescencio ha avisado a todos sus contactos. El resto de los grupos de recepción están preparados, y dispuestos, además, en caso de que se reciba la orden, a atacar simultáneamente los cuarteles de Niquero, Pílon y Media Luna. Todos esperan ansiosos, pero las horas siguen pasando y no ocurre nada.

Por fin, en la tarde del día 1º de diciembre, Celia decide que no puede seguir esperando. Cursa instrucciones a todos los militantes acuartelados en Niquero y demás pueblos que regresen a sus casas y sus actividades

normales para no despertar sospechas, y emprende con Pesant el regreso a Manzanillo. Su intención es seguir viaje a Santiago para conocer directamente de Frank qué ha ocurrido con la expedición y cuáles son las orientaciones en la nueva situación.

Sin embargo, en la mañana del día 2, a la misma hora en que los expedicionarios del "Granma", hambrientos y debilitados por la semana de penosa travesía, se debaten entre el mangle de Los Cayuelos, cerca de Las Coloradas, Celia es detenida en Campechuela. Nadie mejor que ella misma puede narrar lo que ocurrió después. Este es el relato hecho por Celia en una de las poquísimas ocasiones en que accedió a hablar de sí misma quebrantando su acendrada modestia:

Cuando llegamos a Campechuela, Pesant fue a ver a algunos compañeros del Movimiento y yo mandé a buscar a otros para verlos allí. Quedamos Pesant y yo en vernos en un puentecito del camino, de la carretera que iba de Campechuela a Manzanillo, después que él viera a su gente y yo a la mía.

Yo me situé en un lugar muy céntrico, donde afluían muchas máquinas y de donde salían las guaguas. No sé bien si fue un cafetín que había allí o si era un hotel, yo sé que era una esquina [el café y bar frente al hotel]. Me estuve moviendo entre el barullo de gente que llegaba. Como andaba en esa facha, yo no pensé que nadie me fuera a conocer. Sí se filtró en Campechuela la noticia de que yo había llegado, o alguien me conoció, porque le avisaron a Quique, mi hermano [Manuel Enrique], y se fue para Campechuela a ver si hacía contacto conmigo, se encontró creo que fue con el cura de Media Luna, que estaba por allí y lo mandó a buscar y le dijo:

“Tenemos conocimiento de que a Celia la están buscando y dicen que la tienen que entregar muerta”, y le dijo que me avisara. Él [Quique] estuvo por Campechuela, yo lo vi pasar, pero no quise llamar la atención, no me quise dar a conocer con nadie.

Y estando allí, de momento un revolico muy grande. Yo no sabía qué era. Eran tres perseguidoras de Manzanillo, con la policía, con unas cananas por aquí, ametralladoras, un despliegue... El primero que entra y me ve es un guardia que tenía fama de plan de machete, de cómo había reprimido las luchas obreras, de cómo había torturado, tenía una fama muy grande. Hasta su físico era desagradable, tenía la cara así como picaraceada de viruela y una cicatriz grande. Él me conocía a mí de toda la vida. Su padre había estado muy grave de tifus y Papá fue el médico. El padre se salvó, y parece que él guardaba un agradecimiento con Papá por la vida de su padre. Llega, me miró, se sorprendió y yo me dije: “Aquí mismo me cogieron”. Pero él no dijo nada.

Yo pensé que los demás que iban a venir no me iban a conocer, pero me identificaron inmediatamente. “Está aquí.” Cogida. Me sentaron allí, me pusieron uno de cada lado. Había una puerta en la esquina y pusieron dos tipos en esa esquina, y en las otras dos puertas. Como un señuelo me dejaron allí, a esperar la gente que viniera para irla agarrando.

Yo temía mucho que Pesant viniera de nuevo y que, además, la gente del Movimiento en Campechuela fuera a hacer contacto conmigo, porque Pesant les iba a avisar que vinieran donde yo estaba. Yo me vi allí agarrada, y sabía que me

iban a matar de todas maneras y que me iban a torturar. Y desde ese momento pensé en cómo escapar de aquello. Pero me veía muy acorralada.

Había una vidrierita donde vendían cigarros, fósforos, chicles, caramelos y esas cosas. Entonces, fui a encender un cigarro y le pedí permiso a uno de los guardias para pararme a comprar una caja de fósforos. Compré la caja de fósforos y vine a sentarme otra vez. Encendí el cigarro, y entonces le pregunté a la muchacha que estaba en la vidrierita: “¿Tú tienes chicles?”, y me dijo que sí. Volví a pedir permiso: “Voy a comprar una caja de chicles”, y no acabé ni de cogerlos ni de pagarlos, porque la vidriera estaba pegada a la misma puerta donde estaba uno de posta, y cuando me levanté y fui a la vidrierita, prendí una carrera. Había una acera alta y allí mismo me tiré y empecé a correr.

Parece que la sorpresa y el alharaco los paralizó y no sabían qué hacer, si tirarme o no. Sé que corrieron detrás de mí, que la gente allí se alborotó, porque ya estaba muy alborotada, todos los vecinos salieron gritando a la calle, tiraban puertas, otros se encerraban, gritaba la gente, y yo por toda la calle corre y corre y corre. La Policía atrás. Tiraron dos tiros al aire. Yo corrí, doblé una esquina, doblé otra. Nunca pensé meterme en una casa, porque me acorralaba. Y corrí, corrí, corrí, doblo una esquina y otra y otra, hasta un solar lleno de hierba. Ahí mismo aterricé y me quedé tranquilita para que no se moviera la hierba, porque era muy bajita. Me quedé ahí.

Cuando vi que pasó un rato y pensé que ya por allí no había nadie, me seguí arrastrando y arrastrando hasta entrar en un marabusal. Las matas estaban muy altas, y pensé que

arrastrándome dentro yo podía aguantar las espinas, pero que allí los guardias no se iban a meter a perseguirme.

Entonces ya me desorienté. Quería orientarme por el oído, buscando ruido de carros. Me seguí arrastrando y a cada rato me paraba. Así estuve varias horas. Cuando sentí ruido fui a salir del marabusal y me encontré que estaba en el patio del cuartel de Campechuela. Volví hacia atrás, y caminé mucho otra vez, pero ya sabía dónde estaba. Seguí arrastrándome hasta ir a la carretera, y me quedé en una hierba baja de la que podía sacar la cabeza cada vez que sentía el ruido de un carro. Había mucho movimiento de tropas. Era el día del desembarco.

Vi una máquina que venía y me asomé, y vi que era un civil, y salí a la carretera y le hice seña que parara. Resultó ser un señor llamado Graña que yo conocía de Manzanillo, que tenía un taller al que yo iba mucho; me había tapizado los asientos de mi máquina y me había hecho otros arreglos. Cuando me vio en aquella facha se sorprendió. Le pregunté si me podía llevar a Manzanillo, y le digo: "Ay, Graña, lo que pasa es que la máquina se me rompió, ha llovido por ahí y mire la facha en que ando."

Me dice que me lleva y me monto. Le digo que en el camino nos vamos a encontrar un compañero que fue a Manzanillo a buscar la pieza de la máquina. Y entonces nos encontramos con Pesant en el puentecito y lo montamos también. Pero no podíamos entrar a Manzanillo en la máquina. No sabíamos en las condiciones que estaba. Nos bajamos antes de llegar y cogimos Pesant y yo el monte hacia adentro a ver cómo salíamos a Manzanillo. Salimos a un cañaveral y

seguimos hasta el aeropuerto. Nos orientamos de nuevo y fuimos a dar a Barrio de Oro, a la casa de un compañero del Movimiento. Allí pasamos el resto de la noche.

Al día siguiente, Celia y Beto Pesant cambian de escondite. Pero aún no han logrado hacer contacto con los responsables del Movimiento ni obtener información cierta de la situación. Por otra parte, las espinas de marabú que Celia tiene enterradas en todo el cuerpo han comenzado a infectarse. Al amanecer del día 4, Celia decide que lo mejor es que cada cual trate de entrar a Manzanillo por su cuenta. Con muchas precauciones y algunos tropiezos, logra finalmente llegar a la casa de Cira Escalona, en la calle Luz Caballero, uno de sus centros de operaciones clandestinas. Viene con fiebre alta, mucho dolor de cabeza y todo el cuerpo hinchado, sobre todo la cabeza y las piernas llenas de espinas infectadas. Como decía la propia Celia, las espinas que se ven en la corona de Cristo las tuvo ella en todo el cuerpo. Mandado a buscar, un médico la atiende y le cura las heridas.

A partir de la noche del propio día 2, se ha comenzado a divulgar estrepitosamente la noticia de la muerte de Fidel en el desembarco. La reacción de Celia es característica de su personalidad y su confianza: desde el primer momento se niega a creer que Fidel ha muerto. No quiere saber de lágrimas, lamentos ni caras largas, y ella misma da el ejemplo y trata de infundir ánimo a los que la rodean y los que acuden a verla.

Ahora, su preocupación principal es hacer contacto a toda costa con los expedicionarios, y así lo ratifica a sus enlaces en Niquero y Pilón. La red campesina en la zona no ha estado ociosa en estos días. No obstante, el cerco establecido por el enemigo a partir del día 3 y las estrictas medidas de control tomadas en la zona del desembarco

—donde llegan a concentrarse alrededor de mil soldados—, han dificultado los movimientos de los militantes y colaboradores campesinos que andan en busca del destacamento. El día 5 se produce el combate en Alegría de Pío y la dispersión del contingente expedicionario.

Mientras no se produce el contacto con la expedición, a Celia le resulta imperativo acabar de discutir con Frank el curso a seguir. Se corta el pelo, se hace melena y cerquillo, se ata a la cintura una barriga postiza que le preparan a la carrera, y se viste con una bata de maternidad. Así disfrazada, acompañada por Geña Verdecia, sale en guagua hacia Santiago. A continuación, el relato que hizo Celia una vez de este viaje lleno de peligro:

La guagua paró en el cuartel del Cobre, y vinieron los guardias a hacer el registro y ver el pasaje. Las únicas pasajeras éramos Geña y yo. Los guardias le ofrecen café al chofer. Digo yo: “¿Y al pasaje no?” Yo lo que quería era buscar información. Dicen: “Bueno, también.” Y bajamos. Dice el chofer: “Deje, se lo traemos aquí.” “No, no, bajamos.” “Mire, tenga cuidado, que hay que saltar trincheras y barricadas de sacos.” Entonces vino un soldado y me ayudó a pasar y brincar. Yo con mi barriga y con miedo de que se me fuera a caer. Llegamos a la cocina del cuartel, enseguida buscaron un taburete. Me fui a recostar y me dijeron: “No se recueste, que eso es peligroso, se puede caer.” Y ahí tomamos el café que nos colaron y conversamos sobre el desembarco, y Alegría de Pío, y cómo habían acabado con esa gente y todo había pasado.

Celia se entrevista con Frank en Santiago y acuerdan esperar. De regreso a Manzanillo, a lo largo de estos días

de angustiosa indefinición, la seguridad que ella trasmite sobre la suerte de Fidel inyecta optimismo a todos los cuadros del Movimiento. Sin embargo, fueron días muy largos y difíciles. Poco a poco, se empiezan a recibir los primeros avisos de que algunos expedicionarios han logrado escapar del cerco enemigo y están siendo atendidos en casas campesinas amigas. Se sabe, además, de los que han sido capturados. Se empiezan a conocer también, después de las masacres del día 8 en Boca del Toro, Macagual y Pozo Empalado, las primeras informaciones sobre los crímenes atroces que se han cometido contra muchos de los combatientes. Cada nueva noticia es otro puñal de angustia, pero también una esperanza. De Fidel no se dice nada a ciencia cierta. No se ha mostrado su cadáver. Celia sabe que cada día que pasa es un argumento más en favor de su convicción de que Fidel está vivo y no ha sido capturado. Pero, así y todo, es muy grande la agonía de la incertidumbre.

•

No es sino el 19 de diciembre cuando Celia recibe confirmación cierta de que Fidel no sólo vive, sino que está a salvo en manos seguras. Ese día llega Mongo Pérez a Manzanillo con la noticia de que Fidel y otros dos compañeros están en su finca en Cinco Palmas desde el día 16, y que dos días después había llegado otro grupo de expedicionarios al frente de los cuales marchaba Raúl Castro.

No hay que esforzar la imaginación para suponer cómo fue recibida la llegada de Mongo a la casa donde se ocultaba Celia en ese momento. Abrumado a preguntas, el campesino relata lo que conoce de las incidencias de la expedición antes y después de Alegría, e insiste en que Fidel ha planteado apoyo inmediato del Movimiento en

parque, dinero, ropas y calzado, y tiene la intención de esperar unos días más en Cinco Palmas por otros combatientes de los que ya hay conocimiento que están en camino hacia allí, y por el resultado de la búsqueda que realizan Guillermo García y otros campesinos de las armas que quedaron regadas u ocultas en toda la zona. Sin perder tiempo en otras averiguaciones, Celia deja a Mongo seguir hacia Santiago para que lleve personalmente a Frank las orientaciones de Fidel, y se da de inmediato a la tarea de preparar el primer envío de ayuda a la guerrilla. Al regreso de Mongo, Celia le liquida los gastos y suministros resueltos inicialmente por el campesino y le entrega otros 267 pesos para Fidel.

El día 23 despacha a Rafael Sierra, Quique Escalona y Geña Verdecia a ver a Fidel. Esta última lleva escondidas bajo su falda ancha 300 balas, tres fulminantes y nueve cartuchos de dinamita. Al día siguiente Faustino Pérez, uno de los expedicionarios que llegó a Cinco Palmas con Fidel, pasa por Manzanillo y puede dar a Celia algunos detalles más de lo ocurrido desde el desembarco. Faustino lleva instrucciones de recabar de Frank el apoyo a la guerrilla, y seguir a La Habana a reorganizar la actividad del Movimiento en la capital. El día 29 Celia envía de nuevo a Quique Escalona y Geña Verdecia, esta vez con ocho granadas de mano remitidas por Frank de Santiago, cuatro peines de ametralladora –dos de ellos cargados–, tres cartuchos de dinamita y mechas, 16 fulminantes más y una cierta cantidad de libros solicitados por un médico argentino que ha venido en la expedición y que responde al sobrenombre de Che. Y el 30 de diciembre, apenas once días después de haber confirmado la supervivencia de Fidel, despide de Manzanillo el primer grupo de militantes del Movimiento que ha organizado como refuerzo del destacamento guerrillero, compuesto por once combatientes.

Diciembre			
Dic 6	Casa Ricardo Barinas	19 escondidos	25.00
Dic 6	Casa René López 2 bot	botas escondidas	5.00
Dic 6	Pan de Lado, escondido al	resaca de Niquna	10.00
Dic 7	Harón Glenda un viaje	a Santiago	15.00
Dic 11	Vinilo a Santiago de Cuba	a Santiago	2.00
Dic 14	Vinilo a Santiago de Cuba	a Santiago	2.00
Dic 14	Mudón a Emilio y Mij	vata - Páramo	2.00
Dic 14	César manda a Rudy a	Santiago	2.00
Dic 17	De la casa de Ricardo R	los panes Bayona, Hab. Dins.	20.00
Dic 17	Entonces a Páramo para	carros de E en arch. R. R.	15.00
Dic 17	Una a Harón R. de Rep. Rep.	carros de E en arch. R. R.	400.00
Dic 18	Ejecutivo Entonces a Harón	a Pan de Azúcar	167.00
Dic 24	Entonces a Santiago R. pa	un viaje	20.00
Dic 25	Entonces a Páramo y Gual	a viaje Santiago	10.00
Dic 26	Páramo de los de Bayona	alby, Dalca para un viaje	20.00
Dic 27	Campes Páramo en Páramo	a Páramo	20.00
Dic 27	Campes Páramo hacia G. R. y	a Páramo	2.00
Dic 27	Cinco Sierra a Gual. Gual	para Alajandino, ejecutivo	100.00
Dic 27	Pan cristino al Jeep que va	va hacia el a las Lomas	5.00
Dic 27	Arroz y harina del Jeep		4.75
Dic 27	Rep. Gual. Harón, rep.	alby, Páramo - Las Lomas	170.25
Dic 27	Alajandino, Harón, Niquna	alby, Lomas	34.50

Página de una libreta de cuentas de gastos del Movimiento llevada por Celia.

Parte de las gestiones logísticas de Celia durante estas primeras semanas de lucha en la Sierra, pueden reconstruirse a partir de los detallados estados de cuenta que ella misma llevaba día por día con los gastos de los fondos del Movimiento. Por eso podemos saber que fue enviando, según lo iba solicitando Fidel o se le ocurría a ella que pudieran necesitarlo en la montaña, ropas, gorras, hamacas, cigarros, tabacos, tijeras, frazadas, capas de agua, útiles de ferretería y muchas cosas más. A todo esto hay que añadir el envío de informaciones, mensajes recibidos de Santiago u otros lugares, atención a los mensajeros o enlaces enviados por Fidel y otras actividades similares que convirtieron de hecho a Celia, desde entonces, en la principal vía de comunicación y apoyo del naciente Ejército Rebelde.

Algo que merece resaltarse en el trabajo de Celia durante esta etapa inicial, es su dedicación absoluta y la importancia vital de su labor de aseguramiento y apoyo

del destacamento guerrillero. Fue tal el grado de entrega que puso en esta tarea y la eficiencia con que logró desempeñarla, que muy pronto Celia se convirtió en un punto de apoyo crucial de la guerrilla, y Manzanillo en la retaguardia principal del Ejército Rebelde.

En fecha tan temprana como abril de 1957, Raúl Castro escribe en un mensaje enviado desde la montaña a Celia, quien estaba entonces preparando en Manzanillo su segunda subida a la Sierra: "Tú te has convertido en nuestro paño de lágrimas más inmediato y por eso todo el peso recae sobre ti; te vamos a tener que nombrar Madrina Oficial del Destacamento." Y en esta carta, en efecto, le formula una copiosa lista de peticiones: dinero, leche en polvo, los nylons recién descubiertos entonces por la tropa como protección contra la lluvia, cocinitas de luz brillante, botas, medicinas, hamacas y, finalmente, libros. Pero Celia no tenía que esperar por estos mensajes para saber cuáles eran las necesidades perentorias de la tropa guerrillera, y en ocasiones adelantarse a ellas. Muchas cartas y mensajes posteriores de Raúl, a partir de la segunda bajada de Celia de la Sierra en junio de 1957, van a estar dirigidas a "Querida Madrinita".

•

Después del reagrupamiento inicial en la finca de Mongo Pérez en Cinco Palmas, el pequeño destacamento de expedicionarios en condiciones de iniciar la lucha, al que se han sumado ya las primeras incorporaciones campesinas, emprende en la noche del 25 de diciembre de 1956 la marcha para internarse en la Sierra Maestra. El domingo 6 de enero, en El Ají, llega a unirse el grupo de refuerzo enviado por Celia desde Manzanillo, ya para esa fecha con dos hombres menos que han vuelto de regreso.

En definitiva, de este primer grupo quedarán solamente cuatro una semana después.

Desde los primeros días de enero, Fidel ha decidido llevar a cabo alguna acción ofensiva contra el Ejército enemigo, que dé testimonio de la supervivencia y pujanza de la guerrilla nacida en el desembarco del “Granma”. Durante la estancia del destacamento en El Mulato, sobre una falda de la loma de Caracas, entre los días 7 y 13 de enero, Fidel ha terminado de madurar los planes para esta acción y ha escogido como objetivo el cuartel enemigo en la desembocadura del río La Plata. Es precisamente en El Mulato, como parte de los contactos con la población campesina, donde entra en escena Eutimio Guerra, que desempeñará un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos durante las semanas subsiguientes.

En la madrugada del 17 de enero tiene lugar el combate de La Plata, la primera acción victoriosa del Ejército Rebelde. Cinco días después, en los Llanos del Infierno, la naciente guerrilla volverá a asestar un golpe al enemigo mediante el empleo de la táctica más característica de la lucha guerrillera: la emboscada sobre una tropa en marcha.

Entretanto, en Manzanillo, los cuadros del Movimiento, impulsados por Celia, han proseguido el acopio de recursos y la organización de un segundo grupo de refuerzo. Esta vez, los ocho militantes que salen a incorporarse a la tropa guerrillera, al frente de los cuales marcha Beto Pesant, llevan consigo cuatro fusiles Winchester calibre 44, un Mendoza con cerca de 300 tiros, tres Springfield y dos escopetas –armas enviadas en su mayoría por Frank desde Santiago–, además de abundantes provisiones y equipos: latas de dulce, leche condensada, sesenta uniformes completos, hamacas, capas de agua de nylon, botas, gran cantidad de medicinas, instrumental quirúrgico, un gigantesco queso amarillo que

envía Micaela Riera y una copiosa provisión de cigarros. El 24 de enero llegan a la Cueva del Humo, también en una falda de Caracas. Fidel y sus compañeros harán campamento tres días después del otro lado del firme, en la finca de Felo Garcés. Pero diversas circunstancias impiden que el encuentro se efectúe.

El 30 de enero ocurre el bombardeo del campamento rebelde en la loma de Caracas, que provoca una nueva dispersión del destacamento guerrillero. A partir del día siguiente del combate de los Llanos del Infierno, Eutimio Guerra está traicionando. Dos días antes del bombardeo ha solicitado permiso de Fidel para salir a buscar provisiones y tratar de localizar el grupo de refuerzo. Lo que había hecho era dirigirse al Macho, donde estaba instalado el puesto de mando enemigo del comandante Joaquín Casillas, y delatar la posición del campamento rebelde. De allí lo habían enviado a Pílon, donde lo recogería una avioneta de reconocimiento desde la cual ubicará con precisión el lugar.

Gracias a la previsión de Fidel, el bombardeo no causó ninguna baja, y ya el 1º de febrero se han agrupado otra vez 30 combatientes, incluyendo los del nuevo refuerzo. Ciro Frías, un enlace campesino recién incorporado a la tropa, es enviado por Fidel a Manzanillo a hacer contacto con Celia para imponerla de lo ocurrido, y regresa el día 6 con un cargamento de noticias que ha recogido por el camino, algunas de ellas bastante exageradas, como las que aluden a supuestas conspiraciones en el seno del gobierno para derrocar a Batista y pactar con los rebeldes. Trae también cartas de Celia y Frank, mensajes interceptados al enemigo por la red clandestina del Movimiento en Santiago y otras informaciones.

Sin embargo, Ciro sale de Manzanillo sin poder traer la noticia que más puede interesar en ese momento: la de la traición de Eutimio Guerra. Un colaborador del

Movimiento que trabaja en el aeropuerto de Pílon, ha visto a Eutimio, a quien conoce, abordar la avioneta desde la cual dirigió el bombardeo del día 30, y ha enviado la información a Celia en Manzanillo. También en Santiago el Movimiento ha tenido noticias de la existencia de un traidor en las filas rebeldes. Alguien ha escuchado una conversación al respecto en la barra del Club Ciudadamar entre dos oficiales del Ejército y ha informado a Vilma Espín, militante del Movimiento y una de las principales colaboradoras de Frank en la capital oriental. Otro colaborador del Movimiento que trabaja en la compañía telefónica ha interceptado una llamada militar en la que también se menciona al traidor, incluso por su nombre. Desgraciadamente, todas estas informaciones llegan a manos de Celia después de la salida de Ciro, y en los días posteriores no es posible hacer contacto con la guerrilla a pesar de todos sus esfuerzos.

El 9 de febrero, el traidor conduce de nuevo al enemigo, ahora por tierra, a la posición guerrillera en el alto de Espinosa, pero una vez más la intuición y la astucia de Fidel evitan lo que hubiera podido resultar en la completa destrucción de la guerrilla. En esta oportunidad hay una baja – Julio Zenón Acosta –, y por tercera ocasión la tropa se dispersa. Pero ya la traición ha sido descubierta y se ha identificado al traidor. Tres días después, están reunidos de nuevo 18 combatientes, que son los que llegarán acompañando a Fidel al lugar donde se efectuará, el 17 de febrero, la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento desde el inicio de la guerra.



Con el fusil de mirilla telescópica de Fidel. Sierra Maestra, febrero de 1957.



8

Las exigencias de las primeras semanas de campaña en la Sierra, no permitieron a Fidel dedicar mucha atención al problema de organizar un contacto personal con los dirigentes del Movimiento 26 de Julio en el resto del país, a pesar de que estaba consciente de que era necesario hacerlo lo antes posible y de que los jefes del llano – sobre todo Frank en Santiago, Celia en Manzanillo y Faustino Pérez en La Habana – estaban ansiosos por reunirse con el jefe guerrillero. En realidad, hasta el 22 de enero, cuando se produce el combate de los Llanos del Infierno, la guerrilla tiene planteada la tarea de preparar y ejecutar las primeras acciones ofensivas contra el enemigo, y pocos días después debe afrontar el problema, más apremiante aún, de su propia supervivencia, puesta en peligro nuevamente por las dispersiones de Caracas y el alto de Espinosa como consecuencia de la traición de Eutimio Guerra.

A la necesidad de reunir la dirección del Movimiento se une el interés de Fidel por lograr la divulgación periodística de la lucha en la Sierra. El 28 de enero parte del campamento guerrillero en la loma de Caracas el combatiente René Rodríguez, con la misión de bajar a Manzanillo, hacer contacto con Celia y los demás jefes del 26 de Julio en esa ciudad, y seguir luego hasta La Habana con varias encomiendas de Fidel, entre ellas la de informar a la dirección del Movimiento de la reunión que tiene

planeado efectuar en algún punto de la Sierra y ratificar a Faustino la orientación de buscar un periodista dispuesto a subir a la Sierra a entrevistar al jefe guerrillero. René llega a Manzanillo el 1º de febrero y establece de inmediato contacto con Celia por mediación de Quique Escalona y Rafael Sierra. Esa misma tarde sigue viaje a La Habana en ómnibus, y al día siguiente se reúne con Faustino en la capital.

Profunda alegría debe haber causado a Celia, con toda seguridad, la noticia de que al fin tendría la ocasión de conocer personalmente a Fidel. Su vida ha estado dedicada por entero, en los últimos veinte meses, a la causa revolucionaria encabezada por el jefe del asalto al Moncada. En este tiempo, de manera creciente, Celia ha ido abandonando todo en aras de la lucha. En 1955, a la salida de los moncadistas de la cárcel, estuvo a punto de lograr su deseo de conocer al jefe del Movimiento, y sólo por una falta fortuita de coordinación no pudo encontrarse con él. Al año siguiente, en plena labor preparatoria de la expedición del “Granma”, su esencial sentido de la disciplina le contuvo el íntimo deseo de marchar hacia México para unirse a los futuros expedicionarios. Durante las semanas de angustia de diciembre, en la situación de incertidumbre por la suerte de la expedición, no perdió un instante la confianza de que Fidel había logrado sobrevivir. Desde que recibió la confirmación de que no sólo vivía, sino estaba en pie de lucha, sacrificó seguridad, sueño y aliento con tal de garantizar el suministro más amplio posible del pequeño destacamento guerrillero, y organizó los primeros envíos de parque, dinero, abastecimientos y refuerzos a costa de una actividad infatigable. Ahora, siente que todo este sacrificio va a resultar al fin recompensado: ¡va a encontrarse con Fidel!

A partir de ese momento, el insomnio febril que marca su vida clandestina debido a la tensión cotidiana de su

actividad y el peligro en que la desenvuelve, se acrecienta con la excitación que le produce el encuentro en ciernes. No se trata de la natural aprensión que pudiera sentir cualquiera en su situación ante la perspectiva de tener que rendir cuenta de su gestión ante el jefe máximo del Movimiento. Sabe que ha cumplido con su deber más allá de lo que las circunstancias hubieran admitido, aunque se reprocha en lo más íntimo –rasgo característico de su personalidad a lo largo de toda su vida– no haber hecho más.

Al plantearse la subida de un periodista, tal parecería que los proyectos de reunión quedaban momentáneamente aplazados. Si ésta se efectuase primero, se correría el peligro de quemar la vía de acceso a la Sierra que utilizaría aquél. Pero, en realidad, resulta imposible seguir dilatando el contacto. Fidel ha decidido que las dos actividades tengan lugar de manera simultánea. Hasta ese momento, el apoyo recibido del llano por la guerrilla ha dependido en lo fundamental del trabajo realizado por Celia desde Manzanillo. Es preciso que la dirección del Movimiento discuta las formas y mecanismos para ampliar y diversificar ese apoyo, y conozca la situación real y las necesidades inmediatas para que pueda tomar urgentemente las medidas más oportunas.

Algunas de estas medidas ya están siendo tomadas por Frank en Santiago, donde se han dado pasos para preparar un numeroso contingente de militantes del Movimiento que deberán subir a la Sierra a reforzar el destacamento guerrillero. Frank también quiere acabar de tener contacto con Fidel para coordinar todos estos planes, así como las demás tareas del Movimiento en el resto del país.

En estos primeros días de febrero, Celia concentra sus esfuerzos en la obtención de los recursos que llevará ella misma al encuentro con Fidel. Ropa, zapatos, medicinas,

laterías, chocolate, abrigos, toallas, bolígrafos, gasolina y piedras de fosforera, galletas y bombones, pasta y cepillos de dientes y muchos otros artículos destinados a resolver las grandes y pequeñas necesidades, siempre apremiantes, de una tropa guerrillera, son comprados en estos días y reunidos en las casas de algunos de sus colaboradores más cercanos.

El día 11 Celia recibe la noticia de La Habana de que ya el periodista está dispuesto a emprender viaje a la Sierra, y la pasa a Fidel. El día 13 llega a Manzanillo un enlace de la loma con la respuesta del jefe rebelde. Esa noche, en casa de Felipe Guerra Matos, Celia convoca a Micaela Riera, Quique Escalona, Nardi Iglesias y Rafael Sierra, y les informa que Fidel autoriza la subida del periodista y solicita la presencia de la dirección del Movimiento para sostener la reunión tan esperada. No dice, sin embargo, el lugar escogido por el jefe guerrillero. Solamente Guerra Matos lo sabrá, pues a él le toca la misión de organizar los detalles del traslado de los que vayan a subir. Escalona y Nardi Iglesias salen esa misma noche a Santiago, con la misión de avisar a Frank, y luego en La Habana a Faustino. Frank no es impuesto en detalle de la subida del periodista y, a su vez, tampoco él comunica al resto de los compañeros de Santiago que se efectuará la entrevista. Faustino, en La Habana, ignora que acudirán los compañeros de Santiago. La compartimentación de la información, manejada de manera admirable por Celia, es casi perfecta, típica de la disciplina organizativa inculcada en la actividad clandestina del Movimiento por el propio Frank y respetada invariablemente por ella.

A la altura del viernes 15, los preparativos están prácticamente concluidos. Celia se traslada esa tarde de la casa de René Vallejo a la de Pedro Eduardo Saumell, y allí recibe a Frank, Armando Hart, Vilma y Haydée Santamaría. Les anuncia entonces la inminente llegada del

periodista norteamericano Herbert Matthews –jefe de la plana editorial del importante diario *The New York Times*–, quien viene por carretera desde La Habana con Faustino. Al atardecer sale de Manzanillo con Frank y Guerra Matos, en el jeep de este último, hacia la finca de Epifanio Díaz, en El Jíbaro, donde Fidel ha decidido que tengan lugar la entrevista y la reunión.

Llegan sin novedad esa misma noche, y en la casa del dueño de la finca encuentran a los combatientes Luis Crespo y Juventino Alarcón –aquél expedicionario del “Granma” y éste integrante del segundo refuerzo enviado por Celia a la Sierra–, quienes están en el lugar hace tres días. Crespo les informa que Fidel no ha llegado todavía, pero ellos saben que la guerrilla tiene que estar a punto de aparecer y quieren adelantar lo más posible el momento de hacer contacto. Celia y Frank siguen caminando el resto de la noche. Poco después del amanecer del día 16, tropiezan en uno de los potreros de la finca con el combatiente Ciro Frías. Fidel está muy cerca, acampado en un



Primera foto de Fidel y Celia juntos, tomada posiblemente por Frank País en la finca de Epifanio Díaz, entre los días 17 y 18 de febrero de 1957.

bosquecito. Minutos más tarde, en medio de extraordinaria alegría y singular emoción, se produce el tan esperado encuentro.

La primera preocupación de Fidel es por la seguridad de los luchadores del llano. Quiere conocer los preparativos de la reunión y la entrevista periodística. Celia le informa que a más tardar al día siguiente llegará Matthews, y que ya están concentrados en Manzanillo casi todos los miembros de la dirección del Movimiento. Fidel insiste en la necesidad de reunir en la Sierra a todos los militantes perseguidos en las ciudades, incluso a las mujeres, y plantea ya su concepción de la participación activa de la mujer en la lucha guerrillera.

Frank relata en detalle los acontecimientos del 30 de noviembre y lo ocurrido después. Celia le impone de la situación en Manzanillo y de las actividades que viene desarrollando el Movimiento en esa zona. Discuten ampliamente las medidas que hay que tomar para hacer llegar lo antes posible a la Sierra el refuerzo de combatientes y armas que ya Frank prepara en Santiago. Acuerdan irlos concentrando poco a poco en casas dispersas en Manzanillo, y sacarlos luego por la misma finca de Epifanio Díaz. Celia queda encargada de organizar el recibimiento, ocultamiento y envío ulterior del contingente y las armas.

Fidel les narra todas las incidencias del destacamento guerrillero desde el desembarco y la dispersión en Alegría de Pío. Comenta la situación creada con motivo de la traición de Eutimio Guerra. Celia y Frank aportan las pruebas que han obtenido de la traición gracias a informantes y colaboradores del Movimiento. Fidel está convencido de que las perspectivas de la guerrilla son excelentes, a pesar de que cuenta en ese momento con sólo veinte hombres.

Al mediodía, el grupo se traslada a otro bosque en una cañada rodeada de potreros, a unos dos kilómetros de la casa del dueño de la finca. Los combatientes comen las provisiones que han traído Celia y Frank desde Manzanillo.

Ese día Celia conoce también a Raúl Castro, a Juan Almeida, a Ernesto Guevara –el médico argentino para quien Raúl pedía los libros–, a Camilo Cienfuegos, a todos los demás combatientes del “Granma” que para ella habían adquirido ya ribetes legendarios y cuya supervivencia había sido la causa principal de su desvelo. En el caso de Raúl se establece desde el primer encuentro una fraternal comunicación recíproca, que se irá convirtiendo a lo largo del tiempo en una entrañable relación de afecto, respeto y admiración. Ese día, Raúl anota lo siguiente en su diario de campaña: “Pasamos un día muy contento comiendo infinidad de golosinas que nos habían traído y sobre todo por tener entre nosotros, aunque sea por breve tiempo,



Haydée Santamaría, Celia y Fidel en abril de 1957. De espaldas, Guillermo García.



Otra foto en ocasión de la segunda subida de Celia a la Sierra en abril de 1957.

aquellos queridos compañeros que, con los demás que vendrían esa noche, constituyen en una gran parte la flor y nata del 26 de Julio.”

La tarde amenaza lluvia. Ciro y Crespo construyen con pencas y yaguas un pequeño varaentierra donde se

instalan Fidel, Raúl, Celia y Frank. Siguen conversando hasta la caída de la noche, cuando llega al campamento el segundo grupo de visitantes, compuesto por Hart, Vilma, Haydée y Faustino. La plática se reanuda. Fidel reitera su absoluta confianza en la victoria. Logra transmitir a los dirigentes del llano la convicción de que la guerrilla es invencible.

Cerca del campamento hay un ranchito campesino desocupado. Fidel propone acompañar hasta allí a las mujeres para que no pasen la noche a la intemperie. Al rato de caminar, no aparece el ranchito. Crespo, que funge de práctico, se ha extraviado. Tampoco dan con el camino de regreso al campamento. Fidel decide acampar en el centro de un potrero de hierba de guinea, entre unas palmas canas. El grupo se acomoda lo mejor que puede entre la hierba mojada.

Poco antes del amanecer se ponen de nuevo en marcha. Al poco rato se encuentran con Ciro Frías, quien ha salido a buscarlos, pues el periodista ya ha llegado al campamento. La conversación de Fidel con Matthews dura casi tres horas. Inmediatamente después de la partida del norteamericano de regreso a Manzanillo, Fidel se reúne con los dirigentes del Movimiento. Participan de las discusiones Raúl, Frank, Celia, Hart, Haydée, Vilma y Faustino. Se ratifican las cuestiones discutidas el día anterior por Fidel, Frank y Celia, en lo que se refiere a los preparativos para el envío del contingente armado y a las medidas que Celia debe tomar en Manzanillo para garantizar el recibimiento y ocultamiento de estos hombres. Faustino informa de lo que ha realizado en La Habana desde su bajada de la Sierra el 23 de diciembre, y se discute el plan de abrir otro frente guerrillero en Las Villas. Fidel se interesa nuevamente por conocer la situación de los militantes clandestinos en las ciudades, las actividades que realizan y la forma en que logran evadir

la persecución de las fuerzas represivas. Destaca de nuevo el hecho significativo del alto grado de participación de la mujer en la lucha revolucionaria. Insiste en que el Movimiento en el llano debe priorizar la tarea de apoyar la lucha guerrillera en la Sierra. Se analizan las diversas medidas que deben tomarse para garantizar el mejor apoyo a la guerrilla, y se toman acuerdos concretos en ese sentido. También se tocan asuntos relacionados con las actividades de propaganda y las finanzas del Movimiento. Fidel está muy contento y comunica su optimismo a todos los compañeros. Se acuerda la redacción de un manifiesto al pueblo de Cuba que deberán llevar consigo los dirigentes del llano cuando bajen, para su publicación.

La reunión se prolonga casi cuatro horas, y se interrumpe cuando llega la noticia de que el traidor Eutimio Guerra ha llegado a la finca en busca de Fidel. Se toman las disposiciones necesarias, y el traidor es conducido bajo custodia al campamento. El grupo de visitantes se dispersa mientras Fidel, y luego Ciro Frías, emplazan a Eutimio frente a su traición. El cielo se ha cerrado de nubes y han comenzado a desprenderse rayos atronadores. Empieza a llover torrencialmente. Poco antes de las 7:00 de la noche, Fidel regresa a donde están Frank y Celia. Aún llueve fuertemente cuando el traidor es ajusticiado. Al rato escampa, y Fidel y otros dos combatientes acompañan a Celia, Haydée y Vilma al pequeño rancho que no encontraron la noche anterior.

Al día siguiente, 18 de febrero, Fidel invierte la mañana en la redacción del manifiesto. Poco después del mediodía hay una alarma momentánea en el campamento al escucharse un disparo cercano. Resulta ser el expedicionario José Morán, quien se ha herido en un muslo aparentemente de manera accidental. Celia regresa a Manzanillo esa noche, junto con Vilma, en una camioneta

que Guerra Matos ha dejado escondida a cierta distancia, cerca de un taller de la arrocera Roca y Alvarez.

•

A partir de ese momento, Celia se da a la tarea de preparar las condiciones para el recibo, organización y envío a la Sierra del grupo de refuerzo. En Santiago, Frank cursa instrucciones a todas las células del Movimiento en la provincia en el sentido de que tengan prevenidos a sus mejores combatientes. La selección debe basarse en una combinación de factores. No debe tratarse solamente de los militantes quemados en el trabajo clandestino, aunque éstos, como es lógico, deben ser priorizados a la hora de escoger. Deben ser, sobre todo, compañeros probados en la acción, desarrollados políticamente y en buenas condiciones físicas para poder soportar los rigores de la lucha guerrillera. En cuanto a los militantes de la zona de Manzanillo, que incluye desde Yara hasta Campechuela y Media Luna, el trabajo corre por cuenta de Celia y los cuadros del Movimiento en la región.

La idea original de distribuir los combatientes en casas manzanilleras tiene la ventaja de que, al quedar la fuerza dispersa, se evita la posible captura de un número grande de integrantes del refuerzo en caso de una sorpresa del enemigo o una delación. Pero tiene el inconveniente de la dificultad de conseguir una cantidad suficiente de locales idóneos y del propio hecho de la dispersión, que dificultará los trabajos preparatorios en las condiciones en que debe Celia desenvolver su actividad en Manzanillo.

A los pocos días de su regreso, como parte de su movilidad constante de un escondite a otro, Celia se traslada a la casa de René Llópiz. Llópiz administra la finca "La Rosalía", una extensa arrocera situada a 10 kilómetros

de la ciudad, en el barrio de Palmas Altas, junto a la carretera de Bayamo. Allí tiene su vivienda, a unos 300 metros de la carretera y menos de 500 de la cárcel de Manzanillo.

Al llegar, Celia se da cuenta de que ha encontrado el lugar que estaba buscando para reunir todo el contingente del refuerzo. La casa está a poca distancia de un tupido monte de marabú. A nadie se le ocurriría que pueda haber hombres escondidos en el medio de una vegetación tan agresiva y poco acogedora. La misma proximidad de los guardias que custodian la cárcel es una garantía adicional. ¿Quién puede pensar que el campamento provisional del refuerzo haya sido establecido en las mismas narices del enemigo? Todo depende del cuidado que se tenga y las medidas que se adopten para no llamar la atención.

Esta decisión es típica de Celia. Fue en esta ocasión, como quizás en ninguna otra a lo largo de su actividad como luchadora clandestina, cuando demostró de manera más cabal sus cualidades para este tipo de lucha: su arrojo, su ingenio, su habilidad para enmascarar todo movimiento sospechoso, la disciplina que mostraba y que sabía inculcar y exigir a los que la rodeaban.

Con la ayuda de Llópiz y sus hijos, Celia limpia por debajo una extensa área del marabusal sin tocar las copas de las plantas, que en este lugar alcanzaban hasta 10 metros de altura y formaban un bosque cerrado. Una vez realizada esta labor, informa a Frank en Santiago que está en condiciones de empezar a recibir los integrantes del refuerzo.

Los primeros combatientes llegan a Manzanillo alrededor del 26 de febrero, y a partir de esa fecha siguen siendo enviados desde Santiago en grupos de dos y tres. El punto habitual de recepción es la casa de Felipe Guerra Matos, a la entrada de la ciudad. De allí, el propio Guerra

Matos u otro compañero traslada a los combatientes a la casa de Llópiz, donde Celia los recibe, los vacuna ella misma contra el tétanos y el tifus, y luego los envía al marabú.

Celia despliega una actividad infatigable durante los días en que mantiene el campamento del marabusal. No sólo está al tanto de todos los detalles del traslado de combatientes y pertrechos, del acopio de víveres, cigarros, medicinas y suministros de todo tipo, de la atención a las necesidades de cada uno de los hombres concentrados allí, sino que participa en todo el trabajo que se desarrolla en la casa de Llópiz. Ayuda a cocinar, a lavar la ropa, a preparar los uniformes. A todas éstas, el dueño de la finca, ajeno a lo que está ocurriendo, sorprende a Celia en la casa en una de las visitas periódicas que hace a su administrador, y queda consternado, pues la conoce de sobra y sabe en lo que anda metida y hasta qué punto es perseguida. Su presencia allí lo compromete e insiste en que se marche de inmediato. Y eso que ignora lo más grave: que su finca está sirviendo de campamento a más de 50 combatientes y que su propia habitación en la casa, que utiliza a veces para descansar un rato o pasar la noche, está sirviendo de almacén central de uniformes y otros suministros. Pero Celia no se deja amedrentar, le asegura que de allí no sale, y le insinúa truculentas consecuencias que supuestamente tendría cualquier indiscreción o una denuncia a las fuerzas represivas.

En el marabusal de “La Rosalía” llegaron a concentrarse 53 hombres. El punto de contacto ratificado por Fidel es la propia finca de Epifanio Díaz, donde estará esperando Che. Celia organiza el traslado del contingente hasta cerca de Cayo Espino en dos camiones. Desde ese punto seguirán a pie. En la noche del 15 de marzo, sale el refuerzo hacia la Sierra. Cuando llegan al encuentro de

Fidel en la Derecha de la Caridad a finales de ese mes, el destacamento rebelde vuelve a sumar casi la misma cantidad de combatientes que vinieron en el “Granma”.

•

Pudiera pensarse que tendría derecho Celia a tomar un breve descanso después de la salida del grupo del marabusal. Ha cumplido con todo éxito la delicada y compleja misión que le encomendó Fidel. Gracias a su ingenio y sentido de organización, a su discreción y disciplina, a su actividad incansable, el primer gran refuerzo del llano a la guerrilla pudo concentrarse, prepararse y salir hacia la Sierra sin ser descubierto.

Pero para Celia no hay descanso. El mismo día en que salen los camiones del marabú hacia la Sierra, abandona la casa de Llópiz y regresa a Manzanillo para continuar su trabajo de búsqueda incesante de recursos para la tropa guerrillera, y preparar las condiciones para cumplir la siguiente misión especial que ha recibido de Fidel.

Celia tenía inicialmente el plan de acompañar al contingente del marabú hasta la Sierra. Después de las conversaciones con Fidel en la finca de Epifanio, después de escuchar sus proyectos en cuanto a la participación activa de la mujer en la lucha guerrillera, después de haber convivido aquellas horas con los combatientes guerrilleros y haber recibido la inyección de optimismo y confianza en el desarrollo futuro de la lucha, para Celia no hay otra aspiración que poder incorporarse definitivamente al destacamento rebelde.

Sin embargo, su proyecto se frustra por el aviso recibido a principios de marzo de que Fidel está de acuerdo con ser entrevistado por otro periodista norteamericano interesado en subir a la Sierra. Toca de nuevo a Celia la misión de organizar la recepción y traslado a las lomas de

este visitante. Por otra parte, Frank es detenido en Santiago el 9 de marzo, cuando estaba en los preparativos para enviar un segundo cargamento de armas y parque al marabusal, y aunque el trabajo en Santiago ha seguido adelante, no parece conveniente debilitar aún más la dirección del Movimiento con la incorporación de Celia a la Sierra en estos momentos.

Fue posiblemente en esta etapa de su vida clandestina, después de su primera subida a la montaña, cuando Celia se dispuso a asumir la condición de albacea documental de la revolución. Con toda certeza, en esta decisión influyó la circunstancia de que, por desenvolver su actividad en esa antesala de la Sierra que era Manzanillo, Celia pasó a ser de hecho la vía fundamental de comunicación entre Fidel y la dirección del Movimiento en el llano. Pero lo cierto parece ser que se trató de una decisión tomada por Celia casi sin advertirlo ella misma al principio, como resultado de la conciencia histórica que era parte de su propia naturaleza.

Inmersa en la historia, de la que se había convertido también ella en hacedora, imbuida desde la infancia en la historia de su patria en virtud del ejemplo de apasionado patriotismo de su padre, advirtió Celia enseguida que le había tocado ser parte activa en el capítulo sin duda más trascendental de esa historia, y supo reconocer a tiempo la necesidad de dedicar atención, junto a las apremiantes tareas inmediatas que planteaba cotidianamente la lucha, a salvar el testimonio documental de esa lucha. Se conservan, por ejemplo, sus detallados balances de gastos en diciembre de 1956, en ocasión de sus primeras actividades de acopio de recursos para los sobrevivientes en pie de lucha de la expedición del “Granma”.

Pero este empeño preservador se extendió desde el inicio a los mensajes, notas y demás documentos generados por otros compañeros de lucha, y ya no sólo a

los recibidos por ella o que pasaban por sus manos, sino también a los que pedía y guardaba en previsión del triunfo revolucionario. Ya desde estos primeros meses de 1957, los fondos documentales conservados por Celia o entregados para su custodia a personas de su total confianza en Manzanillo, empezaron a crecer diariamente. Hoy, el historiador o el biógrafo pueden reconstruir el relato minucioso y veraz de aquella lucha heroica y dura, gracias en gran medida a Celia, a su certera visión, a su agudo sentido de la historia, a su afán inagotable de conservar, con celo febril y pasión obsesiva, las fuentes documentales de esa historia.

•

Cada día el acoso de las fuerzas represivas es mayor en Manzanillo. Celia es ya para entonces la persona más buscada. Un día, a mediados del mes de abril, está escondida con Carlos Iglesias, importante cuadro del Movimiento en Oriente conocido por “Nicaragua”, en la casa de Pancho Saumell en Manzanillo, esperando la llegada de los compañeros de La Habana que traerán al periodista norteamericano. Hay incertidumbre, pues han escuchado la noticia de que Armando Hart, responsable junto con Haydée Santamaría del traslado del periodista, ha sido detenido en La Habana, y no se han recibido noticias de Haydée. En ese momento, estalla una bomba en la esquina de la casa. De inmediato se despliegan las fuerzas represivas y comienzan a registrar toda la cuadra. Celia y Nicaragua tratan de escapar saltando la tapia del fondo, pero ven que es imposible. Entonces, con la mayor sangre fría, en el momento en que los guardias entran pistolas en mano por la puerta principal, Celia sale a la calle por una puertecita lateral que comunicaba con el despacho del dueño de la casa, y pasan ella y Nicaragua con la mayor naturalidad junto a las perseguidoras.



En una casa manzanillera, entre los meses de junio y julio de 1957, en plena actividad clandestina.

Terminado el registro, regresan nuevamente, en la confianza de que el lugar más seguro era precisamente aquel que ya había sido registrado. Esto provoca el espanto del dueño de la casa y su esposa, quienes desde el día anterior habían estado tratando de convencer a Celia de que se marchara. En medio de la discusión, tocan a la puerta. Son de nuevo los guardias. Por segunda vez Celia y Nicaragua se escabullen por la puerta lateral, y por segunda vez regresan a medianoche una vez retirado el enemigo. A la señora le da una crisis nerviosa. Tendida en un balance grita que se muere, mientras el esposo se pasea descalzo con las manos en la cabeza y se asoma a cada instante por los visillos de la ventana de la calle. Celia, imperturbable, anuncia que se va a acostar a dormir, y en efecto lo hace, tras dejar a Nicaragua encargado de vigilar al matrimonio.

Cuando se despierta al amanecer, después de haber dormido como si nada fuera de lo común estuviese ocurriendo, se reanuda la discusión. Celia se empeña en colar café, y los de la casa en que se vaya en el acto. Tocan entonces de nuevo a la puerta. Nueva alarma general, mientras Celia se encamina a la cocina a buscar el colador de café. Esta vez es Haydée, que llega casi sin aliento en su busca. En medio del alboroto reinante, la recién llegada informa a Celia que los periodistas Robert Taber y Wendell Hoffmann, de la cadena norteamericana de televisión CBS, están desde el día anterior en Bayamo esperando el contacto que debe traerlos a Manzanillo, y que es preciso actuar de inmediato. Pero la preocupación central de Celia es otra, quizás también como una forma de neutralizar la tensión del momento: tomar café antes de salir a la calle. En definitiva, el café queda sin colarse, y para gran alivio de los dueños de la casa Celia y sus acompañantes se marchan.

Esta segunda subida a la Sierra es bastante más accidentada que la primera, y su narración exhaustiva contiene materia más que suficiente para una novela de aventuras. Además del trastorno que significó la captura de Armando Hart, por estos días cae preso también Felipe Guerra Matos. Se pierde así el único contacto establecido con el campesino Lalo Sardiñas, el mensajero que bajaría de la loma a buscar a los periodistas, quien posteriormente tendrá una participación destacada en la lucha guerrillera. No obstante, después de varios tropiezos, Lalo logra comunicarse con Celia por mediación de Rafael Sierra, y al fin emprenden el camino los dos periodistas, Celia, Haydée, Marcelo Fernández –cuadro dirigente del Movimiento– y Nicaragua, quien llevaba la misión de Frank de hacer contacto con Fidel para coordinar el importante envío de armas que está preparado en Santiago y discutir el proyecto de un nuevo frente guerrillero en la zona del central “Miranda”.

En dos carros, en los que van malamente ocultos los voluminosos equipos que llevan los norteamericanos, salen de Manzanillo hacia el central “Estrada Palma”. Allí llegan ya de noche, dejan los vehículos y arrancan a andar, con todo el equipaje a cuestas, por el camino que va del central a Providencia, pasando por Dos Grúas y Naguas. Es Sábado de Gloria, y hay guateques en muchas casas campesinas, lo cual los obliga a dar varios rodeos a campo traviesa para evitar ser vistos. No es sino casi al amanecer cuando llegan a Providencia, donde también está andando un baile de órgano. Haydée va con los pies destrozados por las botas nuevas que calza, y los dos norteamericanos no pueden ya con su alma. Se les viene encima el día, y Lalo hace contacto con Chiche Lastre, comerciante del lugar, quien esconde al grupo en su casa. Esa noche vuelven a iniciar la marcha, río Yara arriba, hasta Santo Domingo. La segunda jornada es todavía peor que la

primera, pues hay que sortear más de treinta pasos del río y la carga, aunque es la misma, parece haber aumentado de peso. En total, caminaron más de 30 kilómetros entre las dos noches.

Lalo oculta al grupo en un cafetal próximo a su casa en Santo Domingo. Por la mañana se recibe la noticia de que una patrulla de guardias se acerca. Los soldados enemigos, en efecto, llegan hasta la casa de Lucas Castillo, unos 500 metros río abajo. Sin embargo, esa tarde se corre la voz en el campamento guerrillero en el alto de Santana de que el grupo que se esperaba del llano, en el cual vienen dos mujeres, está sitiado en Santo Domingo y corre peligro de caer prisionero. De inmediato Fidel despacha una escuadra rebelde al mando de Camilo Cienfuegos para que acuda al rescate.

Camilo llega a la casa de Lalo al amanecer del día siguiente, y éste le indica el lugar donde están escondidos Celia y los demás. Haydée relató una vez este encuentro:

Nosotros estábamos tranquilas en el cafetal. Vemos una gente que camina aprisa, y con cascos, y le digo: "Celia, están ahí." Yo veía venir aquella gente con casco: "Celia, baja la cabeza, que nos van a matar." Y Celia me contesta: "¿Quién estará limpiando los instrumentos de papá?" Yo no sabía de qué instrumentos me hablaba. Y yo dije: "Ya. Déjame ver el sol por última vez." Y cuando voy a mirar el sol, veo la cara sonriente de Camilo con aquellos dientes, porque Camilo tenía unos dientes maravillosos. Ya yo no me acuerdo de más nada.

La anécdota revela una vez más la serenidad prodigiosa de Celia ante el peligro, y el significativo

detalle, además, de que, en un instante de supremo peligro aparente y cuando todo hace suponer que está en juego la vida misma, el pensamiento de Celia a quien acude es a su padre.



En la Sierra Maestra, mayo de 1957.



9

El 23 de abril se incorpora Celia de nuevo a la tropa guerrillera. Ahora su estancia no va a ser tan fugaz. Aunque otra vez subió con la intención de quedarse, la decisión no es tomada sino varios días después, en ocasión del regreso de Haydée al llano, cuando Fidel le dice que no es necesario que ella se vaya pues por el momento no hay nada urgente que hacer en Manzanillo.

Así, Celia se integra a la escuadra de la Comandancia, compuesta en ese entonces por Fidel, Che, Ciro Redondo, Manuel Fajardo, Luis Crespo y Universo Sánchez, y comienza de inmediato a ganarse por derecho propio un lugar en la guerrilla.

Es la época de las grandes caminatas, de la primera subida al Turquino, de la extensión de la presencia guerrillera a nuevas zonas de la Sierra. Ya el Ejército Rebelde no es el puñado de hombres acosados de las primeras semanas de la guerra. Ya son un centenar de combatientes que han ido adquiriendo un conocimiento cada vez más íntimo del terreno, que se han ido habituando a los rigores de la vida de campaña, que han ido ampliando el círculo de sus contactos y relaciones con la población campesina, que se han ido transformando poco a poco en una fuerza combativa disciplinada y eficaz.

Y ahora, en este medio de fatiga, lluvia, frío, hambre, fango, llagas en los pies, dolores en todo el cuerpo y a veces nostalgia en el espíritu, irrumpe esta mujer de frágil



En mayo de 1957, en ocasión de la segunda subida de Celia a la Sierra.

aparición. No pocos combatientes pensaron que Celia no podría soportar las penalidades de la vida guerrillera en la montaña, o que su presencia vendría a significar un estorbo para la movilidad y el desenvolvimiento general de la tropa. Y no fueron pocos los que, muy pronto, se dieron cuenta con asombro de que se había incorporado un combatiente más, capaz de resistir con tanta o mayor entereza que muchos de los hombres cualquier esfuerzo o sacrificio impuesto por el medio agreste de la Sierra, y capaz, también, de inyectar en la dura vida cotidiana del monte toda la ternura y belleza de que puede ser portadora una mujer. Desde esos primeros días de mayo de 1957, Celia fue para los combatientes la compañera, la amiga, la hermana, la madre en muchos casos. Desde esos primeros días, Celia se ganó el respeto, el cariño y la admiración que hasta su muerte, sin excepción alguna, le profesaron todos los rebeldes.

Ejemplo significativo de la impresión que ella causó desde los primeros momentos en los combatientes guerrilleros, es este pasaje de una carta que le enviará Fidel el 22 de junio de 1957, tres semanas después del regreso de Celia al llano tras el combate del Uvero: "Aquí guardamos un recuerdo tan grato de tu presencia que se nota el vacío. Por muy fusil en mano que ande una mujer en esta Sierra, siempre hace más decentes, más caballerosos y hasta más valientes a nuestros hombres."

Junto a la columna guerrillera, Celia participa durante las siguientes semanas en la marcha hacia las zonas de la Sierra al Este del Turquino. Pocos días después de su reincorporación a la tropa, Fidel encabeza la primera ascensión al pico más alto de Cuba.

Ha de haber sido para Celia un momento de singular emoción. Las fotos tomadas ese día en la cima del Turquino muestran una expresión de fiero orgullo en su rostro. No



En El Hombrito, mayo de 1957.



En abril de 1957, frente al busto de José Martí en el Turquino.

es para menos. Entre todos los expedicionarios del “Granma” y los combatientes que procedían del llano, era ella la única que ya había puesto sus pies y su corazón en aquel lugar preñado de simbolismo patrio. Y posiblemente no haya habido ningún otro en aquel grupo, con la excepción quizás de algún práctico campesino de la zona, que pudiera ostentar ese privilegio. Para muchos de los combatientes, fue una sorpresa el descubrir el nombre de ella en la tarja de la cara posterior del monumento. Modesta como nadie, no debe haber hecho ostentación

pública de esa primicia. Sin embargo, no puede haber dejado de sentir una satisfacción muy íntima.



En el Uvero, tras el combate, el 28 de mayo de 1957.

Pero, con todo, no era eso lo más significativo para Celia. Lo que importaba, lo que debe haber estado presente como un grito silencioso en su conciencia, es que en ese momento cobraba al fin sentido pleno el homenaje de aquel grupo de martianos al

Maestro, rendido cuatro años antes. ¡Si su padre hubiera podido estar allí para vivir ese instante! Esa columna de combatientes no venían solamente a cumplir una ceremonia formal ante la efigie de Martí. Su presencia allí, aunque no lo hubieran dicho con palabras, aunque no hubieran hecho resonar el aire luminoso con las estrofas del Himno Nacional, era ya el símbolo corpóreo de que estaba en vías de realizarse la obra de Martí que había quedado trunca en el 98. Y ella era una de esos combatientes en cuyas manos estaba la tarea.

Esa condición de combatiente activa la va a ratificar un mes después, el 28 de mayo, en el asalto al cuartel del Uvero. Celia dará allí la prueba de que, como ya había previsto Fidel desde el principio, la mujer era capaz de combatir junto al hombre con el mismo valor e idéntica serenidad. En Uvero participó con una carabina M-1 en la acción, desde la posición que ocupó la escuadra de la Comandancia, a pocos pasos de donde cae herido mortalmente Julito Díaz. Otras mujeres empuñarán después el fusil en la Sierra Maestra, pero siempre corresponderá a

Celia el mérito histórico de haber sido la primera, y de haberlo hecho bien.

•

Pocos días después de este combate, Fidel decide que Celia baje de nuevo al llano. Ha recibido noticias de que Herbert Matthews está de nuevo en Cuba y piensa visitar Santiago en busca de contactos e informaciones sobre el desarrollo de la lucha en la Sierra. Aunque ya Fidel ha enviado a Frank un detallado recuento de la acción de Uvero, considera conveniente y útil que alguien que haya convivido con la columna guerrillera y haya participado en el combate, ofrezca a Matthews una visión vívida y directa de cuál es la situación real, el desarrollo alcanzado por el Ejército Rebelde y sus potencialidades combativas. Nadie mejor que Celia, quien puede aprovechar su regreso al llano para volver a organizar la infraestructura de apoyo a la guerrilla en la zona de Manzanillo, que se ha ido debilitando gradualmente desde su subida a la Sierra en abril.

Sin duda, la misión era riesgosa. Después de Uvero, el Ejército enemigo tomó diversas medidas destinadas a estrechar el cerco a los rebeldes. Se incrementó el programa de bombardeo y ametrallamiento indiscriminado de la Sierra. Se aumentó el número y la calidad de los efectivos en operaciones. Es apenas una semana después de la acción cuando los mandos militares de la dictadura deciden enviar a la Sierra a su unidad escogida de combate, el Primer Batallón del Regimiento 1 de Infantería, compuesto por 800 hombres entrenados por asesores norteamericanos para la lucha antiguerrillera y equipados por los Estados Unidos con las armas más modernas. A raíz de Uvero es cuando se pone en práctica el programa de desalojo en masa del campesinado en grandes zonas de la Sierra, en

virtud del cual cientos de familias fueron concentradas en Santiago de Cuba, Bayamo y otras ciudades en una cruel reedición de la infame política de Wéyler.

En estas circunstancias, no era fácil ni carente de peligros intentar el cruce de las líneas enemigas y el viaje posterior hasta Santiago. Y la salida, en efecto, está llena de incidencias difíciles. Acompañada por el campesino Néstor Proenza en calidad de práctico, Celia sale vestida con blusa y saya campesinas, un ramillete de flores en la cabeza y una niña pequeña en brazos. Entre otras aventuras, una avioneta enemiga los descubre y ametralla persistentemente hasta que agota el parque.

Como parte de las medidas de desinformación de la dictadura en esta época, en los primeros días de junio el Gobierno anuncia con gran fanfarria que se ha producido un nuevo combate en las inmediaciones del Turquino, en el que los rebeldes habían sufrido nueve muertos, había sido capturada Celia Sánchez y ocupada “gran cantidad de municiones, una planta de radio y documentos importantes”. Nada de esto, por supuesto, era cierto. Ni hubo tal combate, ni fue ocupado nada, y Celia en ese momento estaba camino de Santiago.

Sin embargo, esta noticia causó en el campamento guerrillero una preocupación comprensible. La coincidencia del anuncio de la captura de Celia con el hecho de que en esos mismos días había bajado de la Sierra, era lo suficientemente sospechosa como para suscitar una zozobra que sólo se calmó cuando se recibió la confirmación cierta del Movimiento en Santiago de que ella estaba a salvo. El 15 de junio, Fidel escribe a Celia: “Recibimos tu carta con indecible alegría. Tú y David [Frank País] son nuestros pilares básicos. Si tú y él están bien, todo va bien y nosotros estamos tranquilos. ¿Para qué contarte la angustia y la tristeza de todos cuando escuchamos que habías sido detenida?” Y Raúl, por su

parte, le dice en un mensaje el 22 de junio: “Ya te habrás imaginado el susto que pasamos con la falsa noticia de la captura y a pesar de estar tan fuertes, ya nos sentíamos desamparados.”

En Santiago y Manzanillo la supuesta captura de Celia causó grave alarma. Desde su escondite en una casa del reparto Vista Alegre, Frank orienta que todo el aparato del Movimiento se ponga en función de confirmar la noticia y, caso de ser cierta, impedir que las fuerzas represivas asesinen a Celia prisionera.

Esa noche a Silvia, la hermana de Celia que vive en Santiago, la angustia no la deja conciliar el sueño. A las 2:30 de la madrugada siente un ruido en la ventana de la habitación y una voz que susurra: “Silvia, ábreme, soy yo.” Es Celia, toda enfangada pero todavía con sus flores en la cabeza, que viene desde Maffo en un carro de alquiler, y ha logrado atravesar los puntos de control enemigos haciéndose pasar por sirvienta de una casa en Vista Alegre que regresaba de visitar a su familia en el campo. A la mañana siguiente, Taras Domitro la recoge y la lleva a donde está Frank, quien al verla llegar la abraza y la levanta en peso, loco de contento.

•

Ésta fue la etapa de mayor peligro físico para Celia durante toda su actividad clandestina. Para otra persona de menos temple y serenidad, la situación en Manzanillo hubiera sido insostenible, ya que la persecución contra ella era cada día más feroz. A eso venía ahora a añadirse la amenaza que significaba la traición de José Morán, quien a las pocas semanas de haber bajado de la Sierra había provocado con sus delaciones la captura de un gran número de los cuadros clandestinos del Movimiento en la zona. Morán –el Gallego, como le llamaban– había

conocido a Celia en ocasión del encuentro en la finca de Epifanio Díaz en febrero, cuando se había dado el tiro que le sirvió de pretexto para bajar al llano, y sabía perfectamente la trascendental importancia del papel desempeñado por ella en el aseguramiento de la retaguardia del destacamento guerrillero.

La seguridad de Celia fue una preocupación constante de Frank en estas últimas semanas de su vida. El 27 de junio, por ejemplo, en un mensaje que le dirige desde Santiago, le dice: "Me han informado que ya todo el mundo sabe que tú estás en Manzanillo, que todo el mundo te ve y que te «quemán» las casas enseguida. Te pido que no sigas haciendo eso, yo sé los resultados que trae, te lo pido porque creo eres lo suficientemente prudente y disciplinada como para comprender tu importancia y necesidad. [...] No cometas locuras, cuídate y cuida los lugares donde estás." Es significativo que Frank, conociendo ya de sobra el celo obsesivo de Celia por cumplir con sus tareas de apoyo a la Sierra, apele a su sentido de la disciplina, pues sabe que éste puede ser el único argumento capaz de convencerla para que reduzca los riesgos de su exposición con la consiguiente limitación de su actividad y sus gestiones. Y de nuevo la admonición en uno de sus últimos mensajes dirigidos a ella, que ya para entonces ha adoptado un nuevo nombre de guerra: "Ten cuidado, Aly, mucho cuidado."

Como un eco amargo de esta frase, también Fidel le escribe a Celia el 14 de agosto, quince días después de la caída de Frank: "¡Cuídate mucho! No sé por qué, tengo la seguridad de que no te puede ocurrir nada. Ha sido demasiado grande nuestra desgracia con Frank, para que pueda repetirse."

Pero lo cierto es que, a pesar de todas estas recomendaciones, no puede decirse que Celia se cuidó mucho durante estos meses. Su sentido del deber, su responsabilidad ante

la tarea que tenía asignada, fueron más fuertes que cualquier otra consideración relativa a su seguridad personal en el ambiente de feroz persecución y represión de Manzanillo.

Después de sus entrevistas en Santiago con Frank y con Matthews, Celia regresa a Manzanillo alrededor del 5 de junio. Una de las primeras situaciones que debe afrontar es la solución de una serie de problemas organizativos en la actividad del Movimiento surgidos en su ausencia, sobre todo en aquellas cuestiones que tienen que ver con el envío de suministros y nuevos grupos de refuerzo a la Sierra. Ha habido dificultades con la selección, preparación y llegada a las montañas de estos nuevos refuerzos, y cierta desorganización que ha provocado malestares y tensiones entre los propios combatientes que integran esos grupos, todo lo cual, a su vez, ha causado el disgusto de Frank y del propio Fidel.

En parte como resultado de estos problemas, Frank decide enviar a Manzanillo un delegado personal, José Cala Benavides, quien tendría a su cargo discutir con Celia y los demás dirigentes del Movimiento en esa ciudad todas las situaciones surgidas y llegar a soluciones de común acuerdo. La visita se efectúa en los días finales de junio, y Celia puede informar a Frank de sus resultados en estos términos: "En tan poco tiempo se ha organizado todo: ahora vamos a ver cómo funciona, tengo grandes esperanzas que bien." Y a Fidel le comunica: "David mandó uno que ha estado unos días y hemos organizado de nuevo."

Otra de las misiones del delegado de Frank era procurar llevar a cabo el ajusticiamiento del Gallego Morán, pero el traidor había tomado sus precauciones y siempre se movía en Manzanillo bien armado y escoltado. Por esos días, además, abandona la ciudad y pasa a Santiago y luego a Guantánamo, donde finalmente es

ajusticiado por un comando local del Movimiento. La traición de Morán logró provocar una desarticulación momentánea de tal magnitud en el aparato clandestino en Manzanillo, que Celia, nunca muy dada a la exageración, informaba a mediados de julio a Fidel lo que había sido aquel momento: “Me dejó sola y en la calle.”

Quizás una de las pocas concesiones que hizo en esta etapa en aras de su seguridad, fue la decisión de adoptar un nuevo nombre de guerra en su correspondencia y sus relaciones clandestinas. Aunque en ocasiones había utilizado los seudónimos de “Lilian”, “Carmen” o “Caridad”, hasta ahora había sido “Norma”, la Norma legendaria de la preparación del Granma y del inicio de la lucha en las montañas. Había escogido el nombre porque era predilecto de su madre. Tanto es así que era el que ésta había seleccionado para su hija más pequeña. Al morir su esposa, el doctor Sánchez quiso llamar como ella a la recién nacida, pero quiso también respetar aquel deseo: el nombre completo de la hermana más joven de Celia es Acacia Norma. Pero a mediados de julio de 1957, en la casa de Lelia Ramírez en Manzanillo –su escondite de entonces–, “Norma” deja de existir, y nace “Aly”. Ya el 18 de ese mes, un mensaje enviado por Frank desde Santiago –firmado, por cierto, también con su último nombre de guerra de “Cristián” – es el primero de los documentos conservados en el que se registra el nuevo apelativo.

La razón del cambio la da a conocer Celia, en su manera directa de decir las cosas, en una carta a Haydée Santamaría el 2 de agosto: “A Norma la conocían hasta los perros.” Hasta en la Sierra se sabía que el nombre estaba quemado, y el propio Raúl le había mandado a decir desde los primeros días de marzo que cambiara de seudónimo.

Otra de las actividades que debe priorizar Celia a los pocos días de su regreso a Manzanillo, es el aseguramiento

de las condiciones para la subida a la Sierra de Raúl Chibás –hermano del fundador de la Ortodoxia– y otras figuras políticas opositoras, quienes sostendrán un encuentro con Fidel a principios de julio. Posteriormente, deberá ocuparse de la divulgación del manifiesto suscrito como resultado de estas conversaciones. En los primeros días de agosto, tras el impacto emocional de la muerte de Frank, Celia vuelca toda su energía en el apoyo y promoción de las huelgas desatadas en la zona de Manzanillo, igual que en Santiago y muchas otras ciudades del país.

Pero el foco principal de su atención y su gestión en todo este período sigue siendo el suministro y apoyo a la Sierra. Ya para esta época, Celia se ha desvinculado casi totalmente de la actividad general del Movimiento en Manzanillo para dedicar todos sus esfuerzos al aseguramiento de la lucha guerrillera. Ese había sido uno de los acuerdos de las reuniones de febrero, pero su materialización no había sido fácil. Todavía a finales de junio, Frank le insiste en la necesidad de que responsabilice a los encargados de los distintos frentes del Movimiento con el desarrollo de sus planes respectivos: “A nosotros y a Alex [Fidel] solamente nos interesa que tú te encargues de vía, suministros y comunicación con la Sierra. Es peligrosísimo mezclar estas funciones con las del Mov[imiento]. [...] Si tú no haces eso y pronto les pronostico un desastre.”

•

El desastre ocurrió, pero no en Manzanillo. El 30 de julio, Frank cae asesinado bajo el cielo blanco de Santiago.

La noticia de la muerte de Frank fue uno de los golpes más terribles que experimentó Celia en toda su vida. Posiblemente sólo haya habido, antes del triunfo de la Revolución, otro momento de dolor personal más agudo

que éste para ella, y fue en junio de 1958 cuando recibió en la Sierra la noticia de la muerte de su padre. Y después de enero de 1959 sólo enfrentó otros dos instantes comparables: la desaparición de Camilo y la caída de Che.

Los que tuvieron alguna vez la oportunidad de escuchar a Celia cuando evocaba la figura de Frank, pueden dar fe del entrañable afecto que sentía por quien Fidel llamó “el más valeroso, el más útil, el más extraordinario de nuestros combatientes”. En una ocasión, pocos meses antes de su muerte, en respuesta a una pregunta que le formularan, Celia dijo que para hablar de Frank habría que destacar ante todo su lealtad absoluta hacia Fidel, comparable con las de Raúl, Camilo y Che. Su modestia, por supuesto, le impidió incluirse ella misma en ese grupo, en el que también ocupa sitio por derecho propio. Muy alta era su opinión del joven dirigente santiaguero cuando valoraba en esos términos la proyección revolucionaria y humana de éste.

Era grande el respeto que sentía Celia hacia la persona y la autoridad de Frank, a tal punto que nunca cuestionó, ni siquiera en privado, ninguna de sus decisiones u orientaciones aun cuando no hubiese estado plenamente de acuerdo con alguna. Aceptó con disciplina ejemplar el envío por Frank de un delegado a supervisar y reorganizar la actividad del Movimiento en Manzanillo, y no sólo la aceptó sino que colaboró sin reparos con la misión que traía el enviado de Santiago. Se sometió a las medidas de control e información minuciosa de gastos e ingresos implantadas por Frank, aunque objetivamente deben haber constituido para ella un papeleo y una contabilidad engorrosos.

Frank, por su parte, no ocultaba la admiración y cariño que sentía por Celia. Es significativo el tono familiar y afectuoso de todas sus cartas y mensajes a ella, incluso aquellas donde tiene que plantear alguna crítica al trabajo.

Dentro de los esquemas organizativos de la actividad del Movimiento, cuya elaboración y aplicación fue una de las preocupaciones esenciales de Frank en las últimas semanas de su vida, la situación peculiar de Celia como punto de contacto principal con Fidel y la Sierra hizo comprender a aquél la necesidad de permitir en este caso una flexibilidad operativa excepcional, que no hubiera admitido si no hubiese tenido una confianza absoluta en Celia y una seguridad total en la eficiencia de la actividad que le tocaba realizar. Dentro de este esquema de organización de los mandos nacionales del Movimiento en el llano, fue Frank quien propuso ratificar a Celia como miembro de la Dirección Nacional del Movimiento y designarla Delegada de la Sierra.

No es casual el hecho de que los nombres de Frank y Celia estén vinculados tan estrechamente. Los vinculó, ante todo, su dedicación apasionada a la Revolución y su lealtad a Fidel, y los vinculó su atención primordial a las tareas de apoyo a la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. De ahí que Fidel pudiera escribir poco antes de la muerte de Frank estas palabras definitivas: “En cuanto a la Sierra, cuando se escriba la historia de esta etapa revolucionaria, en la portada tendrán que aparecer dos nombres: David y Norma.”

Al día siguiente del asesinato de Frank en Santiago, Fidel reconoce explícitamente la estrecha relación e identidad de Celia con el dirigente caído, al tiempo que ofrece esta demostración inequívoca de confianza en la capacidad, responsabilidad y dedicación de la aguerrida combatiente: “Por el momento tú tendrás que asumir, respecto a nosotros, una buena parte del trabajo de Frank y de lo cual estás más al tanto que nadie. Sé que no te faltarán fuerzas para añadir estas nuevas obligaciones a las que ya rebasaban el límite de tu resistencia física y

mental. Pero estos son momentos extraordinarios en que la voluntad y las energías se multiplican.”

•

Aunque estaba consciente de la importancia de su función en Manzanillo como retaguardia principal del Ejército Rebelde, la mayor aspiración de Celia durante todos estos meses seguía siendo poder reincorporarse con carácter permanente a la tropa rebelde en la Sierra. Fue, por eso, muy grande su alegría cuando recibió a mediados de agosto un mensaje de Fidel en el que, entre otras cosas, le decía: “¿Por qué no te das un viaje breve a ésta? Considera esa posibilidad, para que lo realices tan pronto pasen estos días que son de observación y expectación.” Y cinco días después volvía, ya en términos más concretos, sobre el tema: “Sería conveniente alguna conferencia entre ustedes y nosotros en vista de la nueva situación, aunque esta vez fuese mucho más breve. Hago extensiva la invitación a Vilma. Pero vengan preparadas para caminar duro.” La “nueva situación” a que se refería Fidel era, por supuesto, la creada por la muerte de Frank y la posibilidad de que apareciera un vacío en la actividad general del Movimiento y, en particular, en el trabajo de apoyo a la montaña.

Celia calificaría poco después esta invitación como “un bálsamo” que recibió en medio de la situación cada vez más insoportable de Manzanillo, producto del acoso de las fuerzas represivas, a lo que había que añadir la atención constante a la organización y disciplina del Movimiento en esa ciudad. De inmediato comienza a hacer los preparativos del viaje. Pero decide ir antes a Santiago a entrevistarse con René Ramos Latour, quien ha asumido, bajo el nombre de guerra de “Daniel”, las responsabilidades de Frank. Regresa a Manzanillo, y en

los días siguientes no logra hacer contacto con Rafael Castro, quien es el enlace que debe servirle de práctico en la subida a la Sierra.

Estos últimos días de agosto son de actividad desenfrenada. "A pesar del gran calor del verano no tuve tiempo de echarme fresco", le informará después a Fidel.

El 1º de septiembre por la noche llega el práctico a la casa donde Celia está escondida, y le informa que viene directamente de la Sierra con la encomienda de llevarla de regreso, ya que Fidel la manda buscar. El momento es particularmente difícil para ella. Pocas horas antes las fuerzas represivas han detenido al doctor Sánchez Silveira en su casa de Pílon, a pesar de que Celia le había mandado aviso de que viniera para Manzanillo, pues había conocido que existían planes contra él. Por manos amigas ha hecho llegar una denuncia a los colegios médicos nacional y municipal, con lo cual había logrado impedir por el momento que se consumara el asesinato de su padre. Sin embargo, ese mismo día recibe la información de que se fraguaba el proyecto de sacar al anciano esa noche del lugar donde lo mantenían custodiado en Manzanillo, con la intención seguramente de matarlo. Celia estaba en la preparación frenética de un plan para la fuga de su padre cuando llega el emisario de la Sierra. El aviso la coloca ante una disyuntiva dramática: ¿obedecerá las instrucciones y partirá de inmediato, dejando a su padre a merced de sus posibles asesinos? La decisión es característica. Ella misma se la informará a Fidel días después: "Creí más deber con ustedes que quedarme a defender la vida de él." Y parte a la mañana siguiente hacia la Sierra.

El día 5 ya está en plena Maestra, en la zona de Santo Domingo. Sin embargo, para esa fecha Fidel se está moviendo al Este del Turquino, muy lejos de donde ella se encuentra. Son los días anteriores al primer combate

de Pino del Agua. Celia envía a Mario Maguera, colaborador campesino de la zona, a localizar a Fidel y buscar orientación para ella. No lo acompaña, a pesar de que ése es su deseo, porque el mensajero le plantea que no puede llevarla con él.

La aviación enemiga bombardea diariamente los alrededores de Santo Domingo. A la casa de Clemente Verdecia, en El Naranjo, donde para Celia, llega una confusa noticia de movimientos enemigos por la zona y de un posible cerco. Pero Celia sigue esperando hasta el día 17, cuando recibe un aviso de Santiago de que baje a esa ciudad. Decide entonces regresar, sin haber podido hacer contacto con Fidel.

El día 19 está en Santiago, en la que sería su última visita a esa ciudad antes del triunfo revolucionario. Después de sostener diversas entrevistas con los dirigentes del Movimiento, regresa a Manzanillo el 22 de septiembre.

Su padre ha sido puesto en libertad y se ha trasladado a La Habana por recomendación de familiares y amigos. Sin embargo, pretende regresar. Celia le escribe el 26 de septiembre una larga y cariñosa carta con la intención de convencerlo para que desista del proyecto. De esa carta es este pasaje definitorio: "Cada día veo lo necesaria que era para Cuba esta Revolución. Se gestó una conciencia revolucionaria y la hemos llegado a conseguir. [...] Ahora el pueblo tiene conocimiento de sus propios sentimientos y la Revolución va por encima de todo."

En uno de sus mensajes a Frank, precisamente el que éste tiene en sus manos en casa de Raúl Pujol pocas horas antes de su muerte, Fidel había pintado el siguiente cuadro de lo que significaba para la tropa guerrillera la colaboración campesina como expresión de la participación popular en la lucha, que por su elocuencia merece ser citado en extenso:

Ahora sí sé lo que es el pueblo, lo veo en esa fuerza invencible que nos rodea por todas partes, lo veo en esas caravanas de treinta o cuarenta hombres, alumbrados con antorchas, bajando las pendientes enfangadas, a las 2 y las 3 de madrugada, con setenta libras [de] peso al hombro, conduciendo abastecimientos para nosotros. ¿De dónde han salido? ¿Quién los ha organizado tan maravillosamente? ¿De dónde han sacado tanta habilidad, tanta astucia, tanto valor, tanta abnegación? ¡Nadie lo sabe! ¡Es casi un misterio! ¡Se organizan solos, espontáneamente! Cuando los animales se cansan y se echan al suelo imposibilitados de nuevos viajes, surgen por doquier los hombres y traen la mercancía. La fuerza no puede ya nada contra ello. Tendrían que matarlos a todos, hasta el último campesino, y eso es imposible, eso no lo puede realizar la tiranía; de eso se da cuenta el pueblo y se hace cada día más consciente de su inmensa fuerza.

Nuestro ejército armado es minúsculo, insignificante, comparado con el inmenso y temible ejército que tenemos en el pueblo: hombres, mujeres, viejos y hasta los niños que admiran a los revolucionarios como personajes de fábulas.

Palabras estas últimas de vigencia permanente, y condición histórica esencial del triunfo de la Revolución cubana y de su consolidación y fuerza a lo largo de todos estos años de agresiones y presiones hasta hoy.

Y es a este hermoso pasaje de aquella carta de Fidel, que había pasado, como todas, por sus manos, al que se refiere Celia al escribirle a su padre sobre un tema que ella sabe cercano al corazón rebelde del viejo: “Tuve carta

del hermano contándome que ya todos los campesinos están alzados. Es maravilloso ver cómo esos guajiros se han organizado, mejor que nosotros y mejor disciplinados; no son los que están dentro de nuestro Ejército Rebelde, sino los que están organizados por zonas, esto es fantástico.”

•

Quienes convivieron con Celia en su última etapa clandestina en Manzanillo, coinciden en evocarla en constante actividad a toda hora del día y de la noche. Si no estaba atendiendo algún asunto relacionado con las tareas del Movimiento o con el trabajo de aseguramiento de la Sierra, si no estaba recibiendo a algún compañero que venía a informar o recibir orientaciones, o escribiendo algún mensaje o informe, o hablando por teléfono con algún contacto en Manzanillo o en Santiago, estaba ayudando en la limpieza de la casa, en la cocina, en la vida doméstica cotidiana del hogar que en ese momento le servía de refugio. Muchas eran las madrugadas que pasaba conversando con alguno de los miembros de la familia, y hablaba entonces de Fidel, de la Revolución, de los planes para el futuro, del desarrollo de la lucha y de la seguridad de la victoria.

No es difícil imaginar que para una persona del temperamento inquieto de Celia, de su afán por hacer en momentos en que siempre había algo por hacer, ha de haber sido dura la disciplina de la vida clandestina. Y luego, la mordida de la soledad, la falta de contacto y a veces hasta de noticias de su familia y sus seres más queridos, de su padre. Muy de tarde en tarde, la alegría fugaz de una visita de su hermana Acacia o de alguna de sus más viejas amigas y colaboradoras manzanilleras, como Micaela Riera o Elsa Castro.

Por eso, con la justificación de los muchos contactos que tenía que realizar para buscar dinero y ayuda, Celia rompía su encierro y se lanzaba a la calle. Lo hacía siempre acompañada por otro militante clandestino y la mayoría de las veces ingenuamente disfrazada con la barriguita postiza que le habían preparado desde los días del Granma, espejuelos, pelucas y maquillajes desfiguradores que, en ocasiones, lejos de hacerla pasar inadvertida, llamaban más la atención sobre ella. Y así, iba con Héctor Llopiz – quien era, además, su enlace principal con el mundo exterior y quien la movía preferentemente de escondite –, Guerra Matos, Quique Escalona o algún otro compañero, a entrevistarse con un apoderado del azucarero Julio Lobo, o a pedir dinero al arrocero Pedrito Alvarez, o a tratar de obtener alguna colaboración de un comerciante adinerado, o a encontrarse con alguien que estuviera de paso en Manzanillo camino de la Sierra.

Que Celia estaba y se movía en Manzanillo, nunca fue secreto para el enemigo. Pero la firmeza y la lealtad de los combatientes y colaboradores manzanilleros fue la garantía mejor para su seguridad y para el desarrollo de su actividad incesante. Fue vista muchas veces por gentes que la conocían y sabían que era buscada ferozmente, pero nunca fue delatada.

En estos días posteriores al regreso de su tercera visita a la Sierra, Celia siente físicamente cómo se estrecha el cerco represivo en Manzanillo. Burlado por esta mujer que es como una presencia intangible en toda la ciudad, el capitán Caridad Fernández, jefe militar de Manzanillo y uno de los más feroces esbirros de los aparatos represivos, ha dado una orden perentoria: hay que capturar a toda costa a Celia Sánchez, aunque haya que registrar casa por casa y calle por calle. Se refuerza la vigilancia en las entradas y salidas del pueblo, se incrementan los

allanamientos y los despliegues represivos. Una tarde, en pleno parque de la ciudad, frente a la iglesia, el propio Caridad Fernández da escape a su impotencia vociferando con lujo de detalles, ante el odio silente de los que lo escuchan, las crueldades que tiene reservadas para la intrépida revolucionaria cuando logre capturarla.

El 30 de septiembre, Celia escribe a Daniel: “Mi viaje fue muy bueno, pero al primer pie que puse en Manzanillo chivatearon mi entrada y a diario me buscan. Fueron a casa de mi hermana dos camiones y dos jeeps de soldados. ¡Qué espaviento! [...] En estos últimos días me he enterrado en vida, después de pasar los primeros días corriendo. Ya desde mañana empiezo a salir para ver a muchos para plata.” Es decir, a pesar de todo Celia sigue en sus gestiones en busca de recursos, que necesariamente la sacan de la relativa seguridad que significan las casas donde se oculta. Su actividad en estos días raya en lo temerario, pues no hay garantía alguna de que las personas a las que acude para solicitar dinero u otra ayuda — hacendados, comerciantes, profesionales, gente toda relativamente pudiente y, por tanto, de posición política cuando menos equívoca — no puedan prestarse para tenderle una trampa y hacerla caer en manos de sus perseguidores y seguros verdugos.

Pero Manzanillo siguió siendo fiel a Celia, y lo fue hasta el final de su vida clandestina en la ciudad. Más de una veintena de casas manzanilleras, dispersas por toda la ciudad y sus afueras, le sirvieron de refugio y centro de operaciones en estos meses. Así, las de René Vallejo, Rafael Sierra, Abelardo Ramírez, Ramón Ross, Cira Escalona, Angela Llopiz, Celianito Fernández, Nené Villán, Ricardo Lorié, Ramiro Llopiz, Genoveva Izaguirre, Orestes García, Elena Fornés, René Suárez, Ramiro Espinosa, Pedro Eduardo Saumell y otras en las que su estancia fue más o menos reiterada o prolongada.



Al lado de Fidel revisa las finanzas Sierra Maestra, 1957.

No obstante, no dejó de pasar Celia por momentos difíciles en Manzanillo, en los que puso a prueba su ingenio y su coraje. Una noche, la Policía llegó a la casa de Vallejo cuando ya Celia estaba acostada. Sin posibilidad alguna de otra cosa, mientras los esbirros entraban por la puerta de la calle, no tuvo más opción que esconderse debajo de la cama, donde permaneció todo el tiempo que demoraron



En el río de Las Vegas, Sierra Maestra, 1957.

en revisar la casa, incluyendo la habitación en que ella se encontraba.

Pero, de todas maneras, la situación se tornaba cada día más insostenible. Y así, alrededor del 15 de octubre de 1957, Celia sale una vez más de Manzanillo en dirección a la Sierra. Pero en esta ocasión ya no regresará antes del triunfo revolucionario. El día 17 llega al campamento de Fidel. Aunque el plan inicial es tener la entrevista que no pudo ser el mes anterior, y regresar enseguida al llano, Fidel decide que Celia se quede un tiempo, hasta que amaine un poco el clima de represión en Manzanillo. En su primer mensaje desde la montaña, dirigido a Quique Escalona, le dice: “Me viene muy bien la quedada por acá. [...] Nunca he creído que me descubrieran, pero últimamente se me puso tan difícil que sí me creí en la red. Después de esta persecución, esa corredera, esa inseguridad en todas partes, aquí me encuentro tan tranquila, tan segura, que ojalá no tenga que volver pronto.”

Su deseo se cumplió, quizás más rápido de lo que ella misma pudo haber previsto. Sin duda, Celia se hizo muy pronto indispensable para la tropa guerrillera, porque ya a finales de noviembre le escribe a Elsa Castro: “No pienso ir, sólo algo de suma importancia que nadie más que yo pudiera resolverlo, y creo que no se presente. Aquí trabajo también pero me siento feliz y tranquila, no hay quien me persiga.”



En la Gran Piedra, Santiago de Cuba en los primeros años de la década de 1960.



13

Al triunfo de la Revolución, Celia no sólo se había convertido en el principal archivo viviente de la lucha insurreccional, sino que había logrado conservar el mayor volumen de documentos existentes relacionados con la guerra. Se dio entonces de inmediato a la tarea de completar lo que no había podido recopilar en la Sierra. La organización y enriquecimiento del tesoro documental de la Revolución, el rescate y conservación del más minúsculo e insignificante papel, fue una de sus preocupaciones constantes prácticamente hasta el último día de su vida.

Es elocuente por partida doble la nota que dirige a Camilo el 16 de marzo de 1959, primero por lo que dice y segundo por lo temprano de la fecha:

Querido Camilo:

He comenzado a poner todo el archivo de la guerra en plástico, los originales. Después pasar ese archivo a rollos de film, que será el archivo de uso y el auténtico para nuestro museo. Ya que me voy a ocupar de esto quiero hacerlo completo, o sea, comenzando de antes del Moncada. Aparte quiero todo lo que sea de Fidel, todos sus discursos, todos sus escritos, sus cartas, hasta el último papelito. En esto pueden ayudar ustedes

entregando todo, esto va a ser de todos. Si estás conforme y como ustedes no tienen tiempo puedes delegar en todo lo tuyo en mí. ¿Conforme? Me interesan todos tus escritos, tus cartas, son interesantes porque escribes muy bonito y porque todo es interesante. Abrazos.

Celia Sánchez M.

No me pongas nada en orden.

La intención es manifiesta y los planes no pueden ser más evidentes y precisos. Ya Celia habla de procedimientos y principios básicos de conservación, de precedencias y formas de organización, que serán las mismas que se aplicarán pocos años después.

No obstante, las prioridades generales del país demostraron ser otras en estos años primeros. Estaba en juego la supervivencia misma de la Revolución, frente a la política cada vez más abiertamente agresiva de los Estados Unidos. Inevitablemente, la atención a la historia tuvo que pasar a un plano secundario.

No fue sino hasta 1963 cuando pudo Celia retomar la actividad de localización, organización y preservación de los documentos de la lucha revolucionaria. En su propia casa conservaba con esmero todo lo que había acumulado hasta entonces. Los documentos reunidos en la Sierra estaban guardados en muchos casos en los mismos paquetes preparados en la guerra: bolsos de nylon llenos de disímiles papeles, fajos envueltos en papel de estraza y atados cuidadosamente con cordel. Allí estaba el caudal recopilado con tanto celo y pasión, pero todavía desordenado. Otros muchos papeles conseguidos como resultado de sus gestiones de los primeros años después del triunfo, se conservaban en grandes bolsas de lona del tipo de las que se utilizan para el correo.



En la Oficina de Asuntos Históricos, el colaborador mexicano Arsacio Vanegas entrega documentos de los expedicionarios del Granma.

Con la ayuda de un reducidísimo grupo de colaboradores, comenzó entonces Celia a organizar aquella copiosa documentación y hacer sus inventarios tentativos. Largas fueron esas primeras noches y madrugadas, aprovechando las horas que le dejaban relativamente libres sus demás ocupaciones, pasadas en la clasificación cuidadosa de toda aquella correspondencia. Era lento el trabajo, pero ha de haber sido apasionante para ella revivir, mediante la lectura ocasional de algún pasaje, aquellos episodios trascendentales de la lucha, de muchos de los cuales había sido protagonista o testigo de excepción.

Era costumbre de Fidel y otros jefes guerrilleros anotar cuidadosamente la fecha y hora en que escribían. Pero muchos papeles carecían de esa referencia, y uno de los primeros trabajos que asumió personalmente Celia fue tratar de ubicar cronológicamente toda esa documentación. Hoy se conservan innumerables documentos que muestran en una esquina del papel, en

su letra característica, la fecha puesta por ella en esa ocasión, o la identificación del autor, cuando no hay firma.

Al propio tiempo, rempendió Celia directamente la búsqueda, localización y recogida de la documentación que aún quedaba dispersa. Para ello comisionó a unos pocos compañeros que se dieron a la tarea desde entonces de recorrer la isla, visitar antiguos combatientes y colaboradores, indagar, revisar archivos de la tiranía, desenterrar literalmente de patios y fincas papeles escondidos durante la guerra, recoger, recoger. Y fueron creciendo los fondos, y fue complicándose el trabajo.

A principios de 1964, la actividad desbordaba ya las posibilidades físicas de espacio de la pequeña sala de la vivienda de Celia, y fue necesario acondicionar un local cercano. Allí se instalaron mecanógrafos y operadores de equipos de impresión; allí se preparó un rudimentario laboratorio fotográfico. Allí se conservaban los



En la Oficina de Asuntos Históricos, escucha una charla histórica de Cayita Araujo. 1978.

documentos ya clasificados con elementales medidas de seguridad y protección ambiental, y allí seguían llegando nuevos documentos. Al propio tiempo, la actividad rebasaba también el marco organizativo inicial, basado en la prestación temporal de servicios de compañeros provenientes de otros organismos e instituciones. Ya resultaba evidente que la labor de localización de documentos y enriquecimiento progresivo de los fondos que se venían acumulando, podría ocupar una cantidad indeterminada de tiempo. Prueba de ello es que todavía hoy el trabajo no está ni con mucho concluido, y siguen y seguirán apareciendo papeles dispersos. Pero, sobre todo, era obvio que la tarea de preservación de esos fondos sería permanente.



En la Oficina de Asuntos Históricos con el Comandante José Quevedo Pérez, durante los preparativos de la filmación de la película sobre la batalla del Jigüe, en los años 70.

Y así, una noche del mes de mayo de 1964, en conversación con algunos de los colaboradores que habían venido trabajando con ella en esta labor, Celia anunció su decisión de crear con carácter oficial, dentro de la estructura administrativa de la Secretaría de la Presidencia, una oficina cuya función sería asumir institucionalmente la responsable tarea. De esta manera caracte-

rísticamente informal, y en el apropiado marco de la misma sala de su apartamento donde se dieron los primeros pasos, nació la Oficina de Asuntos Históricos, bautizada con ese nombre por ella misma aquella noche.

Solía Celia visitar la Oficina casi día por día, conocer directamente la marcha del trabajo, orientar y decidir sobre todo lo relacionado con la actividad que en ella se realizaba – que era quizás su actividad más querida –, atender allí inclusive múltiples asuntos de sus muchas otras responsabilidades.

Gracias a este esfuerzo sostenido impulsado por Celia, las bóvedas de la Oficina de Asuntos Históricos guardan hoy más de 70 mil documentos originales de la lucha revolucionaria cubana, inmenso tesoro que constituye un legado de valor inapreciable para las nuevas generaciones de cubanos. Pero su celo y amor por la historia patria alcanzó también los papeles de otros próceres de etapas



Durante la reunión con los médicos guerrilleros en el periódico Granma, los días 11, 13, 15 y 16 de noviembre de 1967. A la izquierda el doctor José M. Miyar Barrueco.

anteriores. Por gestiones de Celia se salvaron fondos documentales de Máximo Gómez, Francisco Vicente Aguilera, Carlos Manuel de Céspedes o Manuel Sanguily, por mencionar solamente unos ejemplos. Y por voluntad expresa de Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo y sucesor del albacea de Martí, Celia asumió a la muerte de Quesada la custodia de la papelería martiana, la cual se encuentra depositada íntegramente en la Oficina de Asuntos Históricos. Circunstancia plena de simbolismo es ésta, en virtud de la cual se han reunido en el mismo recinto los documentos del Maestro y los de su más alto discípulo histórico.

Fue Celia también quien impulsó la labor de investigación sobre el desarrollo de la lucha en el Primer Frente guerrillero, actividad que orientó y siguió paso a paso, desde los primeros trabajos de reconstrucción de la batalla de Guisa en 1972, que dirigió personalmente, hasta la lectura cuidadosa de cuanto material se elaborara sobre el tema por el pequeño grupo de investigadores que constituyó al efecto. Celosa defensora de la historia, era feroz su vigilancia en cuanto al respeto a la más estricta exactitud y verdad históricas, e implacable su crítica a cuanto saliese publicado que se apartara aunque fuese en un mínimo detalle de la realidad de los hechos.

A Celia se debe también el hecho de que se hayan conservado intactos lugares importantes relacionados con la lucha en la Sierra Maestra, como la Comandancia de La Plata. Fue ella la impulsora de todo el trabajo iniciado en la Sierra para proteger o restaurar esos lugares, manteniendo la misma fisonomía que tenían en la guerra. Decía Celia que el mejor monumento era la preservación del lugar donde había ocurrido, por ejemplo, una batalla, pues era así solamente como las generaciones más jóvenes podrían tener la idea exacta de las condiciones en que se

desenvolvió la lucha. No obstante, promovió el desarrollo de la construcción de conjuntos monumentarios sobre los hechos y figuras relevantes de la Revolución, velando siempre por que estas construcciones no desfiguraran el entorno original. De ella también fue la idea de crear pequeños museos históricos en cada uno de los escenarios más importantes de la guerra, proyecto que comenzó a materializarse después de su muerte.

•

En cada rincón de Cuba hay una obra de la Revolución en que intervino el corazón generoso, la mano activa y el gusto exquisito de Celia.



Con el arquitecto Mario Girona, el doctor René Vallejo y otros colaboradores durante la construcción del centro turístico de Guamá en la Ciénaga de Zapata.

La idea de la construcción del centro turístico de Guamá, en la laguna del Tesoro, como parte del conjunto de proyectos relacionados con el desarrollo de la ciénaga de Zapata, surge al calor de las conversaciones de Fidel

con un grupo de carboneros de la ciénaga y sus familiares durante la cena que comparte con ellos en la Nochebuena de 1959. Celia se hace cargo de que la obra orientada por Fidel se ejecute y mantenga las características con las que fue concebida. Con gran entusiasmo, como en todo lo que acometía, comienza su trabajo en Guamá, no carente de dificultades debido a la escasez de personal técnico calificado, las condiciones difíciles del medio de la ciénaga y la falta de materiales idóneos y medios económicos.

Aunque ya Celia había adquirido alguna experiencia en la ejecución de proyectos que se salían de lo común, como las cabañas en los árboles del parque de La Güira, en Pinar del Río, la obra de Guamá era mucho más compleja. El proyecto contemplaba la construcción de un número considerable de cabañas espaciales en la laguna, un restorán y otras instalaciones para los visitantes y trabajadores del centro, una aldea taína con figuras escultóricas, un museo, un taller de cerámica y otro restorán en la boca de la laguna. Todas estas construcciones, de madera rústica y techos de guano, debían tener características muy definidas y homogéneas.

Celia siguió paso a paso el trabajo relacionado con Guamá. En el caso de la aldea taína, proyecto encomendado por ella a la escultora Rita Longa, estuvo al tanto de todo el proceso en sus distintas etapas: modelado, vaciado, fundición y emplazamiento en el lugar de las figuras.

En la céntrica esquina de las calles L y 23, en La Habana, donde antes había estado el viejo hospital "Reina Mercedes", existía a mediados de la década de 1960 una instalación anacrónica y fea que prestaba un servicio gastronómico indiferente y servía de punto de reunión de elementos poco deseables. En ocasión de prepararse la celebración en La Habana de un importante congreso

internacional de arquitectos, Fidel propone construir en el lugar una heladería gigante capaz de acomodar a mil personas, que serviría como centro de consumo de una nueva línea de producción de helados de superior calidad y abundante variedad de sabores. De nuevo es Celia quien se hace cargo de la ejecución de la obra, al pie de la cual se mantuvo prácticamente los seis meses que demoró la construcción. Coppelía, la catedral del helado de fama ya internacional, fue otra de las obras ejecutadas al impulso del dinamismo de Celia.

Pero no sólo tuvo que ver con la construcción. Con su dedicación obsesiva a los detalles, estuvo atenta a la selección del personal que prestaría servicios en la heladería, al diseño y colores de los distintos uniformes de trabajo de hombres y mujeres, a la vajilla que se utilizaría, a la presentación de los diversos platos, todos a base de helado. La terminación de Coppelía y su entrada en servicio fue motivo especial de satisfacción y alegría para Celia, porque era algo más – y algo, sin duda, especial y original – que la Revolución podía brindar al pueblo.

Inicialmente, el Campamento 5 de Mayo iba a ser instalado en los valles de Picadura. Luego se decidió su ubicación en Cayajabos, en la sierra del Rosario. Se trataba de una instalación que debería recibir grupos relativamente numerosos de jóvenes estudiantes extranjeros, que combinarían la recreación con el trabajo voluntario y el conocimiento del proceso de la Revolución cubana, e intercambiarían experiencias con jóvenes cubanos.

Aunque Celia no fungió como la encargada de dirigir esta obra, en la práctica resultó una de sus animadoras principales. Era el enlace directo entre los responsables de la obra y Fidel, y estuvo pendiente de cada paso y detalle, desde la selección definitiva del lugar hasta la terminación

de los trabajos. Su experiencia y su gusto fueron de particular valor para el embellecimiento final de las instalaciones.

Celia era visita frecuente a Cayajabos cuando se estaba construyendo el campamento, presta a ayudar en lo que fuera, a supervisar la ejecución del proyecto para que se conservara el diseño constructivo en el que ella también había puesto su mano. El conjunto se construyó dentro del bosque. Celia dispuso la siembra de centenares de miles de mariposas, 18 mil matas de gardenia y un buen número de árboles frutales ya crecidos. A ella se debió, en definitiva, el toque de originalidad y belleza exuberante que se logró al integrar la obra constructiva del hombre al medio natural.

•

Quienes participaron en aquella pintoresca excursión, recuerdan todavía vívidamente el día que Celia los invitó a recorrer una extensa área de fincas, potreros y tierras baldías en las afueras de La Habana, donde Fidel quería crear un gran parque para la población capitalina. Cuando llegaron al lugar al que los habían citado, encontraron una casa de campaña. Era de Celia, que ya la tenía instalada allí para seguir de cerca la obra que todavía no estaba siquiera en proyecto, y que al cabo devino el Parque Lenin.

Esa tarde, mientras realizaban el recorrido a caballo, comenzó a llover intensamente. Algunos plantearon a Celia suspender la visita y regresar al otro día, pero ella se negó de plano: habían ido a conocer el lugar y terminarían de hacerlo con lluvia o sin lluvia. Durante otras dos horas soportaron todos el frío chaparrón, pero la visita de trabajo se cumplió.

La concepción general del Parque Lenin fue de Celia. “Tenemos que enseñar al habanero — repetía — a que ame el campo, el bosque. Aquí vamos a sembrar los árboles grandes, moteados, vamos a crear un bosque, y vamos a pedir ayuda a todo el mundo, a todos los organismos. Esta es una vieja idea de Fidel, que hemos conversado él y yo muchas veces.”

Allí no había nada. Lo primero que hizo fue reunir un grupo de arquitectos, ingenieros, diseñadores. Contagiados por su entusiasmo, como siempre solía suceder, proyectistas y obreros trabajaron meses enteros albergados en tiendas de campaña. La propia Celia se encargó de resolver las dificultades constantes y a veces aparentemente insuperables que se presentaban a diario. Fue ella en persona, al frente de los trabajadores de la entonces Presidencia de la República, quien organizó y participó en las alegres jornadas populares de trabajo voluntario que se realizaron en el parque. Lo mismo se la podía ver sembrando bulbos de mariposa que cargando piedras. Por eso el Parque Lenin, ideado por Fidel, es sin duda obra material de Celia. Y donde no había nada, está hoy ese gigantesco monumento a su empuje y laboriosidad, que ya ha sido disfrutado por más de 200 millones de visitantes.

•

En 1974 comienzan los primeros trabajos en la playa de Tarará para crear lo que sería la Ciudad de los Pioneros “José Martí”. En su concepción inicial, la “ciudad de los niños”, como se le llamaba al principio, sería un conjunto más pequeño, más modesto. Cuando Celia entra a participar activamente en la obra, el proyecto adquiere otro vuelo y dimensión. Es entonces cuando se plantea la

posibilidad de aprovechar todo el antiguo reparto residencial para las instalaciones del campamento.

Al principio, Celia transmitía a los encargados de la obra ideas sugeridas por Fidel, pero llegó un momento, recuerdan los constructores, que ya no se sabía si lo que ella planteaba eran iniciativas de Fidel o ideas propias, tal era la identificación de pensamiento e imaginación que se manifestaba entre los dos, y la pasión y el entusiasmo con que defendía sus propuestas. Un caso concreto fue la discusión acerca de la necesidad de establecer, dentro de la ciudad, un área especial para atender a los niños diabéticos y asmáticos. Algunos defendían la tesis de que no debían establecerse diferenciaciones, que en el campamento, por razones de organización, no podrían existir regímenes especiales. Celia, sin embargo, sostuvo intransigentemente el criterio de que la tesis anterior



En la inauguración del Palacio de los Pioneros del Parque Lenin.

significaba excluir a estos niños con problemas de salud de los beneficios que disfrutarían todos sus otros compañeros, y el principio de que una discriminación semejante no era tolerable. Aquí, evidentemente, defendía con pasión un criterio de Fidel que también era de ella. Al fin logró que prevaleciera su opinión y se establecieron dentro de la ciudad facilidades especiales que, sin crear una obvia sensación de diferenciación al niño enfermo, le permitieran gozar de las instalaciones del campamento como todos los demás.

En Tarará demostró Celia una vez más su atención a los detalles. Cuando se planteó la necesidad de señalar las distintas áreas del extenso campamento, Celia se opuso al empleo de textos y argumentó que los niños comprenderían mejor una gráfica en dibujo que fuera capaz de transmitir la información requerida. La espectacular entrada principal fue otra de sus batallas. Decía Celia que los niños debían entrar al campamento como si entraran en un circo o en un gran parque de diversiones, que en definitiva era el objetivo de la instalación. Se preocupó por el tránsito de vehículos en las calles interiores, y de ella partió la decisión de limitarlo a los servicios indispensables y utilizar vehículos especiales de poca velocidad. Y así todas las medidas que contribuyeran a la absoluta seguridad de los niños.

En Tarará se conservaba la casa donde, en los primeros tiempos de la Revolución, vivió Che a causa de su asma crónica. El día de la inauguración de la ciudad, acto al que Celia asistió haciendo una excepción rarísima –quizás porque se trataba de una instalación para los niños– a su norma de no aparecer públicamente en ninguna de las obras que ella misma había creado, fue con los pioneros a esa casa, convertida en pequeño museo, se sentó en el suelo rodeada por ellos y les habló largamente del Che, de sus

virtudes revolucionarias, de su voluntad y heroísmo, y de la necesidad de cuidar mucho la casa y visitarla a menudo con respeto. Como siempre que hablaba con los niños, mantuvo en vilo a su infantil auditorio, y dejó fluir toda la ternura que siempre guardó en su corazón para cuando estaba frente a un niño.

El día en que se terminó de instalar el funicular del campamento, fue avisada para que presenciara la primera prueba. Estaba previsto que el cruce se realizara con la cabina llena de sacos de cemento. En la conversación previa con los constructores japoneses, éstos le garantizan a Celia que el aparato funcionará con toda seguridad. Decide entonces montar ella misma, no para hacer gala de temeridad, pues con su historia a nadie tenía que convencer de su arrojo, sino para inspeccionar bien de cerca el funcionamiento y estar absolutamente segura de que el equipo no ofrecía peligro alguno para sus pequeños usuarios.

•

Conjuntamente con el trabajo en el Parque Lenin y el inicio de las obras en el Zoológico Nacional, Celia se hace cargo de la atención al plan orientado por Fidel de construcción de hoteles en varios lugares del país. El primero sería el “Mar Azul”, en Santa María del Mar, al que seguirían los de Pasacaballos, Guardalavaca y otros más. Celia inspeccionaba una vez a la semana las obras bajo su cuidado, y daba soluciones a todos los problemas. No había cortinas, ni tela para hacerlas, ni dinero para importarlas; Celia buscó un estampador, le procuró un local y tres o cuatro ayudantes que aprendieran de él, se pintaron lonas y lienzos y se hicieron las cortinas. Decía Celia que el hotel cubano tenía que estar adaptado al ambiente del país, tenía que ser un hotel tropical, no como

el Habana Libre o el Riviera, muy fastuosos, pero ajenos a las características y necesidades de Cuba.

Al impulso de su entusiasmo se inició la construcción de todos esos primeros hoteles. El más querido por ella, en cuyo proyecto participó desde la selección del emplazamiento hasta el trazado sinuoso de la carreterita de acceso para no dañar una sola mata del cocal, fue el de Marea del Portillo, en Pilon, verdadera joya de rojos techos engarzada entre el mar y la montaña. Era motivo de particular orgullo para ella mencionar el hecho de que aquel remoto lugar casi inaccesible, cerca del cual vivió su juventud, gracias a la Revolución podría contar con una instalación semejante.

La casa de descanso para cosmonautas, en Varadero, fue una obra de atrevido diseño y difícil ejecución. Celia siguió muy de cerca todo el proceso de construcción. Los responsables del proyecto tenían que comunicarse con ella diariamente para reportar la marcha de los trabajos, y cuando menos la esperaban, no era raro que se apareciera en Varadero a inspeccionar a pie de obra el trabajo.

Para la atención de personalidades extranjeras de alto nivel se preparan casas adecuadas destinadas a que el visitante se sienta cómodo y a gusto. Como es obvio, estas instalaciones deben reunir determinadas características que muestren el buen gusto del anfitrión, la funcionalidad de la instalación y la eficiencia del servicio y la atención. A Celia se debe la construcción o adaptación y el establecimiento de las normas de funcionamiento de casi todas estas casas de visitas y protocolo del país. En este terreno, era particularmente exigente: los detalles constructivos, la decoración, los muebles, los jardines, el servicio, todo era supervisado directa y minuciosamente por ella. No era inusual que formara un alboroto porque, por ejemplo, como ocurrió en realidad en la Isla de la Juventud, el interruptor de la luz en una de las habitaciones

no era igual a los del resto de la casa. Era muy rigurosa en la selección y preparación del personal que atendía estas instalaciones, y sumamente exigente en cuanto a la calidad del servicio. Intervenía hasta en el uniforme de trabajo: fue ella quien implantó la guayabera de manga corta y colores claros para los hombres y el vestido guayabera para las mujeres, con el argumento de que eran prendas cubanas, cómodas y sencillas, plenamente adecuadas al ambiente de estos lugares destinados a la actividad protocolar del Estado.

Muchas otras obras están asociadas al empuje de Celia y a su pasión de constructora, en el sentido más noble y amplio de la palabra. En torno a cada una de ellas hay decenas de historias y anécdotas que aportan un detalle más sobre su personalidad inigualable. Pero se correría el peligro de fatigar y, en última instancia, lo esencial está dicho. Ahí quedan, como otros tantos monumentos a su



Revisando la maqueta para la reconstrucción de la casa de Birán.

entusiasmo y sensibilidad, las escuelas en el campo, la escuela “Lenin” y otras vocacionales, el salón de protocolo de Cubanacán, el gran salón de recepciones del Palacio de la Revolución – obra exquisita y de espectacular sobriedad que quita el aliento a todo visitante extranjero –, el Palacio Central de Pioneros “Ernesto Che Guevara”, el campamento internacional de pioneros en Varadero y muchas más. Ahí está su última gran obra, orgullo del país por su diseño y eficiencia, que es el Palacio de Convenciones, construido e inaugurado en 1979 para la Sexta Conferencia Cumbre de los Países No Alineados.

Cada una de las obras en que participaba, se convertía de hecho en una obra de Celia. Asumía de tal modo su papel de constructora, que entraba a colaborar de lleno desde la fase de proyecto. Enemiga de todo lo que oliera a burocracia, combatía en los proyectos los espacios excesivos de oficinas. Decía que cualquier área disponible invitaba al crecimiento de un aparato burocrático. La funcionalidad, la cubanía, la integración con la naturaleza, eran sus preocupaciones principales, todo en aras de un objetivo último: la belleza. Por dondequiera que pasó, Celia sembró con sus obras belleza y amor.

•

El plan porcino, surgido a partir de las posibilidades de poder utilizar los sobrantes de comida de los planes de becas para la crianza de cerdos, fue otra de las iniciativas en que intervino Celia. La primera experiencia se realiza en una finca de Bauta, con siete machos y cien hembras. Estuvo pendiente del desarrollo de este plan y en pocos años pudo comprobar el acierto de haber aprovechado esos recursos para la alimentación porcina.

Como éste, fueron muchos los planes especiales desarrollados al impulso de su imaginación y entusiasmo. Casi siempre nacidos a partir de una idea de Fidel para dar solución a una necesidad concreta sin afectar los planes generales de los grandes sectores de la economía, fue Celia la encargada de materializarlos en su inmensa mayoría.

A partir del planteamiento hecho en una ocasión por Fidel de que lo menos que la Revolución podía garantizar a cada niño campesino en edad escolar era un par de zapatos para ir a la escuela, fue Celia quien asumió la responsabilidad de censar las necesidades de cada escuela rural, y organizar la adquisición en el extranjero y la distribución escuela por escuela de medio millón de pares de zapatos anuales. Este plan estuvo en vigor varios años, hasta que la producción nacional fue capaz de cubrir esa necesidad.

En 1969 la dirección de la Revolución busca soluciones al problema del calzado. Una de las posibilidades es el uso del plástico. Celia recibe de México unas muestras de zapatos plásticos e inicia, por orientación de Fidel, las gestiones de compra en Italia de una fábrica de esta línea de producción. Pero el montaje de la maquinaria requería de un edificio con determinadas características; localizada la edificación idónea, comienza la adaptación de los locales para la instalación de las máquinas. Celia supervisa este proceso hasta en los más mínimos detalles.

Hay una anécdota que da una medida del respeto de Celia por las normas de distribución establecidas para la población. Las primeras producciones de zapatos y chancletas plásticas comenzaron a distribuirse a las mujeres que laboraban en la agricultura, y después en las fábricas, oficinas y a las amas de casa. Se había conseguido un polvo que hacía resaltar el color y brillo de ese calzado. Cuando se produjeron las primeras muestras de zapatos

plásticos de mujer con el polvo de brillantina, ella estaba en la fábrica esperando el resultado. Salió el primer par terminado, y Celia se volvió a una de sus acompañantes y le dijo: "Ojalá que cuando a mí me toque mi par de chancletas, sean de éstas, que tienen la brillantina." Por su mente no había pasado la idea de que aquel primer par producido por una fábrica de la que ella era prácticamente creadora, pudiera corresponderle, siquiera como humilde reconocimiento simbólico a su contribución decisiva.

También tuvo que ver Celia con las gestiones para crear líneas de producción de calzado fino, que en el caso de los zapatos de mujer condujeron a la aparición del calzado "Primor". Impulsó igualmente la creación de talleres de zapatos ortopédicos y prótesis.

Hasta en la moda y las formas de vestir del cubano estuvo la mano de Celia. Por ejemplo, son pocos los que saben que se debió a ella la introducción de esa prenda tan práctica para el clima de Cuba que es el safari: fresca, ligera, mucho más económica que el traje tradicional, e igualmente idónea para actividades donde se requiere una ropa más formal. Pero son menos aún los que conocen que su campaña para estimular el uso del safari comenzó de una manera que sólo a ella podía habersele ocurrido. Un día, ante los ojos sorprendidos de los miembros del Buró Político reunidos en su periódica sesión de trabajo, Celia organizó un desfile de modelos masculinos vestidos con safaris. Pero lo más sensacional era que esos modelos resultaron ser ministros del Gobierno, jefes de organizaciones de masas y otros dirigentes que accedieron al requerimiento de Celia. No era fácil resistirse a una petición que viniera de ella, por insólita que pudiera resultarle al interesado. Hay que imaginar lo que habrá disfrutado Raúl Roa, entonces Ministro de Relaciones Exteriores y dotado también como ella de proverbial

sentido del humor, sirviendo de modelo ante un público semejante.

•

Entre las tantas cosas que hay que agradecer a la visión y acción de Celia, está el rescate de la cubanía en muchas manifestaciones culturales, entre ellas las artesanías, la moda y el vestuario, la arquitectura y hasta la cocina. Fue amante y defensora ineludible de todo lo cubano. En las recepciones oficiales de Palacio, por ejemplo, fue ella quien introdujo platos que antes no se concebían en este tipo de actividades. Así enseñó a los visitantes extranjeros a gustar el casabe, el tamal en hoja y en cazuela, el machuquillo, el tasajo, la catibía, el cusubé y muchas otras especialidades criollas, servidas en cazuelas de barro, catauros de yagua y fuentes de madera o cerámica. Fue antológica la recepción en que la música de fondo —no tan de fondo en este caso— estuvo a cargo de un órgano oriental, o la otra en que pasearon el salón por vez primera carritos de ostiones. Imaginación y audacia, combinadas con gusto y cubanía, produjeron resultados exquisitamente espectaculares.

Se trataba de salvar tradiciones y oficios que corrían el riesgo de desaparecer en el país, con el consiguiente empobrecimiento del acervo cultural del pueblo. Había que luchar por romper esquemas a veces inconscientes que había impuesto la colonización cultural norteamericana y europea, y esa tarea la asumió Celia con brío especial.

Desde muy temprano se dio a la tarea de localizar viejos artesanos a los que la Revolución había abierto nuevas y mejores posibilidades de empleo en otros campos de actividad, u otros que aún subsistían precariamente con la labor de sus manos. Montó talleres, resolvió materias

primas e instrumentos, aseguró ingresos. Buscó aprendices jóvenes que fueran capaces de continuar esos trabajos tradicionales. Y así fueron renaciendo las artesanías de coco, güira, yarey, cuero, conchas, metal, tejidos, carey, cerámica, semillas. Dio impulso al diseño de muebles de factura netamente cubana, y al desarrollo de otras líneas relacionadas con la decoración de interiores, teniendo en cuenta sobre todo soluciones económicas y reveladoras de un sabor nacional. Incluso creó líneas nuevas, como la producción de vitrales y lámparas de vidrio emplomado. Con el tiempo, el desarrollo de estas actividades aconsejó su integración orgánica en la Empresa de Producciones Varias, fundada por Celia y atendida directamente por ella.

A este verdadero culto de lo cubano estaba asociado en Celia un íntimo amor a la naturaleza, a la flora y fauna del país, y una clara comprensión del valor de los elementos naturales en el embellecimiento del ambiente humano y el enriquecimiento del ámbito cultural del hombre. Fue impulsora obstinada de la producción de flores y de la proliferación de jardines de cultivo de las más diversas especies. Llevó a vías de hecho la iniciativa de Fidel de crear una empresa dedicada únicamente a la siembra, cultivo y distribución de flores. Por su gestión se importaron semillas y se aclimataron variedades. Sentía tal predilección por la mariposa, que la flor nacional ha quedado asociada de manera indisoluble con su imagen. Dio apoyo directo en diversas formas al orquideario de Soroa, único en el mundo. Orquídeas silvestres o curujeyes estaban también entre sus motivos favoritos para adornar los salones protocolares de Palacio. En el gran salón de recepciones creó un bosque de helechos arborescentes que produce un efecto inesperado e impresionante.

Un árbol para Celia era un objeto prácticamente sagrado. En cualquiera de sus obras, con tal de salvarlo, prefería variar algún detalle del proyecto o pasar el trabajo de motearlo y trasladarlo de lugar, así fuera un jagüey descomunal. Promovió la siembra de especies maderables, como la caoba, el cedro, la majagua, el júcaro o la teca, pero también abogaba por la utilización en áreas verdes de yagrumas, almácigos y guásimas, a los que reconocía un especial valor decorativo. La integración ambiental y hasta física de lo verde con lo construido, es el sello inequívoco de la mano de Celia en una obra.

Sufría cada vez que veía por las avenidas de La Habana los árboles podados sin razón o de manera torpe. Y peleaba hasta cuando veía barrer las alfombras de flores caídas de los flamboyanes y las acacias habaneras.

La protección de la fauna autóctona cubana mereció también su atención. La primera cría de cocodrilos en la ciénaga de Zapata, planteada por Fidel, fue organizada por ella. Mantuvo estrecho contacto y colaboración con el Parque Zoológico de La Habana y fue la principal impulsora de la construcción del Zoológico Nacional. Incluso experimentó con la cría de pericos, cotorras y otras aves en la zona del Laguito.

La piedra figuró también como protagonista de los diseños ambientales alentados por Celia, siempre en busca de una integración de la obra humana con la natural. No había obstáculo ni dificultad que impidiera el logro de este objetivo de belleza. En el vestíbulo principal del Palacio de la Revolución hay una china pelona roja de cinco toneladas que hizo traer desde San Pablo de Yao, en la Sierra Maestra. Pero la pieza más monumental es la caliza gris de 37 toneladas a la entrada del salón de recepciones, para la cual hubo que reforzar especialmente la cimentación del edificio. Todos los esfuerzos eran pocos para Celia

con tal de crear un poco más de belleza. Esa es quizás una de sus contribuciones más valiosas a la Revolución, y uno de sus legados más ricos al pueblo.

•

Hay, finalmente, en la obra política de Celia, un tema que no puede dejar de mencionarse, aunque su elaboración requiere todavía de investigaciones más profundas. Se trata de su acendrado espíritu internacionalista y su contribución efectiva a la solidaridad y la colaboración con otros pueblos del mundo en lucha contra el imperialismo y la opresión, o empeñados en la batalla por el desarrollo económico y social.



Recepción ofrecida en el Palacio de la Revolución a delegación vietnamita, 24 de julio de 1967.



Con combatientes vietnamitas que visitaron a Cuba en 1967.

Decir que Celia sintió como suya la causa del pueblo heroico de Viet Nam, sería un lugar común, porque ese sentimiento fue compartido por todos los cubanos. Pero hay que tener en cuenta, en el caso de Celia, el factor adicional de su identificación emocional con el combatiente guerrillero vietnamita y, muy en particular, con la mujer.

Prestó atención muy directa a las necesidades de los combatientes internacionalistas cubanos en Angola y Etiopía, y a los problemas que pudieran afrontar sus familias o ellos mismos al regreso. Intervino personalmente en la preparación de los envíos masivos de ayuda en personal y recursos en ocasión de los devastadores terremotos en Perú y Nicaragua. La lucha latinoamericana la sentía muy de cerca. Se preocupó directamente de resolver las situaciones de una gran



Vestida con su entrañable uniforme verde olivo, Celia acompaña a varios comandantes de la recién victoriosa revolución sandinista en la tribuna del acto por un nuevo aniversario del 26 de julio de 1979.

cantidad de revolucionarios chilenos radicados en Cuba tras el artero golpe militar y el asesinato de Salvador Allende en 1973.

La lucha del pueblo de Nicaragua contó siempre con su aliento, y la victoria sandinista en julio de 1979 fue una de sus postreras alegrías. Inolvidable fue aquel acto el 26 de julio de ese año —una de sus últimas actividades públicas, mordido ya su cuerpo por la implacable enfermedad que nunca le venció el espíritu— en el que apareció en la tribuna junto a tres comandantes guerrilleras de la recién victoriosa revolución nicaragüense, vestida con su entrañable uniforme verde olivo. Era su forma muy personal de honrar a esa revolución hermana con la que se sentía tan particularmente identificada. Muy íntima satisfacción ha de haber experimentado ese día, vistiendo

de nuevo el traje de combatiente. Porque, en realidad, suropa verdadera, la que llevaba por debajo de la piel, nunca dejó de ser la ropa guerrillera.



Durante las sesiones del Segundo Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas.
Noviembre de 1974.



14

Si la sensibilidad ante los problemas del pueblo y de la humanidad es la cualidad fundamental de un revolucionario, si el revolucionario ha de ser capaz de entregarse por entero a la obra de erradicar la injusticia incluso con el sacrificio de su propia vida si fuere necesario y llevar el bienestar y la felicidad a los demás, esa sensibilidad revolucionaria y ese sentido de la entrega se veían en Celia multiplicados.

Esa entrega absoluta se manifestaba en la dedicación casi obsesiva con que abordaba cualquier nueva tarea, en su laboriosidad al parecer infatigable. Menuda de cuerpo, parecía una cuerda de acero en tensión máxima y constante. Era la tensión de quien se consagra día tras día a la labor que tiene por delante, de quien sabe que al menor relajamiento quedará algo importante por hacer. Sin considerar descanso, recreación o salud, la vida de Celia era el trabajo. Hay que reconocer en ella la magnitud excepcional de su espíritu de sacrificio, de su abnegación y autodisciplina, de su apasionado sentido del cumplimiento del deber.

Habituada a los insomnios de la Sierra, dormía poco, por lo regular de cuatro a cinco horas diarias. Si por motivo de alguna otra actividad durante el día, tenía que posponer algún trabajo que sólo ella podía realizar, aprovechaba la noche y la madrugada para hacerlo y que no quedara



En el periódico Granma, en ocasión de la reunión con médicos guerrilleros. A su lado Jorge Enrique Mendoza. Noviembre de 1967.

pendiente. No era amiga de dejar acumular papeles o asuntos, aunque tuviera que sacrificar descanso. Y al otro día continuaba sus tareas normalmente. Muchas veces, al terminar tarde en la madrugada, no se acostaba y pedía a quien estuviera con ella que se quedara conversando, pues ya “ahorita hay que seguir trabajando”. O solía ocurrir que había citado a alguien para salir temprano a revisar alguna obra, y cuando el interesado pasaba a recogerla ella aún estaba despierta y trabajando, y quedaba sorprendida de la hora. No por eso dejaba de cumplir con el programa del día.

Año tras año, casi día por día, eran habituales sus visitas de madrugada al periódico *Granma*. Allí, conversando, no era raro que la sorprendiera el día. Entonces se levantaba y decía que regresaba a la casa “a acostarme un ratito, porque ya a las 9:00 tengo que salir de nuevo”.



En la zafra del Pueblo, año 1966, con los comandantes Jorge Serguera, Juan Almeida y Raúl Menéndez Tomassevich.

En esto del sueño, o el poco sueño, era notoria su capacidad para dormir por retazos. Si se sentía muy fatigada, anunciaba que dormiría una hora, o media hora, o diez minutos, según el tiempo disponible. Se acomodaba en cualquier sitio, cerraba los ojos y al momento se dormía profundamente, aun cuando se estuviera hablando o hubiera ruidos a su alrededor. A la hora exacta que había previsto, despertaba con brío renovado.

Como es de suponer, no tenía mucho tiempo para entretenimientos ni vacaciones, pero cuando podía disponer de algunos días al margen del trabajo, se iba a Pilón o a Manzanillo, a pescar. Las costas familiares de Mota, Marea y Pilón, donde había adquirido su afición apasionada por la pesca, seguían siendo sus lugares preferidos de descanso, rodeada de sus viejos pescadores conocidos. Le gustaba la pesca en el alto, a profundidades de 150 y 200 brazas. Salía a pescar desde las 5:00 de la

mañana y no regresaba por lo general antes de las 4:00 de la tarde. La mayor parte de las veces, descansaba unos minutos y a la caída de la tarde iba a escarbar almejas en la orilla de la playa. Ya de noche, en unos placeres cerca de Pilon donde el agua da por la rodilla y el fondo es de roca aguda y filosa, buscaba langostas entre el diente de perro. Sobre la 1:00 o las 2:00 de la madrugada regresaba a descansar. Sus acompañantes a veces le pedían tregua, porque Celia siempre mantenía el mismo ritmo: pesca en el alto por el día, búsqueda de almejas y captura de langostas por la noche. Y cuando regresaba a La Habana, tras una semana de este tren, venía hablando de lo mucho que había descansado, aunque dejaba rendidos a quienes le habían hecho compañía.

Era frecuente ver a Celia en el trabajo voluntario. Participó más de una vez en el corte de caña durante varios días. Asistía a las jornadas de limpieza y chapeo de las áreas verdes que rodean el Palacio de la Revolución, o a las siembras, escogidas o desyerbes en los planes de flores, o al llenado de bolsas y recogidas de café. Trabajó como cualquier otro cederista en las obras de ampliación del Estadio Latinoamericano, donde se le afectó seriamente el oído derecho al recibir un fuerte golpe con un madero. Sembró mariposas en el Parque Lenin y laboró en las obras del Zoológico Nacional. Y no era fácil seguirle el paso en estos trabajos. Más de un incauto lamentó haber procurado trabajar junto a ella creyendo que el ritmo sería cómodo, y terminó la jornada molido y sin aliento. En el trabajo voluntario, era una más por su modestia, pero entre las primeras por su entusiasmo y laboriosidad de hormiga, que contagiaba a los que tenía alrededor.

•

De la sensibilidad humana de Celia habría mucho que decir, pues era una de sus cualidades más sobresalientes.



Se manifestaba a diario, de continuo, en cada situación. Era, ante todo, su marcada capacidad para sentir como parte del pueblo las preocupaciones y aspiraciones de las masas, para entender la razón de una demanda popular, para compartir con el pueblo los júbilos y dolores grandes y pequeños. Era, en lo individual, su evidente facilidad para calar en la motivación de una conducta, para conmoverse genuinamente ante una pena de otro o participar de su alegría, para recordar por su nombre a los hijos de cientos de compañeros. Era su delicadeza y tacto en el trato con los demás, especialmente con la gente más humilde. Eran su sonrisa y su dulzura, tras las cuales asomaban la energía y la fortaleza de carácter. Eran su generosidad y su disposición a comprender. Era su incapacidad manifiesta para ser indiferente.

Ese espíritu de solidaridad con el hombre, de trato camaraderil con sus subordinados, unido a su ejemplo de tesón y trabajo, era lo que hacía rendir el máximo a los que trabajaban junto a ella o en una de sus obras, lo que los impulsaba a dar todo su esfuerzo. Ese enfoque abierto y franco de las necesidades y problemas, unido a una actitud siempre agresiva para enfrentarlos y buscarles solución, era lo que hacía que el pueblo tuviera depositada en ella toda su confianza. Si estaba en manos de Celia —decía el pueblo—, se hacía; si de Celia dependía, se resolvía; si Celia intervenía, se arreglaba. Y el pueblo, con esa sabiduría e intuición singulares que lo caracterizan, tampoco esta vez se equivocaba. Esa confianza del pueblo era, a su vez, correspondida. Porque sensibilidad revolucionaria en Celia era también la decidida confianza que siempre tuvo en las masas del pueblo.

Quizás una de las últimas anécdotas de Celia, pocas semanas antes de su muerte, que muestran un detalle de su voluntad, su delicadeza y su respeto por el pueblo, es la siguiente. De visita en Camagüey, la invitaron a conocer

el nuevo edificio de doce plantas que se construía y el restorán que se estaba instalando en el último piso. Ya su salud estaba quebrantada, y el desgaste de los últimos días de actividades se notaba en su rostro demacrado. Al llegar al lugar resulta que aún los ascensores no estaban funcionando. Uno de sus acompañantes trata de disuadirla: “Jefa, no suba, total, es un restorán como otro cualquiera.” Su rápida respuesta: “Tú ves, chico, eso que tú dices es una descortesía, porque esta gente está haciendo un esfuerzo y si yo ahora, por no subir los doce pisos, no llego a verlos, se van a sentir muy desalentados.” Y subió.

En cierta ocasión, esperaba en el aeropuerto con algunos compañeros la salida del vuelo de Cubana a Camagüey. Cuando llegó la hora de abordar el avión, la empleada que revisaba los boletos se percató de su presencia y pidió al grupo de pasajeros que le dieran paso. Todos, respetuosamente, se apartaron, mientras Celia, confundida, sin saber qué hacer pues no estaba acostum-



En uno de sus encuentros en la Oficina de Asuntos Históricos con combatientes del Ejército Rebelde, 1974.

brada a esas deferencias, tomó del brazo a una anciana: “Mi vieja, vamos a pasar nosotras dos juntas primero al avión.” La anécdota es ilustrativa de un rechazo a la más mínima manifestación de privilegio y, al propio tiempo, de un sentido exquisito de delicadeza.

Hay otra anécdota, entre muchas, que retrata esa delicadeza extrema en el trato con personas con las que no tenía confianza, y a la vez su cierta timidez en estas circunstancias. En ocasión de un homenaje a una conocida actriz de la que era particular admiradora, Celia decide hacer un regalo a la homenajeadada. Característicamente, no apela, como pudiera haber hecho, a los fondos de objetos que manejaba para regalos a visitantes extranjeros u otras personalidades. En cambio, busca entre sus prendas personales –no muy abundantes ni lujosas, por cierto– la que le parece que más pudiera gustar a la actriz, y opta en definitiva por una de las más valiosas, un collar de piedras de cristal de roca. Pero en el momento en que se lo va a entregar a su hermana Acacia para que lo envuelva y lo haga llegar a su destino, teme que el objeto sea demasiado modesto para una persona de la categoría de la actriz en una ocasión tan señalada. Reprime entonces su deseo de regalar antes que correr el riesgo de ofender. Tiempo después de la muerte de Celia, la destinataria del frustrado obsequio conocerá esta historia y, emocionada, dirá que para ella, que a lo largo de su carrera recibió presentes costosísimos, aquel humilde collar hubiera sido el regalo más valioso y apreciado de su vida.

Lo excepcional en Celia fue cómo supo siempre enfrentar las mayores responsabilidades, y, al propio tiempo, ocuparse de los detalles que pudieran parecer insignificantes a muchos. De ahí su capacidad para cumplir con las más altas funciones del Estado y para estar al tanto también de que a un enfermo no le faltara la vianda.



En la cocina de la casa del Santaclarero, en La Plata, el 17 de mayo de 1959.

En ocasión de un recorrido por Pinar del Río, Fidel conoce las dificultades que confronta con la ropa de trabajo la brigada de obreros que construían la carretera hasta el cabo San Antonio. Esa tarde, de regreso a La Habana, comenta la situación con Celia. Al amanecer del día siguiente, cuál no sería la sorpresa de estos trabajadores al ver aparecer en su campamento dos camiones, uno cargado de ropa y otro de helados "Coppelia". Toda la noche y madrugada estuvo Celia pendiente de la preparación y despacho del envío.

Solía decir que cuando existía una necesidad había que hacer todo lo posible por resolverla, porque los que la tienen son los que la sufren. Lo decía en un tono de cumplimiento, de deber, y, además, porque realmente lo sentía así. Por esa manera de ser, de ver las cosas, ningún hombre o mujer del pueblo se cohibía para acercarse a

ella y plantearle cualquier problema, para informarle sobre algo que lo afectaba o afectaba a la comunidad. Y Celia, si se percataba de que era una inquietud sincera, una demanda razonable, oía, pensaba y daba una respuesta. Siempre una respuesta, aunque fuese negativa. Ningún ciudadano se sintió jamás desatendido por ella.

Y lo que no le planteaba el pueblo lo averiguaba ella por sí misma. Si iba a un hospital para atenderse una dolencia, aprovechaba la visita para informarse de la cantidad de enfermos ingresados, las dificultades con algún medicamento, la situación del personal médico y el auxiliar, la calidad de la comida, en fin, todo lo que tuviera que ver con el servicio que se brindaba al pueblo.

Sensibilidad en Celia era también intransigencia ante lo mal hecho, exigencia extrema por la calidad de un producto o un servicio cuyo destinatario era el pueblo, o por el incumplimiento de un compromiso establecido. Era luchar contra la indolencia y la irresponsabilidad en todas las esferas del trabajo.

Sabía discernir cuándo el hombre incurría en un error por incapacidad o accidente, y cuándo por negligencia o mala fe. Con Celia había que ser sincero, franco, había que responder directamente sin andar mucho por las ramas. Las reuniones en que participaba tenían que ser sesiones ágiles, concretas, objetivas. No se le podía dar un dato falso o una información desfigurada. Tenía un sentido agudo para detectar si la engañaban, y cuando tomaba conciencia de ello no tenía piedad con el culpable. Era entonces cuando su enojo se hacía más temible. No andaba con paños tibios a la hora de exigir responsabilidades. Tomaba las medidas que tuviera que tomar, aunque se tratara de la sustitución en su cargo de alguna persona con la cual mantuviera relaciones muy cercanas de amistad. No era capaz de pedir sacrificios que ella no estuviera en capacidad o disposición de realizar, pero no toleraba el



En uno de los recorridos con Fidel por diferentes lugares del país.

acomodamiento. Exigía de los demás disciplina, rectitud y franqueza, como se lo exigía de sí misma.

Un día va Celia en un carro con uno de sus colaboradores,

manejandoéste. El chofer comete una infracción y un policía de tránsito le hace señas para que arrime el vehículo. El compañero sale a hablar con el policía y ella se da cuenta de que está tratando de eludir la multa, arguyendo quizás la identidad de su acompañante. Se baja y dice al policía: “No, eso no es honesto, él ha cometido una infracción del tránsito, usted tiene que ponerle la multa porque usted está para eso, para educar, y él tiene que cumplir con las leyes del tránsito.” Y, dirigiéndose al maguado infractor: “Tú cometiste una infracción y tienes que darle la licencia al compañero, porque él está en la obligación de ponerte la multa.” Y desde Miramar hasta los muelles, destino del viaje, Celia fue explicando a su acompañante las cuestiones morales de principio que estaban en juego en esa multa. Así mismo era capaz de perseguir varios kilómetros un camión que transitaba a exceso de velocidad, obligar al chofer a detenerse y regalarlo con una filípica sobre la imprudencia y la irresponsabilidad.

•

Proverbial era la modestia de Celia. Cientos de anécdotas lo atestiguan, decenas de pequeños detalles de

su conducta, de gestos aparentemente mínimos en el desarrollo de su actividad. En ella la modestia no era tan solo un rasgo consciente o adquirido a lo largo de sus años cerca de Fidel, quien ha sabido ser ejemplo de modestia para todos los dirigentes de la Revolución cubana. En ella esa cualidad era también consustancial.

Innúmeras fueron las ocasiones en que le llegaron necesidades justas de la población, tanto colectivas como individuales, a las que fue receptiva y resolvió favorablemente, para después pedir a los que habían servido de intermediarios que ocultaran a la persona o personas servidas que ella había tenido algo que ver con la solución del problema. Este deseo permanente de pasar inadvertida siempre, de no hacer pública su presencia como centro de una actividad en la cual había llevado el peso fundamental, de impedir de manera sencilla que se resaltara su participación, de evitar incluso aparecer en una foto, no lograba, sin embargo, que el pueblo desconociera que detrás de esa actividad en cuestión estaba su figura. El pueblo sabía de Celia y de su obra, de su aporte decisivo, aunque ella tratara de ocultarlo.

Todos los que tuvieron oportunidad de conocerla y participar en discusiones en las que ella estaba presente, coinciden en afirmar que Celia era una persona de criterios muy definidos, los cuales defendía con firmeza y apasionamiento, pero que nunca fue capaz de imponer sus opiniones sobre la base de su jerarquía o autoridad. Por el contrario, con extrema modestia y tacto especial, trataba de llegar a un plano de convencimiento, y por lo general lo lograba, ya que tenía la cualidad de ser extraordinariamente persuasiva. Mujer inteligente, de decisión pronta y mente ágil e inquieta, saltaba con facilidad por encima de todos los obstáculos para encontrar rápidamente una salida. En estas ocasiones, no



Con Vilma Espín, a finales de la década de 1960.

era fácil seguir el ritmo vertiginoso de su avalancha de ideas sobre las cuestiones más diversas.

Y, junto a la modestia, la austeridad. Desechaba sistemáticamente todo lo que fuera lujo o significara ostentación, tanto en ella misma como en lo que la rodeaba. Implacable en este sentido con ella misma, lo era igualmente con los demás. En cuanto al ejemplo de una conducta personal austera y la intolerancia del menor asomo de debilidad en este aspecto por parte de cualquier dirigente o funcionario, Celia encarnó hasta el día de su muerte la conciencia moral de la Revolución.

Su primera oficina en el antiguo Palacio Presidencial era pequeña: una mesita, un teléfono antiguo. Todavía se conserva, prácticamente intacto, el sobrio despacho que se destinó a sí misma después de la remodelación del nuevo Palacio. Una mesa redonda que podía servir tanto para revisar papeles como para pequeñas reuniones con colaboradores o participantes de alguna de las tareas que

le encomendaba Fidel. Un teléfono. Las paredes, forradas en parte de madera de pino, casi desnudas. Un pequeño óleo de Víctor Manuel y una reproducción litográfica de una de las Floras de Portocarrero. Adosado a una de las paredes y oculto en el tabloncillo de pino, una especie de canapé plegable donde podía reposar un instante en las madrugadas insomnes. Un sofá, un balance y una especie de silla de extensión de caña y pajilla. A la entrada, la única concesión que permitió a los decoradores, ajena al contexto espartano pero típicamente original: una mampara colonial con vidrio hermosamente trabajado en blanco y azul. Todo sigue igual. La única innovación es el equipo de aire acondicionado bajo la ventana, artefacto del confort tropical que ella detestaba y consideraba perjudicial a la salud.

Le gustaba manejar su propio carro. Casi siempre se la veía en la calle sola, o quizás acompañada por algún colaborador, manejando el jeep plástico que usó por muchos años.

En una ocasión la van a recoger varios de sus colaboradores a las 5:00 de la mañana para salir por carretera a una reunión en una ciudad del interior. Al montar dijo sonriente a sus compañeros de viaje: "Aquí llevo el almuerzo para no ocasionar gastos a la provincia." Y mostró un cartucho de palitroques. "Y, además, les traigo hasta el postre." Y mostró otro cartucho de mamoncillos. Al mediodía, cuando sus acompañantes hacía rato se esforzaban por disimular el hambre, repartió dos palitroques y un mamoncillo por cabeza. De más está decir que todos se sometieron sin chistar a la dieta.

Sencilla y cordial en su trato, era igualmente sencilla en su conducta. Conservó durante toda su vida aquel sentido criollo del humor y aquel gusto por las bromas que habían despuntado ya en su carácter desde los años

de infancia en Media Luna. Una de sus mayores virtudes era la naturalidad, no como condición autoforzada o adaptada a las circunstancias, sino intrínseca de su personalidad. Sus compañeros de lucha o trabajo, los campesinos y todos aquellos que por una razón o por otra tuvieron contacto personal con Celia, supieron de esa virtud y se vieron ganados por esa manera de ser. También el pueblo por el que ella luchó, y al que se entregó de manera total, supo aquilatar en toda su ilimitada magnitud esa sencilla pero rara cualidad.

•

A las pocas semanas de su llegada a La Habana, Celia se instala en el apartamento que su hermana Silvia había alquilado en la calle 11 del Vedado. Esa será su casa hasta el final, y allí tratará de mantener, en la medida en que sus ocupaciones absorbentes lo permiten, aquella atención a los detalles de la vida doméstica que la habían caracterizado casi desde la infancia, y muy en particular durante los años de Pión. Fue su sencillo apartamento de Once vivienda, oficina, despacho y lugar predilecto de reunión con viejos compañeros de lucha, nuevos colaboradores y amigos de siempre. En Once revivió a su manera aquellas tertulias de la casa de Pión, que ahora no era raro verlas concluir al amanecer.

En Once estará al tanto también de los quehaceres de la casa. Conservará el gusto por la cocina y sabrá encontrar el tiempo para ocuparse de una de las actividades que le daba más placer. Mantendrá y elevará sus condiciones de excelente cocinera y repostera fina aún más exquisita. Cuando comienzan las escaseces, se adapta como cualquier otra ama de casa a la situación. Acostumbra a conservar en saquitos de nylon los productos de estación, ya fuera

ají, tomate, acelga o cebolla, que guardaba en el refrigerador y utilizaba en el momento en que los necesitaba para elaborar algún alimento.

Personas que convivieron con ella dan fe de que si iba a la cocina y encontraba dos cabezas de ajo o algún otro producto que en ese momento estuviera escaso, investigaba rápidamente si había sido adquirido en la bodega o el puesto. No admitía de ningún modo que en su casa entrara algo que no fuera estrictamente lo que le correspondiera por la cuota de racionamiento. Ya enferma, era preocupación de los que la rodeaban que se alimentara lo mejor posible, y para ello conseguían carne o pollo fuera de la cuota establecida. En estas ocasiones, había que disfrazarle el alimento, digamos en un caldo concentrado o unas croquetas de pura carne, pues de otra forma no admitía consumirlo.

No porque le gustara cocinar era una persona de las que se dice de buen comer. En ocasiones, más bien había que insistirle para que se alimentara. Comía poco, o sustituía el almuerzo o la comida por unas galletitas, alguna naranja u otra fruta o un pedazo de pan. Era muy raro que se sentara a la mesa a comer. Por lo general, se servía ella misma lo que iba a consumir en un plato, y se acomodaba en un quicio en la cocina. Comía apurada, para perder el menor tiempo posible, y sin reparar en horarios más o menos fijos. En Palacio, las pocas veces que accedía a comer allí ante la insistencia del personal de servicio gastronómico, se hacía subir a la oficina una bandeja del comedor de empleados, y probaba algo de todo para complacer a sus compañeros.

Ahora bien, fumadora empedernida, era una impenitente tomadora de café, colado preferiblemente en la llamada media o tetera. Le gustaba echar primero el polvo de café en el colador, hervir el agua con azúcar prieta y



En la tribuna de la Plaza de la Revolución, durante una concentración popular en 1963.

verterlo sobre el polvo. Y después, fumarse un cigarro suave. En la Sierra había adquirido el gusto por las infusiones de hierbas: manzanilla, cañasanta y otras por el estilo. Cuando por necesidades de trabajo se trasladaba a zonas campesinas, prefería que la comida que se fuera a preparar se cocinara con carbón, porque decía –y no le

faltaba razón– que con carbón la comida quedaba más sabrosa.

Sentía predilección por el mamoncillo, la ciruela criolla y el tamarindo. Le gustaba el mango, sobre todo el de toledo, pero no muy maduro, y el platanito de los que llaman “ciento en boca”. Durante un viaje por carretera de Santiago de Cuba a La Habana, mandó a detener el carro junto a un vendedor de mamoncillos y entre ella y su acompañante compraron la carretilla completa de fruta; esa vez estuvo comiendo mamoncillos hasta que llegaron a Camagüey.

Celia cumplía con la guardia cederista y trataba de asistir a las actividades que se efectuaban en su comité. La guardia le servía también para conocer los problemas específicos del barrio: cómo marchaba la bodega, si los abastecimientos llegaban con regularidad, qué producto era el que más escaseaba; cómo estaban los servicios comunales, el agua, el teléfono, la electricidad, el policlínico, los hospitales. Esas horas de guardia las aprovechaba para hablar hasta con quienes pasaban casualmente por la acera. La guardia cederista, además de un deber que cumplía humildemente, era, para Celia, un medio de palpar la situación y estar al tanto de todos los problemas.

Participaba en las asambleas de rendición de cuentas y demás reuniones que se convocaban en su cuadra o circunscripción. También estas actividades le eran muy útiles para conocer la marcha de las cosas y los estados de opinión del pueblo. En las jornadas de tránsito, se la podía ver en la esquina de Línea y 12 cubriendo su turno de reguladora voluntaria.

Era una mujer presumida para su arreglo personal. Quizás más que presumida, habría que decir netamente femenina. Si andaba en traje de campaña, cuidaba siempre de lucir algún detalle que disminuyera la dureza del uniforme: una flor en el pelo, un asomo de color en los labios. Prestaba especial atención a su cabello: mantenerlo lacio, bien peinado, adornado generalmente con alguna flor silvestre o alguna mariposa.

Su manera de vestir respondía a toda su forma de ser. Vestía con una mezcla muy suya de sencillez y cubanía, original a veces, jamás ostentosa. Preconizaba el uso de materiales y modas nacionales. Le gustaban particularmente la ropa de lienzo, las prendas de loneta. Fue ella quien introdujo el uso de las prendas confeccionadas con sacos de harina. Decía que nuestras telas

estaban acordes con el clima del país y que eran parte de la identidad nacional cubana. La ropa de algodón le gustaba trabajada a mano; los bordados calados a mano. Prefería los blusones y la ropa ancha. Era raro verla sin un chal, una manta, un pañolón echado por los hombros.

Generalmente usaba calzado del conocido como corte bajo, y con mucha frecuencia alpargatas, bordadas o lisas. Decía que la alpargata era un calzado cómodo y fresco, que evitaba la formación de callosidades, y ponía como ejemplo el hecho de que durante la campaña de la Sierra las usó y nunca tuvo callos en los pies. Muchas veces atendió en alpargatas a personalidades visitantes, pero sabía llevar la ropa que tuviera puesta, así fuera la más informal, con elegancia natural.

Sentía inclinación por el malva y el morado obispo, aunque tenía una especialidad exquisita para las combinaciones. El color era siempre una de sus preocupaciones fundamentales, ya fuera a la hora de seleccionar un tono para un uniforme escolar o de alguna otra actividad, o decidir de qué color pintar una obra. En arquitectura, gustaba de las paredes blancas, sobre todo combinadas con el fuego de los techos de teja criolla.

•

En 1976, Celia matricula la Licenciatura en Ciencias Sociales en la Escuela Superior del Partido “Ñico López”. En ese centro tropieza con viejos compañeros de la lucha insurreccional, que por diversas razones se habían visto imposibilitados hasta entonces de cursar estudios superiores. Entre los que matricularon en ese mismo año, Celia integra un equipo de seis condiscípulos para estudiar juntos y preparar los trabajos de clase. Lo concibe como una especie de círculo de estudios, que se reuniría diariamente para profundizar en las materias y prepararse

para las pruebas y ejercicios facultativos sin caer en finalismos.

Las reuniones de estudio del equipo se efectuaban en un pequeño local de la casa de Celia, después de cumplida la jornada laboral de sus demás integrantes. Terminaban por lo regular pasadas las 8:00 de la noche. Cuando alguno se ausentaba, Celia procuraba delicadamente interesarse por el problema que había motivado la ausencia, y velaba por que el ausente se reincorporara tan pronto resolviera sus dificultades. Le preocupaba más el estudio del equipo que sus progresos personales. Le infundió así a la



El 2 de noviembre de 1976, en la constitución de la Asamblea Municipal del Poder Popular en Manzanillo.

“escuelita”, como la llamaba, un espíritu de disciplina y solidaridad ejemplares.

Celia, conversadora, bromista, narradora y amena, al estudiar era enemiga de la hojarasca y empleaba un método muy personal: leía la materia y hacía una síntesis del tema, la estudiaba y la volvía a extractar, y hasta que no lo dejaba reducido a sus aspectos esenciales, no pasaba a otro asunto. Su inclinación personal era dar respuestas concisas, si se quiere lacónicas, quizás herencia de la lucha clandestina y de la Sierra. Este método de asegurar y precisar la materia de examen resultó muy útil al colectivo, e influyó en las buenas calificaciones que todos obtenían. Para el equipo de estudio, en general, no resultó fácil el comienzo. Todos sus integrantes tenían responsabilidades absorbentes, y aunque estaban acostumbrados a andar con papeles y redactar informes, tuvieron que adaptarse a su nueva situación como estudiantes. Poco a poco, comenzaron a vencer con más fluidez las materias.

La presencia física y la disciplina de Celia en el aula, le ganaron como alumna el cariño y la admiración de profesores y compañeros de curso. En todo momento observó la disciplina de la Escuela, y cuidó de su asistencia a clases, exámenes, seminarios y repastos.

Entre marzo y diciembre de 1976, Celia asistió a 35 encuentros en la Escuela, realizó 10 exámenes y se reunió 170 veces con el equipo de estudio, aunque hubo acontecimientos nacionales que le ocupaban todo el tiempo.

En 1977, Celia empezó bien, con más experiencia como estudiante. En marzo de ese año viaja a Angola en la delegación que acompaña a Fidel, y regresa entusiasmada por el contacto con el país africano y el encuentro con los internacionalistas cubanos. Narró a sus compañeros del equipo de estudio anécdotas de combatientes del Ejército Rebelde que encontró allí, en lugares muy remotos, y que no veía desde hacía muchos años.

Ya en esos meses, Celia adelgazaba por día. Sus más allegados le aconsejaban que se hiciera un reconocimiento médico. Ella escuchaba atentamente, pero no encontraba nunca tiempo.

En pocas ocasiones anteriores había debido interrumpir su ritmo de trabajo por razones de salud. Una, cuando se operó el tabique nasal. Otra, cuando sufrió serias lesiones en las córneas como resultado de un error en la aplicación de un colirio. Una tercera, más seria, cuando perdió el oído derecho como consecuencia del golpe que recibió durante una jornada de trabajo voluntario. Esa vez, su férrea voluntad desbarató los pronósticos de los médicos, quienes le anunciaron que tardaría casi un año en recobrar completamente el sentido del equilibrio. A base de tesón y ejercicios incesantes, no pasó un mes antes que Celia caminara de nuevo normalmente. La virtual sordera de ese oído, sin embargo, la irritaba.

El 20 de julio de 1977 comenzó a sentirse positivamente mal. Sentía dificultad al respirar. Acudió a la sala de emergencia del hospital "Calixto García", donde una joven médico le detectó, mediante examen radiológico, una sombra en los pulmones. Al día siguiente, fue consultada por especialistas que decidieron operar de inmediato.

El 22 de julio por la mañana, acompañada del médico, salió para el hospital, serena y dueña de sí, a someterse a una intervención que sabía muy riesgosa. La operación fue de carácter mayor. Hubo necesidad de extirparle un pulmón.

Seis días después de su ingreso, el 28 de julio, convocó al equipo de estudio junto a su cama de convaleciente, les habló de su estado de salud y del éxito de la operación con optimismo y, aunque se encontraba aún muy débil, expresó su deseo de reincorporarse a estudiar. Ya para esa fecha había comenzado de nuevo a leer y tramitar papeles y a despachar con sus colaboradores más cercanos.

El 1º de agosto, todavía ingresada, se reunió con el colectivo y reinició los estudios.

Ese mismo mes hizo proyectos para volver, paulatinamente, a sus actividades habituales, dentro de las cuales atribuía mucha importancia a la continuación de su carrera. Ni por un momento pasó por su mente abandonar o reducir su trabajo a causa de su estado de salud. Siempre tuvo la firme decisión de recuperarse plenamente para seguir sirviendo a la Revolución.

Celia se propuso terminar el curso a la par con los demás, aunque los otros integrantes del colectivo de estudio ponían un empeño cuidadoso en no estimularla a un esfuerzo excesivo. En 1978 participó en 34 clases y encuentros con los profesores, asistió a 20 exámenes y pruebas y se reunió 180 veces con el equipo de estudio, sin desatender sus demás obligaciones.



En la Asamblea General de Naciones Unidas en New York, escucha el 12 de octubre de 1979 junto a Carlos Rafael Rodríguez, Osmany Cienfuegos, José A. Naranjo e Isidoro Malmierca la intervención de Fidel.

En 1979, Celia parecía haberse recuperado totalmente. Había ido recobrando su energía, dinamismo y disposición habituales, y desenvolvía casi al mismo ritmo de antes sus múltiples actividades. Pero ya su sonrisa era cansada.

El primer semestre de estudios de 1979 lo desarrolló normalmente. Recuperó los atrasos. En el segundo semestre de ese año, tuvieron lugar acontecimientos y actividades muy importantes con las que ella estuvo muy relacionada: la victoria sandinista en Nicaragua, la Conferencia Cumbre de los Países No Alineados en La Habana y el viaje de Fidel a la ONU, en el que ella integró la delegación.

Durante octubre y noviembre, Celia dedicó mucho tiempo al estudio. Se reunió 36 veces con el colectivo en esos meses. El 30 de noviembre participó en las actividades



Durante las ceremonias conmemorativas del alzamiento de Santiago de Cuba, el 30 de noviembre de 1979. Será su última aparición pública.

conmemorativas del levantamiento de Santiago. Fue su última aparición pública.

La lucha denodada de su espíritu contra la enfermedad, cuyo avance indefectible no había podido ser contenido a pesar de todos los esfuerzos de la ciencia, entraba en su fase final. El desenlace fatal sobrevino a las 11:50 de la mañana del viernes 11 de enero de 1980.

La graduación del curso 1976-1980 de la Licenciatura en Ciencias Sociales, tuvo lugar en la Escuela "Ñico López" el sábado 4 de octubre de ese mismo año. A Celia Sánchez Manduley se le otorgó el título de Licenciada en Ciencias Sociales *post mortem*.

Nada la había podido apartar de su propósito de profundizar su conocimiento teórico de las ciencias sociales para ser todavía más útil a la Revolución: ni la complejidad de las materias, ni las importantes tareas que pesaban sobre sus hombros, ni la enfermedad. Nada la



En la Oficina de Asuntos Históricos, 1974.

había obligado a renunciar a su decisión de seguir dando lo mejor de sí a la obra continuada de la Revolución. Sólo la muerte.

•

La muerte alcanzó a Celia cuando la Revolución para la que ella había vivido plenamente estaba hecha, con la obra que ella había soñado desde sus primeras inquietudes juveniles, con el rumbo que ella había deseado desde sus primeros afanes revolucionarios. Para Celia, la Revolución fue su vida misma, y la Revolución realizada significó para ella que su vida estaba realizada.

Por eso, Celia pudo gozar del raro privilegio de haber sido feliz. Feliz por haber podido ser útil, por haber tenido la oportunidad de contribuir con su sacrificio, con su lucha, con su esfuerzo, a la emancipación definitiva de su patria y de su pueblo. Feliz por haber sabido que esa lucha no fue en vano, que la obra colosal de transformación nacional para la que vivió estaba siendo cumplida de manera irreversible.

En Celia cobró carne la gracia inigualable de la mujer cubana, la frescura proletaria y campesina de nuestros trabajadores, la alegría vital de nuestros niños, la firmeza y el valor de nuestros combatientes. Todo eso permite recordarla para siempre, viva y vigente, presente y activa, como lo que fue y será en el recuerdo de todos los cubanos: la más hermosa y autóctona flor de la Revolución, su fibra más íntima y querida, la más cabal imagen del pueblo.





Sobre las fuentes utilizadas

Este no es un libro académico. No está destinado principalmente a historiadores, sino, por el contrario, a todo el pueblo cubano.

Por esa razón, no se ha querido sembrarlo de la infinidad de notas y referencias a las fuentes utilizadas que hubiesen sido imprescindibles para avalar el relato biográfico. El autor principal decidió no abrumar a ese lector popular con página tras página plagadas de notas al pie y de un interminable referenciarío de fuentes al final.

Es una decisión que sabemos nos será señalada como insuficiencia por algunos. En este primer planteo biográfico de la figura de Celia, por su índole y por el público al que está dirigido, preferimos correr el riesgo de esa crítica.

Pero es conveniente dejar constancia de que el texto de este ensayo para una biografía de Celia está basado en un vasto universo de fuentes de todo tipo, fundamentalmente documentales y testimoniales, pero también hemerográficas y, en menor medida, bibliográficas.

A continuación, un rápido recuento de algunas de esas fuentes:

Documentos

La fuente principal fue el Fondo Celia Sánchez Manduley de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en el que se conservan 1.595 documentos de Celia, incluida la casi totalidad de su documentación activa hasta el 1º de enero de 1959, así como 151 documentos pasivos.

Fueron utilizados también documentos de otros fondos, entre ellos los de Fidel Castro Ruz, Raúl Castro Ruz y Frank País García.

Testimonios

La investigación testimonial para este libro estuvo basada en más de cien entrevistas, muchas de ellas colectivas, realizadas por los autores a los hermanos de Celia y otros familiares, amistades cercanas, colaboradores en la lucha clandestina y en la Sierra Maestra, combatientes del Ejército Rebelde, personas que

trabajaron junto o cerca de ella después del triunfo de la Revolución o tuvieron que ver con alguna de sus innumerables obras, proyectos, iniciativas y realizaciones.

Las transcripciones de casi todas estas entrevistas se conservan igualmente en el Depósito de Testimonios de la propia Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, donde están también otros testimonios sobre Celia recogidos como parte de proyectos de investigación diversos.

Allí se conservan, además, los 53 testimonios que la propia Celia accedió a grabar sobre momentos de su vida, documentos testimoniales de incalculable valor histórico, que han sido también fuentes capitales de este libro.

Otras fuentes

Las colecciones de los periódicos *Revolución*, *Granma*, *Juventud Rebelde* y las revistas *Bohemia*, *Carteles* y otras, existentes en el Depósito de Hemeroteca de la mencionada Oficina, sirvieron a los autores como fuentes directas o indirectas de información o verificación.

Aunque durante la investigación realizada los autores localizaron una cantidad relativamente considerable de nuevos documentos fotográficos, la mayoría de las 160 fotos que ilustran este libro proviene de la Fototeca de la Oficina de Asuntos Históricos.

Entre las muy escasas fuentes bibliográficas existentes, cabe mencionar los pequeños libros sobre Celia escritos por la investigadora Adelaida Bécquer y el combatiente clandestino Eliécer Fernández, cercano colaborador de Celia, así como el trabajo de diploma para la Licenciatura en Historia de Nancy Regal sobre la preparación del recibimiento de la expedición del "Granma", para el cual fue tutor el autor principal de este libro.

Lo que sí debe quedar claramente reafirmado es que toda la información contenida en el texto de este libro está avalada por fuentes precisas, que podrán ser referenciadas en una futura biografía académica.

La Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, casa editora de este libro, tiene en proyecto la preparación de una serie de volúmenes en los que se irá publicando una selección de las fuentes documentales y testimoniales más importantes sobre la vida de Celia.

Noviembre de 2003

Sobre los autores y colaboradores

En la investigación realizada para esta obra, y en la redacción misma de los borradores de algunos de sus capítulos, participaron, además del que suscribe esta nota, el autor principal con cuyo crédito se publica el libro, otros investigadores históricos de la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado:

Magaly Fernández Rodríguez tuvo a su cargo el grueso de la investigación documental y testimonial sobre la que se basan los capítulos 1 a 3 y parte del capítulo 4, así como la redacción del primer borrador de esos capítulos, que sirvieron de base para su elaboración final. El acucioso trabajo de investigación realizado por Magaly y la fina redacción de su borrador, facilitaron enormemente la terminación de esta parte del libro.

Guillermo Alonso Fiel y *Juan José Soto Valdespino*, colaboradores estrechos y entrañables del autor principal durante más de veinte años, participaron junto con él en la investigación que sustenta parte del capítulo 4 y el capítulo 5, y en la investigación testimonial y hemerográfica para los capítulos 12 y 13, respectivamente.

La investigación documental y testimonial para los capítulos 6 a 11 y el capítulo 14, estuvo a cargo en su totalidad del que suscribe, así como la redacción final de todo el texto, incluida la Introducción. Me corresponde, por tanto, asumir la responsabilidad por las insuficiencias o errores que puedan existir.

Todo el trabajo de acopio de información fue apoyado decisivamente por la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, institución que, al igual que la Oficina de Publicaciones del propio Consejo de Estado, la editora de este libro, fue creada por Celia.

En particular, cabe destacar la colaboración de las compañeras Nelsy Babel, Ada Plasencia y Asunción Pelletier, especialistas de dicha Oficina de Asuntos Históricos, en distintos aspectos de la realización de este libro.

El autor principal y sus colaboradores quieren dejar expresa constancia, además, de la cooperación recibida de cientos de testimoniantes que brindaron con ejemplar generosidad

su tiempo, sus vivencias y emociones al enriquecimiento de este texto, así como de las decenas de personas que leyeron el manuscrito y contribuyeron con útiles sugerencias y observaciones. A todos, nuestro más profundo agradecimiento.

Pedro Alvarez Tabío
La Habana, noviembre de 2003

EDICIÓN
Pedro Alvarez Tabío

DISEÑO INTERIOR, COMPOSICIÓN Y EMPLANE DIGITALES
María del Carmen Remigio

DISEÑO DE CUBIERTA
Emilio Lamí

REALIZACIÓN DE CUBIERTA
Francisco Masvidal

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA
Óleo de Dausell Valdés

ILUSTRACIONES DE FRONTISPICIO Y COMIENZO DE CAPÍTULOS
Dibujos de Tomás Borbonet

FOTOGRAFÍAS
Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado

INVESTIGACIÓN FOTOGRÁFICA Y PIES
Nelsy Babel
Ada Plasencia

REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA
Fernando González

DIGITALIZACIÓN DE LAS FOTOS
María del Carmen Remigio

FOTOMECÁNICA DE LA CUBIERTA
Davinci

IMPRESIÓN Y ACABADO
Imprenta "Alejo Carpentier"

La segunda edición de este libro se terminó en La Habana, Cuba,
en diciembre de 2003,
"Año de Gloriosos Aniversarios de Martí y el Moncada".

